



Padre Obispo JORGE NOVAK

**POR LOS
SENDEROS
DEL
EVANGELIO**

Reflexiones bíblico - pastorales

EDITORIAL GUADALUPE



El anuncio del Evangelio es la expresión más sublime de amor al prójimo; así lo entiende el Padre-Obispo de Quilmes, Jorge Novak, que nos hace compartir —en sus escritos—, su modo peculiar de anunciar la Buena Nueva de Jesús.

En fidelidad a la misma Palabra de Dios, iluminada por la reflexión de la Iglesia, en escucha atenta de los acontecimientos históricos, bajo la inspiración del Espíritu de Dios, nos propone caminar por los senderos del Evangelio, para un mejor servicio de todo el hombre y de nuestro pueblo. Sus reflexiones son:

- una ayuda para que el hombre se vaya desarrollando como tal,
- un llamado a la conversión hacia los valores de Jesús, para cambiar las actitudes y los modos de vida,
- una denuncia de todo lo que se opone a la claridad evangélica en el modo de pensar, juzgar, vivir, valorar,...
- un anuncio esperanzado del siempre vigente poder vivificador de la Palabra de Dios, porque "Como baja la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelve allá sin haber fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así será la palabra que salga de mi boca —dice el Señor—. No volverá a mí sin haber hecho lo que yo quería y haber llevado a cabo mi misión" (Is. 55, 10-11).

EDITORIAL GUADALUPE

**POR LOS SENDEROS
DEL EVANGELIO**
Reflexiones bíblico-pastorales



colección IGLESIA HOY
serie PROYECTO ECLESIAL

BARCELON, E. *Proyecto eclesial y dinámica evangélica del Vaticano II.*

HESAYNE, M.E., *Una voz del Sur para toda la Argentina.* Reflexiones sobre la liberación integral del hombre y de todos los hombres.

NOVAK, J., *Por los senderos del Evangelio.* Reflexiones bíblico-pastorales.

HOURDIN, G., (en prensa) *Francisco, Clara y los otros.*

Padre Obispo JORGE NOVAK

POR LOS SENDEROS DEL EVANGELIO

Reflexiones bíblico-pastorales

EDITORIAL GUADALUPE

Julián Álvarez 2215 - (1425) Buenos Aires



ISBN 950-500-154-1

Tapa de Kitty Loréfice de Passalia

**Hecho el depósito que señala la ley 11.723
Impreso en la Argentina — Todos los derechos reservados
© by EDITORIAL GUADALUPE
Julián Álvarez 2215 — 1425 Buenos Aires**

Introducción

El Señor, que inspira los buenos propósitos y mueve los corazones, llevó, en febrero de 1984, a los responsables de Radio Provincia de Buenos Aires, a ofrecerme un espacio fijo en dicha emisora, todos los domingos del año.

Al aceptar el compromiso, tuve clara conciencia de la responsabilidad asumida. Proclamar el Evangelio “en pleno día”, comentarlo “desde lo alto de las casas” (Mateo 10, 27) con ser una inesperada oportunidad, se constituía en un ministerio que reclamaba, más que nunca, absoluta fidelidad.

Ante todo, *fidelidad a Jesús-Maestro*. En tal sentido, traté de ofrecer un comentario sencillito, pensando, más bien, en los oyentes más sencillos. Jesús hacía precisamente eso: revestir su mensaje, tan profundo y tan necesario para la salvación, con expresiones diáfanas y modestas, al alcance de la capacidad de entender de todos.

Me preocupó al máximo, como es de suponerse, *la fidelidad al magisterio de la Iglesia*. Quise ser coherente con el espíritu de la colegialidad episcopal. Lejos de ser un límite a la originalidad del magisterio de cada uno de nosotros, la comunión colegiada la canaliza en forma de eficaz servicio al pueblo de Dios. De ahí las frecuentes citas de Juan Pablo II, de Puebla y de nuestra propia Conferencia Episcopal.

Un indicador infaltable en mis mensajes ha sido y seguirá siendo *la fidelidad a la historia* de nuestro pueblo y de toda la humanidad. “La predicación sacerdotal, difícil con frecuencia, en las actuales circunstancias del mundo, para mover mejor el corazón de los oyentes, debe exponer la palabra de Dios no sólo de una forma general y abstracta, sino aplicando a cir-

cunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio” (Concilio Vaticano II: “Decreto sobre la vida y el ministerio de los presbíteros”, N° 4). La restitución plena de la democracia, con las instituciones que aseguran el ejercicio de la libertad de opinión y de expresión, han relevado al magisterio episcopal de determinadas tareas supletorias de denuncia o de anuncio, en lo que atañe al orden temporal. Sin embargo creo que la iluminación de las grandes causas del hombre, como la justicia y la paz, con la palabra del Maestro y la reflexión de su Esposa, aparece con nitidez, como una preocupación constante.

“Lo que deban decir se les enseñará en ese momento, porque no serán ustedes los que hablarán, sino que *el Espíritu de su Padre hablará en ustedes*” (Mateo 10, 19-20). Si bien esta promesa de Cristo vale literalmente para el apremio de una persecución, entiendo que tiene aplicación también para otras situaciones que reclaman formalmente el testimonio de adhesión, inmovible al Salvador. La invocación incesante al Espíritu de verdad, de consuelo y de paz ha sido para mí norma invariable y orientación segura.

Ya que los textos irradiados en los dos años que lleva cumplidos el programa salen ahora en letras de molde, suplico humildemente al Señor que sean incorporados al intenso esfuerzo evangelizador promovido por el Espíritu de Dios en nuestro continente. Como religioso misionero, del Verbo Divino agradezco al Señor la posibilidad de seguir proclamando el Evangelio que nos salva, tal como lo aprendí de nuestro Padre Fundador, el beato Arnoldo Janssen.

Que la Virgen y Madre María, Estrella de la Evangelización, más que nunca en el Novenario que vamos celebrando con vistas al jubileo de 1992, acepte mi dedicación del libro como expresión del afecto y de la gratitud que le profeso.

+ JORGE NOVAK
Padre Obispo

Pan, trabajo y paz

Hermanos:

El Presbiterio de nuestra diócesis de Quilmes me ha pedido los convocara a esta oración comunitaria. A través de nuestras comunidades hemos invitado también a todos los hombres de buena voluntad que sienten como suya la situación de desamparo de muchos de sus semejantes. El triple objetivo de nuestro encuentro religioso consta en la documentación facilitada a nuestra feligresía y aun a la opinión pública a través de los periódicos. PAN. TRABAJO. PAZ.

1. PAN Son los sacerdotes, cuyo ministerio los lleva a conectarse diariamente con las necesidades de la población, quienes me traen datos de lo precario de la alimentación. Son los obreros que acuden a mi oficina, en demanda de gestos de solidaridad. Yo mismo, al desplazarme por las parroquias y barrios constato el empeoramiento de la situación. Cunde el desaliento, cunde la tristeza, ante el avance del hambre, con su secuela de enfermedades y muertes.

¿Podrá alguien escandalizarse de que se hable de hambre entre nosotros? ¿Osaremos nosotros temer la denuncia de este flagelo social que ya penetró en muchos hogares de la diócesis y está golpeando a la puerta de muchos más? Hermanos, hay hambre, hay familias que deben bastarse con la yerba mate y un poco de pan o de galletitas.

Los periódicos de la zona nos informan acerca del elevado porcentaje de la mortandad infantil y de los precarios recursos con que se cuenta para salir al encuentro de problemas de salud. Abrimos la Biblia y nos damos con expresiones que parecieran escritas para nuestro estado de cosas. "Mis ojos se deshacen en lágrimas, me hierven las entrañas; mi bilis se derrama en la tierra por el desastre de la hija de mi pueblo, mientras desfallecen sus niños y pequeños en las plazas de la ciudad. Ellos preguntan a sus madres: ¿Dónde hay pan y vino? mientras caen desfallecidos como heridos de muerte en las plazas de la ciudad, exhalando su espíritu en el regazo de sus madres" (Libro de las Lamentaciones 2, 11-22).

Es Jesús con su Evangelio, verdadera Buena Noticia, Mensaje esperanzador para la humanidad, quien propone soluciones válidas, siempre posibles, y por lo tanto obligada salida del callejón a que fuera llevada la sociedad por un egoísmo frío e inhumano. Todos recordamos la multiplicación de los panes. Sus sentimientos de profunda comunión con el dolor y la angustia de la multitud se actualizan cada vez que un sector del mundo sufre. "Siento compasión de la gente, porque hace tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino" (Mateo 15, 32). Del sentimiento pasa a la acción y sacia el hambre de esa multitud. Pero reclama la colaboración de un grupo de voluntarios, los que le seguían más de cerca. Y exige de todos una parte de lo que consideran suyo, en la persona de quien puso a disposición de los hambrientos los panes y pescados que llevaba.

Dios sigue siendo providente, sigue siendo todopoderoso. Pero también sigue reclamando nuestra participación. Nos hace instrumentos de su milagroso poder que multiplica el pan de los pocos para solucionar el hambre de los muchos.

La presente emergencia, que ojalá no se prolongue, es un llamado de Dios para redescubrir nuestra fraternidad, por encima de todas las barreras de división levantadas por las cir-

cunstancias históricas. Es una gran oportunidad para compartir nuestros bienes y para sentir la auténtica paz y alegría del corazón: ofrecer algo de su tiempo como voluntarios de la caridad.

Nuestras parroquias los esperan, los necesitan. Pero, más que el sacerdote párroco, los esperan y necesitan los pobres, los enfermos, los desocupados.

2. TRABAJO Hemos venido para rezar pidiendo trabajo. La caridad no es la única solución del actual problema social. También *debe darse la justicia*. Lo acabamos de decir los Obispos en nuestro Documento "Iglesia y Comunidad Nacional".

"La reconciliación, igualmente, ha de estar basada en la *justicia*. Sería una burla arrojar sobre la persistencia de la injusticia el manto de una falaz reconciliación. No podemos dejar de comprobar que, a lo ancho del mundo y en la particular historia de nuestro pueblo, se ha despertado el sentido de la justicia. La conciencia humana y la conciencia nacional la han situado en el centro de sus anhelos. Ello atestigua el carácter ético de las tensiones que os invaden y nos indica también que dichas tensiones subsistirán si se mantienen formas sistemáticas de injusticia.

La Iglesia comparte con los hombres de nuestro tiempo y con los conciudadanos de nuestra Nación este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos sus aspectos". (Número 201).

Es fundamental, para la vigencia de la dignidad del hombre, que haya fuentes de trabajo. Con mucha mayor anterioridad que yo lo afirmé este año Juan Pablo II en su viaje a las Islas Filipinas:

"Siento una profunda alegría cuando me encuentro con trabajadores como vosotros, pues me traéis a la memoria aquellos años de mi juventud en que también yo experi-

menté la grandeza y la dureza, las horas felices y los momentos de ansiedad, los logros y los fracasos, que comporta la vida de un trabajador. He de daros las gracias de un modo especial por concederme la oportunidad de encontrarme con vosotros.

Reflexionemos juntos sobre la *dignidad del trabajo*, la *nobleza del trabajo*. ¿Acaso tengo necesidad de hablaros de ello? Vosotros conocéis la dignidad y la nobleza de vuestro trabajo, vosotros que trabajáis para vivir, para mejorar vuestra vida, para proveer al sustento, la educación y el bienestar de vuestros hijos. Vuestro trabajo es noble porque es un servicio en favor de vuestras familias y de esa comunidad más extensa que es la sociedad. El trabajo es un servicio en el cual el hombre crece en la medida en que se entrega a los otros.

Por ello, uno de los objetivos fundamentales de todos —gobernantes, jefes laborales y hombres de negocios— ha de ser éste: *dar trabajo a todos*. Existe, sin embargo, otra razón más profunda para el derecho de todos al trabajo: que el hombre pueda encontrarse en condiciones de realizar enteramente su vocación humana, a saber llegar a ser en Cristo un cocreador con Dios. Por medio de un trabajo asumido y realizado libremente, el hombre llega a ser hombre en una forma más plena. El trabajo no es un castigo sino un honor. La dificultad y dureza del trabajo son sólo consecuencia del pecado: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan”, pero éste conserva siempre su alta dignidad.

“No nos engañemos. La creación de puestos de trabajo no puede tomarse a la ligera. Tampoco se le puede considerar como un aspecto secundario del orden y desarrollo económico. Debería constituir un elemento central en los objetivos de la teoría y la práctica económicas.

Pero la justicia no exige solamente empleo. También es exigencia de la justicia el que los trabajadores reciban un salario suficiente para mantener a sus familias en un modo que esté de acuerdo con la dignidad humana.

La justicia exige, además, que las condiciones de trabajo sean lo más dignas posibles y que la seguridad social sea

perfeccionada de tal modo que haga posible que cada cual, fundado en una solidaridad creciente, sea capaz de hacer frente a los riesgos, situaciones difíciles y cargas sociales; que los jornales sean regulados en formas varias y complementarias; que los trabajadores participen de forma real y justa en la riqueza que ellos contribuyen a producir en las empresas, profesiones y economía nacional.

Podéis estar seguros de que vuestro Papa está a vuestro lado en estas cuestiones y en otras semejantes, pues lo que está en juego es el hombre y su dignidad". (*Juan Pablo II en Extremo Oriente*. Ed. Paulinas, pág. 141-143).

De todos los responsables se espera, entonces, y con estricta justicia, que arbitren soluciones serias, y con carácter de urgencia, para encender la luz de una fundada esperanza en un cambio real de la postración en que se debaten muchísimas familias. No es moralmente aceptable tratar de distraer la atención con respecto a los problemas, dilatando soluciones necesarias. Postergar es complicar en forma creciente el mal que padecemos.

Lejos de mí el dar la impresión de que no vea la complejidad de la situación en sí. Lejos de mí el dar la impresión de que no haya buena voluntad en determinados hombres. Pero precisamente la complejidad del problema debería llevar a esos hombres de buena voluntad a pedir la ayuda, el consejo, la colaboración de todos los sectores de la población.

Con los demás Obispos del país, y desde el Documento "Iglesia y Comunidad Nacional" hago un par de preguntas. Transcribo fielmente:

73. Junto con la familia, estas asociaciones son la fuerza equilibradora de una Nación, a la vez que expresan y acrecientan su cultura y madurez.

Las asociaciones intermedias han existido siempre, aun cuando han asumido estructuras elaboradas en formas diversas. Pero es innegable que la participación social es progresiva, y difícilmente se encuentre un hombre que no pertenezca a uno o más de estos grupos.

74. En el amplio y variado espectro de entidades intermedias en que se desenvuelve la vida de nuestro pueblo, cabe plantearnos algunos interrogantes.

— Los Municipios, ¿representan el lugar de las esperanzas de todos para una justa distribución de servicios, que haga real la digna integración de cada familia, sin marginaciones, en la comunidad?

— Las sociedades vecinales, ¿consiguen asumir e interpretar la totalidad de las familias de la pequeña comunidad, tanto en lo material, como en lo cultural, en lo moral y en lo espiritual?

¿Se constituyen en medios de sana unión, desprovistas de corrientes ideológicas?

— Los partidos políticos, ¿representan en su totalidad valores y principios previamente existentes en el pueblo, o bien, se aferran a plataformas que pudieran haber estado —algunas de ellas— concebidas al margen de la historia y de la realidad nacional, o haber sido válidas en otro tiempo y no tanto ahora? ¿Procuran una suficiente capacitación y actualización de sus líderes?

¿Buscan en la Doctrina Social de la Iglesia elementos aptos para un mejor discernimiento de las situaciones y problemas del país?

¿Procuran un sabio esclarecimiento en el pueblo, para lograr decisiones sólidamente pensadas y actitudes ciertamente personales, sin masificación ni fanatismo?

— Los gremios, ¿llegan a constituirse en todos los aspectos del quehacer laboral, profesional y de servicios, con la adecuada eficiencia, con una amplia libertad interna, con una adecuada apertura, diálogo e integración?

¿Se logra habitualmente una debida preservación de la especificidad gremial?

— Las entidades representativas del ámbito empresarial, ¿encuentran caminos abiertos para una consolidación y expansión que asegure y acreciente las fuentes de trabajo?

¿Reflejan actitudes humanitarias y comprensivas en el delicado problema de los precios y salarios?

— Los clubes deportivos, ¿constituyen hoy un medio efi-

caz para el sano esparcimiento de todos, para el cultivo generalizado de las cualidades físicas y virtudes morales de toda la juventud; para la unidad y fraternidad en las competencias; o bien, se prestan, en muchos casos, para ser simples empresas de espectáculos comercializados, donde incluso el hombre tiene una cotización monetaria; o llegan aun a ser factores de tensiones y rivalidades negativas?

Interrogantes similares podrían hacerse respecto a muchas otras entidades de gran valía en el campo educativo, profesional, cultural o cooperativo. Pero siempre con el ánimo de lograr, en una sincera revisión, la verdadera identidad y función propia de cada una en el conjunto del gran tejido social de la Argentina.

En verdad, las comunidades intermedias pueden ayudar mucho a desarrollar los grandes hábitos de solidaridad, que harán alcanzar mejor el fin, que anima a todos, de comunión y participación.

3. PAZ Hemos venido a rezar por la paz. Los Obispos de Argentina y Chile hemos elegido este 30 de agosto, fiesta de Santa Rosa de Lima, para rezar por el éxito de la mediación del Papa.

Los Obispos no podemos dudar un momento: nos pronunciamos por la paz y condenamos la guerra.

Recuerdo un párrafo del Discurso de Juan Pablo II en la U.N. (02.10.'79):

“El primer tipo de amenaza sistemática contra los derechos del hombre está ligado en un sentido global a la distribución de los bienes materiales, tantas veces injusta, bien sea en las sociedades concretas, bien en el mundo entero. Es sabido que estos bienes son dados al hombre no sólo como riquezas de la naturaleza, sino que en su mayor parte son gozados por él como fruto de su múltiple actividad, desde el más sencillo trabajo manual y físico hasta las formas más complejas de la producción industrial y las investigaciones y estudios de especializaciones altamente califi-

cidas. Tantas *formas de desigualdad en la posesión* de los bienes materiales y en su disfrute, se explican muchas veces por diversas causas y circunstancias, de naturaleza histórica y cultural. Pero tales circunstancias, si acaso pueden disminuir la responsabilidad moral de los contemporáneos, no impiden que las situaciones de desigualdad estén marcadas por la injusticia y el daño social.

Hay que tomar pues conciencia de que las tensiones económicas existentes en cada país, en las relaciones entre los Estados e incluso continentes enteros, llevan en sí elementos sustanciales que limitan o violan los derechos del hombre, como por ejemplo, la explotación en el trabajo y múltiples abusos contra la dignidad del hombre. Se sigue de ahí que el criterio fundamental, según el cual puede establecer una confrontación entre los sistemas socio-económico-políticos, no es, y no puede ser, el criterio de naturaleza hegemónica imperialista, sino que puede ser, es más, debe ser, el de *naturaleza humanística*, es decir, la verdadera capacidad de cada uno de reducir, frenar y eliminar al máximo las diversas formas de explotación del hombre y asegurarle, mediante el trabajo, no sólo la justa distribución de los bienes materiales indispensables, sino también una participación que corresponda a su dignidad, a todo el proceso de producción y a la misma vida social que en torno a este proceso se va formando. No olvidemos que el hombre, por más que dependa de los recursos del mundo material para vivir, no puede ser esclavo suyo, sino señor. Las palabras del libro del Génesis: 'Llenad la tierra y sometedla', constituyen en cierto sentido una directriz primordial y esencial en el campo de la economía y de la política del trabajo".

Y este párrafo del Discurso a la O.E.A. (06.10.'79):

"La paz es un don precioso que vosotros tratáis de preservar para vuestros pueblos. Estáis de acuerdo conmigo en que no es acumulando armas como se logra asegurar esta paz de forma estable. Aparte de que tal acumulación au-

menta en la práctica el peligro de hacer recurso a las armas para solucionar las disputas que pueden surgir, resta considerables recursos materiales y humanos a los grandes cometidos pacíficos del desarrollo, que son tan urgentes. Ello podría también hacer pensar que el orden construido sobre las armas es suficiente para asegurar la paz interna en cada uno de los países.

Os pido solemnemente que hagáis todo lo que esté en vuestro poder para frenar la carrera de armamentos en este continente. No hay diferencias entre vuestros países que no puedan ser superadas pacíficamente. ¡Qué alivio sería para vuestros pueblos, cuántas oportunidades nuevas se abrirían a su progreso económico, social y cultural, y qué ejemplo tan contagioso se daría al mundo, si la difícil empresa del desarme llegase a encontrar aquí una solución realista y decidida!". (Ediciones Paulinas, pág. 202.)

Reitero un llamado a perseverar todos los días en esta plegeria por el logro de una paz definitiva entre nosotros y nuestros hermanos de Chile. Somos todos discípulos de Cristo. En su nacimiento, fue proclamada la paz universal como norma de convivencia humana. Nos impuso saludarnos deseándonos la paz. Horas antes de iniciar su dolorosa pasión, nos hizo la promesa de su paz. Y la cumplió, presentando, como trofeo del triunfo de su resurrección, el don inestimable de su paz. En síntesis: pronunciarse por la paz es hacer profesión de fe cristiana.

Recaer en la aberración de la guerra es renunciar al proyecto cristiano de vida, es descuidar el fermento transformador más fecundo de la historia, entendida como civilización del amor.

Hermanos:

Les hablo en la presencia del Dios vivo y verdadero, en cuyas manos está el destino de los hombres y de los pueblos. Les hablo en la presencia del Señor Jesús Resucitado, que me juzgará de acuerdo a mi actitud de servicio para con los ne-

cesitados. "Tuve hambre y me dieron de comer.. Estuve en la cárcel y me visitaron... Fui forastero y me brindaron hospedaje..." Son sentencias que resuenan en mis oídos y en mi corazón de pastor. Como pastor debo dar mi vida por mis hermanos.

En la presencia de este Cristo santo y justo reitero la ofrenda de mi vida (por las grandes causas que hoy nos congregaron en hermandad: PAN, TRABAJO, PAZ).

Virgen Santísima, Madre y Patrona nuestra, Inmaculada y Purísima de Luján, de Itatí, del Milagro, del Valle, de Quilmes: mira este pueblo que se refugia en ti, que se agarra a los pliegues de tu manto, que es paño de lágrimas y seguro amparo del humilde.

Y a mí, pobre servidor tuyo, ayúdame a ser el más humilde y desinteresado servidor de todos mis hermanos, especialmente de los más pobres y abandonados. Amén.

Quilmes, 30 de agosto de 1981, Parroquia San Cayetano

Cuaresma: tiempo de renovación

Luego el Espíritu Santo condujo a Jesús al desierto para que fuera tentado por el diablo. Y después de estar sin comer cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.

Entonces, se le acercó el tentador y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, ordena que esas piedras se conviertan en pan."

Pero Jesús respondió: "Dice la Escritura que *el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*"

Después de esto, el diablo lo llevó a la Ciudad Santa, y lo puso en la parte más alta del Templo, y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí para abajo. Puesto que la Escritura dice: *Dios ordenará a sus ángeles que te lleven en sus manos para que tus pies no tropiecen en piedra alguna*". Jesús replicó: "Dice también la Escritura: *No tentarás al Señor tu Dios.*"

En seguida lo llevó el diablo a un cerro muy alto, le mostró todas las naciones del mundo con todas sus riquezas y le dijo: "Te daré todo esto si te hincas delante de mí y me adoras". Entonces Jesús le respondió: "Aléjate de mí, Satanás, porque dice la Escritura: *Adorarás al Señor tu Dios, a él sólo servirás.*"

Entonces lo dejó el diablo y acercándose los ángeles se pusieron a servir a Jesús.

Mateo 4, 1-11

Libertad victoriosa frente a la tentación

La Iglesia nos invita a alimentarnos, más generosamente con el Pan de la Palabra de Dios; instándonos a celebrar frecuente y piadosamente los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía; urgiéndonos a crecer como familia cristiana ayudando y visitando a nuestros hermanos hambrientos, desnudados, enfermos, encarcelados, abandonados.

Es de desear que este tiempo de renovación en la fe, en la esperanza, y en la caridad contribuyan a la comunión interna de cada una de nuestras familias. De esta manera, partiendo del encuentro litúrgico dominical en la parroquia, en el barrio, o donde sea, la gracia que tan abundantemente nos administra la Iglesia, refluje al núcleo familiar. Desde allí, a lo largo de toda la semana, se expande por todos los ambientes de la sociedad. Por vía de este testimonio de santidad se purifica y evangeliza la oficina, la fábrica, la escuela, la profesión... todos los ambientes donde los hombres se convocan a diario.

El episodio de las tentaciones ha llamado la atención y ha sorprendido a más de un lector del Evangelio. Pero allí está el testimonio, en las páginas de los Sinópticos: Jesús fue tentado por el demonio, porque quiso participar en todo de nuestra condición concreta de hombres. Quiso compartir nuestras debilidades: el cansancio, el hambre, la tentación. Al afrontar esta última nos daría instrucciones preciosas para superarla vigorosa y victoriosamente. Jesús que no podía pecar, igual fue tentado.

Satanás trata de seducir a Cristo con tres propuestas concretas:

1. "Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en panes";
2. "Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, desde el alero del templo";
3. "Todo esto te daré si postrándote me adoras".

En su conjunto, estas tentaciones tratan de desviar a Jesús del gran objetivo de su misión salvadora. Se le propone una acción espectacular, una demostración fulgurante de poder y se busca de limitar la óptica a un materialismo miope y grosero. Jesús venía para mucho más. Venía para una acción liberadora integral del hombre. Esta reclamaba una comunión total con la postración humana. Había que compartir la muerte del hombre, para que éste entrara en la comunión de la vida de Dios. Esto determinaba también un estilo: la humildad, la mansedumbre, la pasión del Siervo, del esclavo. Así se pasaría a la verdadera gloria, la que Dios comunica, desde su plenitud trinitaria, a la persona humana.

Jesús responde a cada provocación del diablo con la fuerza de la Palabra de Dios:

1. "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".
2. "No tentarás al Señor tu Dios";
3. "Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto".

Esta ha de ser nuestra actitud frente a la tentación. Como Jesús, retirado a la soledad, sepamos de vez en cuando, tomar distancia de los acontecimientos y de las personas, para orar tranquilamente a Dios. Para rezar insistentemente, mientras, como Jesús ayunador, adoptamos la sobriedad como medida y estilo.

Pero, y aquí la consabida pregunta ¿se da todavía la tentación? ¿No debemos superar estos conceptos como anticuados? ¿No ha llegado el momento de vivir como a cada uno se le antoja? Sin querer en este momento responder, punto por punto, a cada uno de estos interrogantes, digamos prontamente: ¡Sí, la tentación es una realidad constante! Digamos también que la Palabra de Dios que nos hace superar al tentador, es una bendición para cada uno de nosotros. Y que, en la sociedad, es la defensa del pobre, del débil, del enfermo. Porque la tentación es, en último análisis, una conce-

sión a lo que hay en nosotros de menos noble, de lo que se resiste a aceptar la redención en Cristo.

Los Obispos reunidos en Puebla nos alertaron acerca de la idolatría como tentación permanente (Documento N° 491):

“Nada es divino y adorable fuera de Dios. El hombre cae en la esclavitud cuando diviniza o absolutiza la riqueza, el poder, el Estado, el sexo, el placer o cualquier creación de Dios, incluso su propio ser o su razón humana. Dios mismo es la fuente de liberación radical de todas las formas de idolatría, porque la adoración de lo no adorable y la absolutización de lo relativo, lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana; su relación con Dios y su realización personal. He aquí la palabra liberadora por excelencia: ‘Al Señor Dios adorarás, sólo a El darás culto’. La caída de los ídolos restituye al hombre su campo esencial de libertad. Dios, libre por excelencia, quiere entrar en diálogo con un ser libre, capaz de hacer sus opciones y ejercer sus responsabilidades individualmente y en comunidad. Hay, pues, una historia humana, que, aunque tiene su consistencia propia y su autonomía, está llamada a ser consagrada por el hombre a Dios. La verdadera liberación, en efecto, libera de una opresión para poder acceder a un bien superior.”

En nuestro país hemos constatado abusos de poder que conforman una verdadera desviación espiritual. Los Obispos argentinos, desde mediados de 1981 en adelante, hemos tratado de alentar la convivencia interna según el esquema democrático, sobre los grandes pilares de la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad. Es una grave responsabilidad de todos nosotros custodiar el orden normado por el proyecto de Dios sobre la sociedad humana. Más que nunca se exige de nosotros equilibrio, visión histórica, promoción del bien común. La tentación puede hacernos caer en graves errores y pecados. Más vale resistir ahora al tentador, iluminados y fortalecidos por la Palabra de Dios y el Magisterio de la Igle-

sia, que llorar tardíamente sobre un campo de ruinas espirituales, morales y sociales.

El Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma

Como obispo católico, en fiel comunión con el Papa, me hago eco del Mensaje que nos hace llegar para la Cuaresma:

“Sí, el Redentor del mundo comparte el hambre de todos los hombres, sus hermanos. Sufre con los que no pueden alimentar sus cuerpos: todas las poblaciones víctimas de la sequía o de las malas condiciones económicas, todas las familias perjudicadas por la desocupación o por la inseguridad del empleo. Y no obstante, nuestra tierra puede y debe alimentar a todos sus habitantes desde los niños de tierna edad hasta las personas ancianas, pasando por todas las categorías de trabajadores.

Cristo sufre igualmente con los que están legítimamente hambrientos de justicia y de respeto hacia su dignidad humana, con los que son defraudados en sus libertades fundamentales, con los que están abandonados o, peor aún, son explotados en su situación de pobreza.

Cristo sufre con los que aspiran a una paz equitativa y general, cuando ésta es destruida o amenazada por tantos conflictos y por un superarmamento demencial.

¿Es posible olvidar que el mundo está para construir y no para destruir?

En una palabra, Cristo sufre con todas las víctimas de la miseria material, moral y espiritual.

“Tuve hambre y me disteis de comer...; era forastero, y me acogisteis; enfermo y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme’ (Mateo 25, 35-36). Estas palabras serán dirigidas a cada uno de nosotros el día del Juicio. Pero desde ahora ya nos interpelan y nos juzgan.”



El Evangelio de la corrección fraterna

“Si tu hermano ha pecado contra ti, anda a hablar con él a solas. Si te escucha, has ganado a tu hermano. Si no te escucha, lleva contigo a dos o tres de modo que el caso se decida por boca de dos o tres testigos. Si se niega a escucharlos, dilo a la Iglesia reunida. Y si tampoco lo hace con la Iglesia, será para ti como un pagano o un publicano.

Yo les digo: todo lo que aten en la tierra, el Cielo lo tendrá por atado, y todo lo que desaten en la tierra, el Cielo lo tendrá por desatado.

Asimismo, si en la tierra dos de ustedes unen sus voces para pedir cualquier cosa, estén seguros que mi Padre Celestial se la dará. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, ahí estoy yo en medio de ellos.”

Mateo 18, 15-20

Ganar a tu hermano

El texto evangélico ha sido localizado por el redactor inspirado en el marco de la exigencia y de la gracia de la comunidad cristiana.

Constituimos un cuerpo trabado en íntima comunión. El pecado de un miembro de la comunidad no puede ser indiferente a los integrantes de la misma. Por tratarse de un cuerpo social, las buenas y malas intenciones y acciones de uno redundan en todo el resto. Lo expresó muy bien el Apóstol: "Hay muchos miembros, pero el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: no tengo necesidad de ustedes. Más aún, los miembros del cuerpo que consideramos más débiles, también son necesarios..." Y sigue diciendo que Dios fijó un orden determinado en el cuerpo para que "todos los miembros sean mutuamente solidarios. ¿Sufre un miembro? Todos los demás sufren con él. ¿Es enaltecido un miembro? Todos los demás participan de su alegría" (1 Cor 12, 18-26).

Clara exigencia de la corrección fraterna. "Si tu hermano peca, vé y corrígelo en privado". Nos preocupamos del mal, de la enfermedad o del hambre: a quienes están afectados tratamos de socorrerlos. Pues bien: no hay mal mayor que el pecado. Propiamente es 'el' mal, del que como consecuencia, se deriva los que llamamos comúnmente "males". Jesús nos dice que no cabe la indiferencia ante el pecado de un miembro de nuestra comunidad. Los Apóstoles fueron fieles a la exhortación de Cristo. Basta recordar el episodio de Ananías y Safira que retuvieron parte de los bienes que libremente habían decidido entregar a la comunidad. Pedro dijo: "Ananías, ¿por qué dejaste que Satanás se apoderara de ti hasta el punto de engañar al Espíritu Santo, guardándote una parte del dinero del campo? ¿Acaso no eras dueño de quedarte con él? Y después de venderlo, ¿no podías guardarte el dinero? ¿Cómo se te ocurrió hacer esto? No mentiste a los hombres, sino a Dios".

Pasos que se deben dar en la corrección. La Biblia nos dice que la corrección ha de hacerse con discreción y con humildad, ya que todos somos pecadores y necesitamos la misericordia de Dios. Así lo atestigua San Pablo: "Hermanos, no se cansen de hacer el bien. Si alguno no obedece a las indicaciones de esta carta, señaladle, y que nadie trate con él para que se avergüence. Pero no lo consideren como a un enemigo, sino reprimiéndolo como a un hermano" (2 Tes 3, 13-15). ¡Como a un hermano: qué bella palabra! Cuando en la comunidad de la parroquia, o de la capilla, o del colegio, o en cualquier lugar, surgen problemas de relación, la solución no es anular a nadie, es recuperarlos a todos. La consigna no es restar, sino sumar cada vez más hermanos a la vida y a la acción de la comunidad.

En la tarea de corrección hay que atenerse no sólo al mandato formal de Cristo al respecto, sino que asimismo han de seguirse los pasos señalados por El. La primera instancia es el contacto personal de tú a tú: "si te escucha, habrás ganado a tu hermano". Si es necesario se va a otra alternativa: "si no te escucha, busca una o dos personas más". Todavía queda ulteriormente otro recurso: "si se niega a hacerles caso, dilo a la comunidad". Tal vez no quede otra forma que la exclusión, pero sólo después de agotar el empeño de la reconciliación: "si tampoco quiere escuchar a la comunidad, considéralo como pagano o publicano".

Eficacia de la oración comunitaria. El texto bíblico termina con esta consoladora enseñanza de Jesús: "Les aseguro que si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, estoy yo presente en medio de ellos". Vale la pena llegar a la reconciliación y bien se merece el servicio de la corrección fraterna, para gozar de la presencia divinamente eficaz de Cristo.

Colecta Nacional "Más por Menos"

La Colecta en favor de la Acción Comunitaria "Más por Menos", iniciada en 1970, es una de las iniciativas más admirables de la Iglesia en nuestro país. Con lo recaudado a través de esa Colecta se han realizado obras concretas de asistencia y promoción en las zonas más afectadas por situaciones de emergencia o de endémicas carencias. Es edificante observar, a través de las estadísticas, la generosidad de diócesis más pobres: su aporte supera notablemente el de otros, situadas en zonas mucho más dotadas por la naturaleza en recursos y posibilidades económicas.

Si el Evangelio destaca el deber de la corrección y la gracia de la presencia de Cristo en la comunidad, deduciremos el valor completivo de signo que adquiere en estos momentos la Colecta "Más por Menos". Esa relativa puesta en común de los bienes materiales agrada, en sumo grado, a Dios y lo mueve a multiplicar su bendición sobre nuestra comunidad nacional. Por cierto que ésta la necesita mucho.

Quedamos todavía lejos de los primeros cristianos, pero nos acercamos un poco más al ejemplo que nos dejaron. Lee-mos en la Sagrada Escritura: "ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades"(Hech 4,34-35).

Ya en el Siglo IV San Juan Crisóstomo nos invitaba a reflexionar del honor que se hace al templo material y del que debe hacerse en favor del templo espiritual, que es el cuerpo de un hombre necesitado:

"¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo. ¿Quieres hacer ofrenda de vasos de oro y no eres capaz de dar un vaso de agua? Y ¿de qué serviría recubrir el altar con lienzos bordados de oro, cuando

niegas al mismo Señor el vestido necesario para cubrir su desnudez?...

...Piensa, pues, que es esto lo que haces con Cristo, cuando lo contemplas errante, peregrino y sin techo y, sin recibirlo, te dedicas a adornar el pavimento, las paredes y las columnas del templo”.

Reiterada definición de la Iglesia por los pobres

Con lo que se ponga en común, mediante la realización de la Colecta “Más por Menos”, podrán construirse en el país más viviendas, más escuelas, más capillas. Podrá mejorarse la asistencia caritativa en hogares de ancianos y de niños. Habrá más medicamentos a disposición de enfermos de pocos o ningún recurso.

La Iglesia sigue, entretanto, sosteniendo vigorosamente los principios cristianos de la justicia social. Habla claramente de una eficaz liberación de los oprimidos y sumergidos en nuestro mundo actual, así vuelve a formularse en un documento de la Santa Sede.

Describe y caracteriza así el desnivel imperante en la vida social:

“El escándalo de irritantes desigualdades entre ricos y pobres ya no tolera, sea que se trate de desigualdades entre países ricos y países pobres o entre estrados sociales en el interior de un mismo territorio nacional. Por una parte, se ha alcanzado una abundancia jamás conocida hasta ahora, que favorece el despilfarro; por otra, se vive todavía en un estado de indigencia marcado por la privación de los bienes de estricta necesidad, de suerte que no es posible contar el número de las víctimas de la mala alimentación.

La ausencia de equidad y de sentido de la solidaridad en los intercambios internacionales se vuelve ventajosa para

los países industrializados, de modo que la distancia entre ricos y pobres no deja de crecer. De ahí, el sentimiento de frustración en los pueblos del Tercer Mundo, y la acusación de explotación y de colonialismo dirigida contra los países industrializados.

El recuerdo de los daños de un cierto colonialismo y de sus secuelas crea a menudo heridas y traumatismos.

La Sede Apostólica, en la línea del Concilio Vaticano II, así como las Conferencias Episcopales, no han dejado de denunciar el escándalo que constituye la gigantesca carrera de armamentos que, junto a las amenazas contra la paz, acapara sumas enormes de las cuales una parte solamente bastaría para responder a las necesidades más urgentes de las poblaciones privadas de lo necesario”.

También se reitera la firme voluntad de la Iglesia de cumplir con su deber de promotora de la Justicia:

“Esta llamada de atención de ninguna manera debe interpretarse como una desautorización de todos aquellos que quieren responder generosamente y con auténtico espíritu evangélico a ‘la opción preferencial por los pobres’. De ninguna manera podrá servir de pretexto para quienes se atrincheren en una actitud de neutralidad y de indiferencia ante los trágicos y urgentes problemas de la miseria y de la injusticia. Al contrario, obedece a la certeza de que las graves desviaciones ideológicas que señala conducen inevitablemente a traicionar la causa de los pobres. Hoy más que nunca, es necesario que la fe de numerosos cristianos sea iluminada y que éstos estén resueltos a vivir la vida cristiana integralmente, comprometiéndose en la lucha por la justicia, la libertad y la dignidad humana, por amor a sus hermanos desheredados, oprimidos o perseguidos. Más que nunca, la Iglesia se propone condenar los abusos, las injusticias y los ataques a la libertad, donde se registren y de donde provengan, y luchar, con sus propios medios, por la defensa y promoción de los derechos del hombre, especialmente en la persona de los pobres”.

No meras palabras, sino todo un estilo de vida

“No es el que me dice: ¡Señor!, ¡Señor!, el que entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre del Cielo. En el día del Juicio muchos me dirán: Señor, Señor, profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre arrojamos los demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros.

Yo les diré entonces: No los reconozco. Aléjense de mí todos los malhechores.

El que escucha mis palabras y las practica es como un hombre inteligente que edificó su casa sobre la roca. Cayó la lluvia a torrentes, sopló el viento huracanado contra la casa, pero la casa no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre la roca. En cambio, el que oye estas palabras sin ponerlas en práctica, es como el que no piensa, y construye su casa sobre la arena. Cayó la lluvia a torrentes, soplaron los vientos contra la casa, y ésta se derrumbó con gran estrépito.”

Mateo 7, 21-27

En el epílogo del Sermón de la montaña, Jesús promulga la Ley nueva de la salvación. Prologado por el breviario de las bienaventuranzas, el Sermón concluye con esta exhortación de Jesús: "no todo el que me diga: 'Señor, Señor', entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial".

El gran *objetivo de nuestra vida: cumplir la voluntad de Dios*. Como siempre, Jesús corroboró su doctrina con el ejemplo, de modo perfectísimo en la noche del Huerto: "no sea como yo quiero, sino como quieras tú" (Mateo 26, 39); y en la cumbre del Calvario: "todo está cumplido" (Juan 19, 30).

Edificar sobre roca. San Pablo nos dice que esa roca es el mismo Salvador: "nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo" (1 Cor 3, 11). El edificio es la vida de cada uno; es el núcleo familiar; es la sociedad en su conjunto. Allí donde a la predicación del Evangelio, a la catequesis, a la difusión de la doctrina cristiana se suman las obras de promoción, de asistencia, de caridad, el edificio surgirá fuerte y duradero. Esa sociedad, esa nación tendrá asegurado su futuro.

Edificar sobre arena. El que oye el Evangelio, sin ser consecuente con él en su vida, es, en boca de Jesús, un insensato. Será un individuo o una comunidad: si no actúan acordes a la Palabra que Dios nos reveló en Cristo, van a la ruina. La historia, como la naturaleza, sabe de tormentas, de conmociones sociales, de cambios bruscos. En tales circunstancias las estructuras de la comunidad, como los pilares sobre los que se asienta la propia conciencia, son sacudidos hasta los cimientos. San Pablo, que sabía de persecuciones y de pruebas, es fiel testigo de lo que significa construir sobre la roca que es Cristo: "en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni

otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom 8, 37-39).

La fe cristiana implícita

Los obispos reunidos en el Concilio Vaticano II se pusieron de acuerdo sobre este texto (Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, n° 22):

"El cristiano, asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección. Esto vale no sólo para los cristianos sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual".

Alguien se preguntará, tal vez: ¿no es esto predicar el indiferentismo religioso? ¿No significa esta afirmación desestimar el empeño puesto por tantos bautizados en profesar bien explícitamente su fe en Cristo? ¿No entraña una contradicción con la constante insistencia en el cumplimiento de los 10 Mandamientos, en la santificación del domingo como "Día del Señor", en la celebración de los sacramentos instituidos por Cristo?

El equilibrio entre la práctica religiosa y el testimonio de vida

Las preguntas abiertas aquí encierran sólo objeciones aparentes. Cristo fustigó y muy severamente, la falsa religiosidad llamada muchas veces fariseísmo. Rechazó la práctica religiosa que cree poder, con ella, presentar exigencias a Dios, como

si se tratara de méritos propios. Esa forma de entender la religión es tan condenable como la magia, una especie menos desarrollada, más elemental de dirigirse a la divinidad con ritos que pretenden obligarla a ceder por la fuerza a nuestros deseos o necesidades.

Jesús mismo fue al templo, participó de las reuniones en las sinagogas, hizo actos de religión. Pero luego, también demostraba, en el respeto al hombre, en la defensa del ser humano, en la ayuda prestada al desvalido, una actitud consecuente con su propio encuentro con Dios.

El cristiano ha de saber deducir igualmente de su encuentro con Dios el equilibrio de su relación con el hombre. De su celebración sacramental en el templo saldrá con la fuerza necesaria para ser buen padre, buena madre, buen hijo. Para ser justo, si es empresario; honesto, si es profesional; servidor, fiel y asiduo, si es funcionario; cumplidor de sus tareas, si es empleado u obrero.

“¡Abran las puertas a Cristo!”, ha sido el lema que para su Pontificado eligió Juan Pablo II y que volvió a proponer como síntesis del programa renovador del Año Santo ppdo.

Abramos nosotros, en respuesta al Evangelio y en el sentido que le da el mismo Jesús, nuestro corazón, nuestra familia, nuestras instituciones públicas al Redentor del hombre. Sólo así habrá paz sólida, habrá reconciliación nacional, habrá arraigo definitivo de la democracia.

Evangelio del Buen Pastor

“En verdad les digo, quien no entra por la puerta al corral de las ovejas, sino por cualquier otra parte, es un ladrón y un salteador. Pero el pastor de las ovejas entra por la puerta. El cuidador le abre, y las ovejas escuchan su voz: llama por su nombre a cada una de sus ovejas y las saca fuera del corral. Cuando ha sacado a todas las que son suyas, va caminando al frente de ellas, y lo siguen porque conocen su voz. A otro no lo seguirán: más bien huirán de él porque desconocen la voz del extraño.” Jesús propuso esta comparación, pero ellos no comprendieron lo que les quería decir.

Jesús, pues, tomó de nuevo la palabra: “En verdad, les digo: Yo soy el pastor de las ovejas. Todos los que se presentaron son ladrones y malhechores; pero las ovejas no les hicieron caso. Yo soy la Puerta: el que entra por mí está a salvo. Circula libremente y encuentra alimento. El ladrón entra solamente a robar, a matar y a destruir. Yo, en cambio, vine para que tengan vida y sean colmados.

Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. El asalariado, o cualquier otro que el pastor, huye ante el lobo. No son suyas las ovejas y él las abandona. Y el lobo las agarra y las dispersa, porque no es más que un asalariado y no le importan las ovejas.

Yo soy el Buen Pastor: conozco las mías y las mías me conocen a mí. Así como me conoce el Padre, tam-

bién yo conozco al Padre, y yo doy mi vida por mis ovejas.

Tengo otras ovejas que no son de este corral. A ellas también las llamaré y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño como hay un solo pastor.

El Padre me ama porque yo mismo doy mi vida, y la volveré a tomar. Nadie me la quita, sino que yo mismo la voy a entregar. En mis manos está el entregarla, y también el recobrarla: éste es el mandato que recibí de mi Padre.”

Juan 10, 1-18

El buen Pastor da la vida

En el horizonte de este pasaje evangélico aparece la figura simbólica del pastor. La han conocido todos los pueblos; la han integrado todas las culturas; la han idealizado las artes en sus diversas expresiones. Pero donde más se identificó con un estilo de vida ha sido en el cristianismo. La renovación afirmada en la Iglesia en las últimas décadas se ha formulado de modo constante y hasta reiterativo en términos derivados de la misión del pastor. Hablamos de planes pastorales; de consejos pastorales diocesanos y parroquiales; de opciones pastorales...

Yo soy la puerta. La alegoría del pastor se abre con esta definición que de sí mismo da Jesús. "Yo soy la puerta: el que entre por mí se salvará". Es un sinónimo de la iniciación cristiana, concretada en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía. Requiere una clara profesión de fe y el decidido seguimiento de Cristo.

Lo advierte el mismo Salvador: "entren por la puerta estrecha... es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que lo encuentran" (Mateo 7, 13-14).

Exige rapidez en la conversión, porque hay un plazo que es nuestra vida terrestre. La observación viene aquí también de Jesús: "traten de entrar por la puerta estrecha, porque les aseguro que muchos querrán entrar y no lo conseguirán..." (Lucas 13, 24).

Encontrarán su alimento en abundancia. Entrar por la puerta que es Cristo es gozar esa realidad que llamamos sencillamente Vida; es lograr la felicidad; es sentir los beneficios de la paz. Se trata de una iniciación que, ante todo por el sacramento de la Eucaristía, tiende a crecer hacia una plenitud ilimitada. Dios no nos mezquina el don de la Vida; Dios no resta; no regatea. Hace las cosas bien, con ese estilo, tan pro-

piamente suyo, de donarse para que nosotros seamos más, compartamos mejor, sirvamos siempre.

Doy mi vida por las ovejas. Una cosa es dar objetos y otra, muy distinta, es ir entregando la vida de uno mismo. Lo saben los papás y las mamás que día tras día luchan a brazo partido en procura del pan para sus hijos. Jesús fue decididamente al límite de esa capacidad: entregó hasta la última gota de su sangre por cada hombre, sin excluir uno solo.

Nadie me la quita; la doy por mí mismo. En esa oblación brilla la máxima realización de la libertad. Es un secreto aprendido, en la experiencia de todas las jornadas, por el creyente: hacer con amor la voluntad de Dios. Hacerla con prontitud. Hacerla con alegría. Hacerla bien, en todas sus exigencias. Jesús tuvo la oportunidad de demostrarlo: aceptó la pobreza; proclamó con vigor el Reino de Justicia y de Paz que era el proyecto de Dios para restaurar las ruinas de la historia humana.

Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones

Este Evangelio nos ayuda a reflexionar sobre el llamado misterioso de Cristo a los suyos: “si quieres ser perfecto, vé, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme” (Mateo 19, 21).

Así lo hicieron los Apóstoles. Dejaron las redes y las barcas. Dejaron la oficina del recaudador. Dejaron su seguridad personal y familiar; cambiaron su cultura para hacerse todo para todos, con tal de ganar a algunos para Cristo. Dejaron su comodidad y encararon el riesgo. Pablo es un buen ejemplo representativo. Escribiendo a los cristianos de Corinto hace una síntesis impresionante: “En mis innumerables viajes, pasé peligros en los ríos, peligros de asaltantes, peligros de parte de mis compatriotas, peligro de parte de los extranjeros, peligros en el mar, peligros de parte de los falsos herma-

nos, cansancio y hastío, muchas noches en vela, hambre y sed, frecuentes ayunos, frío y desnudez. Y dejando de lado otras cosas, está mi preocupación cotidiana, el cuidado de todas las Iglesias. ¿Quién es débil, sin que yo me sienta débil? ¿Quién está a punto de caer, sin que yo me sienta como sobre ascuas?" (2 Cor 11, 26-29).

He aquí la estampa de un cristiano de verdad, que ha sabido dar respuesta cabal y exhaustiva al llamado de Jesús. En la escena de Damasco, en el momento mismo de su conversión, había formulado estas preguntas: "¿quién eres, Señor?... ¿qué debo hacer, Señor?" (Hechos 22, 8-10). Y Jesús, al identificársele, le había confiado la sublime misión de proclamar el Evangelio hasta los límites mismos de la geografía humana.

Así sucedió muchas veces en los 20 siglos fecundos de historia salvífica que registra la Iglesia. En todo momento hubo hombres y mujeres que supieron convertirse plenamente y seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias. No de otra manera nacieron las comunidades y afirmaron su presencia en el mundo.

Nuestro tiempo no puede darnos alternativa más saludable. También ahora la humanidad reclama ministros fieles, testigos veraces, servidores incansables. Y esto no puede darse sin que un núcleo de hombres y mujeres dejen su seguridad humana y acepten el riesgo, cubierto ampliamente por el mejor de los seguros que es la fidelidad de Dios, de enfrentar el miedo, y los trabajos, y las calumnias y las cárceles y la muerte.

Nuestro continente latinoamericano está sintiendo la vitalidad pujante de una auténtica primavera de vocaciones. Es muy frecuente dar con estadísticas que prueban una realidad atribuible sólo a la gracia misericordiosa de Dios. Los Seminarios diocesanos, huérfanos diez años atrás, bullen ahora de jóvenes entusiastas por ejercer el ministerio sacerdotal. Algo similar comienza a suceder con los noviciados de las Congregaciones religiosas.

También hay que mencionar al voluntariado de los laicos. En las tareas catequísticas, en la celebración litúrgica y en los servicios que la caridad cristiana inspira y organiza; los vemos presentes, con ejemplar dedicación y perseverancia. Es una entrega hasta el testimonio de la sangre. La disposición que Pedro manifestaba en la Última Cena, en momentos previos a la Pasión de Cristo: "Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte" (Lucas 22, 33): "Yo daré mi vida por ti" (Juan 13, 37), ha sido la de los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos que arriesgaron su fama, su salud y su vida por Jesús.

En Guatemala fueron asesinados muchos catequistas. Me comentaba un sacerdote la muerte de un coordinador de catequesis en El Salvador. Colgado de un árbol lo desollaron vivo. Ni más ni menos: como a San Bartolomé. Proclamar el esquema del Evangelio sobre el ordenamiento cristiano de la sociedad puede ser considerado subversión, y reprimido brutalmente.

En nuestra patria, Argentina no han faltado testigos de la fe cristiana hasta el derramamiento de sangre. Un testimonio lo tenemos en el sacerdote Carlos Mujica. En su momento hizo su propia opción preferencial por los pobres. Su presencia, su palabra, su acción, totalmente inspiradas en el Evangelio de Cristo, provocaron la envidia y la cólera de oscuros centros de decisión. El Padre Carlos, hijo de la Iglesia, a la que amaba y servía fervorosamente, cayó bañado en su propia sangre. Sus perseguidores ignoraban, quizás, que no se puede apagar la voz de un verdadero testigo de Cristo. La muerte heroica transforma toda su persona en un solo anuncio del Evangelio, cuyo eco perdurará en las futuras generaciones y despertará las conciencias aletargadas.

Evangelio de la esperanza

“Tengan cuidado y estén prevenidos, porque no saben cuándo llegará el momento. Será como un hombre que se va de viaje, deja su casa al cuidado de sus servidores, asigna a cada uno su tarea, y recomienda al portero que permanezca en vela. Estén prevenidos, entonces, porque no saben cuándo llegará el dueño de casa, si al atardecer, a medianoche, al canto del gallo o por la mañana. No sea que llegue de improviso y los encuentre dormidos. Y esto que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Estén prevenidos!”.

Marcos 13, 33-37

En este Evangelio, reflexionado en la liturgia del Adviento (palabra que, bien traducida y entendida, significa precisamente "llegada, venida"), la Iglesia nos lleva a vibrar con el sentimiento de la expectativa feliz del regreso de Cristo al mundo. El texto puede parecer severo, pero su mensaje destila consuelo y alegría. En los profetas es frecuente el pregón de la esperanza liberadora, segura y plena. Así lo encontramos en Isaías:

"Que el desierto y el sequedal se alegren; regocíjese la estepa y florezca como flor; estalle en flor y se regocije hasta lanzar gritos de júbilo.

...Fortalezcan las manos débiles, afiancen las rodillas vacilantes. Digan a los de corazón intranquilo: ¡ánimo, no teman!... Los redimidos del Señor volverán, entrarán en Sión entre aclamaciones, y habrá alegría eterna sobre sus cabezas. ¡Regocijo y alegría los acompañarán! ¡Adiós, penar y suspiros!" (Isaías 35, 1-10).

La plenitud de la felicidad pregonada en nombre de Dios por el profeta se consumará con la parusía, con la vuelta gloriosa de Jesús resucitado, al fin de los tiempos. *Los apóstoles* retoman y profundizan, consiguientemente, el anuncio profético. *La esperanza de la humanidad se hace esencialmente cristiana*. Fuera de esta perspectiva todo sigue siendo incertidumbre, noche oscura, túnel sin salida. La esperanza cristiana vivida a pleno alimenta un estado de *indescribable alegría en la comunidad cristiana*. El Apóstol Pablo podría, en ese supuesto, exhortar así a sus fieles: "Alégrese siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrese. Que la bondad de ustedes sea conocida por todos los hombres".

El Señor está cerca. No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia, recurran a la oración y a la súplica, acompañados de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios. Entonces la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, tomará bajo su cuidado los corazones y los pensamientos de ustedes en Cristo Jesús" (Fil. 4, 4-7).

Volvamos ahora al Evangelio. Su aparente severidad (“tengan cuidado y estén prevenidos, porque no saben el momento... y esto que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡estén prevenidos!”), destila, valga la reiteración, consuelo y alegría. Nos consuela saber por la fe que el Señor regresa continuamente a nuestra humilde y tantas veces mezquina historia (¡pero, al fin y al cabo, nuestra!) con su Palabra salvífica y las aguas fecundas de su gracia sacramental. Nos alegra *vibrar con la esperanza* segura de la felicidad final, plena y compartida con los hermanos que constituimos la gran familia de Dios. Nos alienta *anticipar, por la caridad cristiana*, que es servicio y solidaridad, ya ahora, en este “valle de lágrimas”, el cielo de nuestra fe y de nuestra esperanza. Porque cada vez que aligeramos la carga de sufrimiento de alguno de nuestros hermanos (¡y hermanos nuestros, en el lenguaje cristiano, son todos los hombres!) Cristo vuelve al mundo. Y, su regreso es la alegría de la humanidad, es la página de luz que ilumina el Libro de la historia.

La misma naturaleza participa de la ansiosa espera de liberación; precisamente la Iglesia, que medita este Evangelio en el tiempo de Adviento, recurre a expresiones de la Bibliá, como éstas:

“*Destilen, cielos, como rocío de lo alto; derramen, nubes, la victoria. Abrase la tierra y produzca salvación y germine juntamente la justicia*” (Isaías, 45, 8). A la plegaria del profeta hace eco el mensaje del Apóstol: “toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios. Ella quedó sujeta a la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de quien la sometió, pero conservando una esperanza. Porque también la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Romanos 8, 19-21).

En nuestros campos van recogiendo en estos momentos la cosecha fina. Tras largos meses de laboreo y siembra, en los que la incertidumbre frecuentemente amenazaba ahogar la

esperanza, los hombres del campo sienten la alegría cantada hace siglos por el salmista: "al ir, va llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas" (Salmo 126, 6). En las mesas hogareñas de la ciudad habrá pan, porque nuestros hermanos del campo supieron desafiar el rigor del frío y de la incertidumbre. Sepamos apreciar su sacrificio, comamos el pan sintiendo la profunda comunión con la tierra y con el hombre que la cultiva.

Contrastando con esta crónica, nos traen los periódicos noticias y cifras alarmantes de hambruna en el continente africano. Dos frentes de sequía van atenazando mortíferamente a naciones enteras. Las víctimas fatales del hambre ya suman millares y la muerte se cierne sobre millones de seres humanos. Leo en el último número de una revista católica que acabo de recibir: "mientras la enfermera en Gorom-Gorom (Volta Superior) está envolviendo con un lienzo el cuerpo de Mariana, un minúsculo esqueleto vivo que pesa cinco kilogramos a la edad de tres años, trata con sus ojos de infundirle ánimo a la madre. Con voz trémula de desesperación expresa: temo que nunca recibiremos bastantes alimentos para dar término a la miseria en esta región. Nunca".

Alguien dirá que también en nuestra Argentina hay familias castigadas por el flagelo del hambre. O que, en todo caso, no hace falta salir del continente latinoamericano para encontrar zonas de sequía y de muerte, como el Noroeste brasileño. Y no niego esa triste realidad. Sin embargo cuando hago mías las palabras de la Biblia y de la Iglesia y rezo: "*Destilen, cielos, como rocío de lo alto... Abrase la tierra y produzca salvación*" no puedo desentenderme del problema del agua y del pan que acosa a mi hermano del Africa, o de cualquier lugar de la tierra.

Porque el Apóstol me sigue diciendo: "sabemos que la creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto". El dolor de la naturaleza, que la llegada de Cristo al mundo debe subsanar, es el pecado del hombre que cambió

el sentido y el destino de los bienes de la naturaleza. El pecado llevó al hombre a la idolatría del tener, del poseer, del retener con egoísmo bienes naturales, al precio del hambre y de la muerte de millones de seres humanos.

Dios nos ha llevado, con sabia pedagogía y paterna corrección, a redescubrir la belleza, la grandeza, la instrumentación salvífica de la creación. En los países del Primer Mundo, realidad de lo que han dado en llamar montañas de manteca y otros alimentos que luego se destruyen cínicamente para mantener el precio del mercado tiene su reverso en los bosques que mueren por la lluvia ácida pese al empeño de la técnica más avanzada para neutralizarla.

La sequía en los propios países del Tercer Mundo, más la irracional explotación de los recursos naturales van extendiendo inexorablemente los dominios del desierto que cierra la tierra a la producción de alimentos y provoca la extinción de pueblos íntegros.

Volvamos a nuestra patria argentina, donde se recoge, rica y prometedora de salud y bienestar, la cosecha fina. Pero digamos toda la verdad: junto a los millones de hectáreas cultivadas, yacen muchos millones más ociosas, y no hablo de páramos, sino de inmensas extensiones llanas de tierra negra. El profeta parece aquí eternizar su plegaria: "*Abrase la tierra y produzca salvación*". Porque salvación es el grano que nutre y por alimentos clama el hambre de un vasto mundo.

La tierra ha de abrirse al paso del arado, el grano ha de ser sembrado con generosidad para multiplicarse y llenar así la expectativa de parto de la creación, de la que habla el Apóstol. Ojalá que este Evangelio, facilite una amplia conversión en este sentido, asegurando el destino de los bienes de la tierra para todos los necesitados. *Hagamos nuestra la esperanza bíblica*: "También la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Rom 8, 21).



Evangelio de la paciencia misericordiosa

Les propuso otro ejemplo: "El Reino de los Cielos es como un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, cuando todos estaban durmiendo, vino su enemigo y sembró maleza en medio del trigo. Cuando el trigo estaba echando espigas, apareció la maleza. Entonces los trabajadores fueron a decirle al patrón: "Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo?; ¿de dónde, pues, viene esta maleza?"

Respondió el patrón: "Eso es obra de un enemigo". Los obreros le preguntaron: "¿Quieres que la arranquemos?"

"No, dijo el patrón, no sea que al arrancar la maleza arranquen también el trigo. Dejen crecer juntos el trigo y la maleza. Cuando llegue el momento de la cosecha, yo diré a los segadores: Corten primero la maleza y en atados échenla al fuego, y después guarden el trigo en las bodegas".

Mateo 13, 24-30

Paciencia con la maleza por respeto al trigo

Jesús nos propone una parábola en la que entreabre a sus oyentes el misterio del Reino de Dios sobre la tierra. El mismo develó en detalle el sentido de esta parábola. A la luz de su explicación nos resultará fácil hacer algunas aplicaciones a nuestra vida.

El problema del mal. La pregunta de los trabajadores: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿de dónde, pues, viene esta maleza?” es la formulación de interrogantes que desde hace tiempo preocupan a la humanidad: allí se plantea el problema del mal.

Ya aparece en el salmista, cuando, puesto en la presencia de Dios, rezaba: “yo estuve a punto de extraviarme, faltó poco para que diera un mal paso; porque tuve envidia de los impíos, al ver cómo prosperan los malvados. Ellos no tienen contratiempos, su cuerpo está sano y robusto; no comparten las penas de los hombres, ni sufren como los demás. Por eso la soberbia los envuelve como un collar y la violencia los cubre con un manto; la malicia se les sale por los poros y su corazón rebosa de malos propósitos. Insultan y hablan con maldad, difunden la opresión con altivez; su boca se insolenta contra el cielo y su lengua hace desmanes por la tierra” (Salmo 73, 2-9). Jesús enseña que el problema del mal viene del Maligno y que en sus secuaces halla instrumentos dispuestos a sembrar el daño entre la gente buena. Dios no es autor del mal: es el ángel caído, primero, y el hombre rebelde, después, el que desató el mal sobre la tierra.

Escuchemos al maestro divino: “la mala hierba es la gente del demonio. El enemigo que la siembra es el diablo”. Enfrentando en una ocasión a sus enemigos, que se resistían a aceptarlo como enviado de Dios, Cristo dijo abiertamente: “ustedes tienen por padre al Diablo, y quieren realizar los malos deseos del diablo; él, desde el comienzo, es asesino de hombres” (Juan 8, 44).

Misericordiosa espera de Dios. La actitud despechada de los trabajadores: “¿quieres que la arranquemos?” es una reacción típica de quien, al sentirse defraudado por los magros resultados de su acción bien intencionada, pone remedios desproporcionados. En vez de solucionar el mal daña incluso a los buenos. Por eso la advertencia del patrón: “no sea que al arrancar la maleza arranquen también el trigo”. Dios quiere ayudar a los buenos, por eso su paciencia con los malos. Tal vez parezca una paradoja, hasta un contrasentido, pero tengamos fe en Dios que sabe hacer mejor que nosotros las cosas. El es un Padre que siempre espera que la maleza se transforme en trigo: en esta vida ello es posible. Es el Padre paciente y amoroso que aguarda el regreso del hijo pródigo. Es el Redentor moribundo que perdona al buen ladrón en los postreros instantes de vida de éste.

Los buenos, entretanto, se purificarán con la prueba y se sentirán más hijos de Dios que los cuida solícitamente. El salmista nos describe su propia experiencia al respecto: “no te exasperes a causa de los malos, ni envidies a los que cometen injusticias, porque pronto se secarán como el pasto, y se marchitarán como la hierba verde. Confía en el Señor y practica el bien; habita en la tierra y vive tranquilo; que el Señor sea tu único deleite, y él colmará los deseos de tu corazón. Encomienda tu suerte al Señor, confía en él, y él hará su obra; hará brillar tu justicia como el sol y tu derecho, como la luz del mediodía. Descansa en el Señor y espera en él; no te exasperes por el hombre que triunfa, por el que se vale de la astucia para derribar al pobre y al humilde. Domina tu enojo, reprime tu ira; no te exasperes, no sea que obres mal; porque los impíos serán aniquilados, y los que esperan al Señor, poseerán la tierra... Aléjate del mal, practica el bien, y siempre tendrás una morada. Porque el Señor ama la justicia y nunca abandona a sus fieles” (Salmo 37, 1-9. 27-28).

Los hijos del Reino en nuestro continente

Hace un tiempo atrás, al regresar de Europa hice un alto de tres días en San Pablo, Brasil. En una larga conversación con el pastor de esa arquidiócesis Cardenal Evaristo Arns, descubrí otro campo para la evangelización que Cristo quiere continuar con ese instrumento que es la Iglesia que somos nosotros, "los hijos del Reino".

Cada año se incorporan a la arquidiócesis de San Pablo no menos de 400.000 personas, provenientes de las zonas más pobres del país. En sus 14 años de ministerio episcopal, el cardenal recibió, de ese modo, 5.500.000 feligreses más. En las villas de emergencia, o bajo los puentes, buscan un primer domicilio, que muchas veces es el definitivo. Para más de uno de esos desarraigados son maleza, o poco menos. Pero no para el arzobispo y para su comunidad de 9 obispos auxiliares, de 1.100 sacerdotes, religiosos/as y de laicos. Comenzó vendiendo, con permiso del Papa, el Palacio Episcopal que la arquidiócesis poseía en el centro de esa populosa ciudad. Adquirió una residencia mucho más modesta. Con el resto del dinero pudo encarar buena parte de la inmensa obra de evangelización, de catequización, de asistencia y de promoción que se le exigía y exige a la Iglesia.

Así pudo inaugurar 1.200 salas multiuso, donde se celebra el culto divino, se imparte la catequesis, se organiza la asistencia caritativa, se dictan cursos de promoción cultural, se facilita un lugar de encuentro para los obreros.

Cada semana se inauguran en la arquidiócesis de San Pablo 2 de tales ambientes. 4 veces por día habla el cardenal, por radio, a la población.

¡Cómo se actualiza en nuestro continente la parábola que reflexionamos: la de la buena semilla probada de la maleza!
¡Qué extrañas y sublimes emociones despierta ese texto cuando, mientras lo leemos, levantamos la vista para mirar el campo de este mundo, de nuestro continente, de nuestra po-

blación expectante! ;Cómo sentimos la alegría, y la urgente obligación, de ser "hijos del Reino", sembradores y semilla a la vez, para que el campo brote en millones de espigas de vida plena y fecunda, compartida fraternalmente!



Dios es Padre Providente, el hombre, su colaborador imprescindible

“Ningún servidor puede quedarse con dos patrones, porque verá con malos ojos al primero y amará al otro, o bien preferirá al primero y no le gustará el segundo. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al Dinero.

Por eso les digo: No anden preocupados por su vida: ¿qué vamos a comer?, ni por su cuerpo: ¿qué ropa nos pondremos? ¿No es más la vida que el alimento y el cuerpo más que la ropa? Miren cómo las aves del cielo no siembran, ni cosechan, ni guardan en bodegas, y el Padre celestial, Padre de ustedes, las alimenta. ¿No valen ustedes más que las aves?

¿Quién de ustedes, por más que se preocupe, puede alargar su vida?

Y ¿por qué preocuparse por la ropa? ¡Miren cómo crecen las lirios del campo! No trabajan ni tejen, pero créame que ni Salomón con todo su lujo se puso traje tan lindo. Y si Dios viste así a la flor del campo que hoy está y mañana se echará al fuego, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?

¿Por qué, pues, tantas preocupaciones? ¿Qué vamos a comer?, o ¿qué vamos a beber?, o ¿con qué nos vestiremos? Los que no conocen a Dios se preocupan por esas cosas. Pero el Padre de ustedes sabe que necesitan todo

eso. Por lo tanto, busquen primero el Reino y la Justicia de Dios, y esas cosas vendrán por añadidura. Ni se preocupen por el día de mañana, pues el mañana se ocupará de sí mismo. Basta con las penas del día”.

Mateo 6, 24-34

Busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura.

Los 10 versículos del Evangelio según San Mateo que se nos ofrece a nuestra reflexión, suscitan sentimientos dispares en los lectores, según sea la situación concreta de cada uno. A unos les deja sabor de poesía lírica y es indudablemente bella la alusión de Jesús al ropaje de las flores y el mundo de las aves. A otros les sabe un poco de amargura, porque, en la extrema indigencia en que se debaten, no llegan a poder convencerse de que Dios se ocupa de ellos como Padre.

“Ustedes no pueden servir a Dios y al dinero”. ¡Importante advertencia! San Pablo escribió que “la raíz de todos los males es el afán de dinero” (1 Timoteo 6, 10) y que la codicia es idolatría (Efesios 5, 5). No se cuestiona el uso del dinero, sino el uso depravado. La depravación queda al descubierto cuando el corazón del adinerado se endurece frente a la necesidad de su prójimo.

“Miren las aves del cielo, miren los lirios del campo”. Jesús nos muestra la admirable sabiduría de Dios, que resplandece en los fulgores de la naturaleza. A partir de esos prodigios de belleza y de vida el hombre ha de sentirse amparado por Dios. Pero Dios quiere mostrar su providencia sobre los seres humanos, por vía normal, a través de otros hombres, las relaciones de justicia, de asistencia y de amor cristiano serán el instrumento mediante el cual volcará Dios su bendición sobre la tierra.

“Busquen primero el Reino y su justicia”. Del hombre, de nosotros, Dios espera la colaboración activa del buscar, del fatigarnos en iniciativas creadoras. Nos lleva a concentrar el esfuerzo en el Reino de Dios, del que dice el Apóstol: “el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14, 17).

El contenido de este Reino, que es la justicia que nos salva,

reclama de nosotros, como individuos y como comunidad, la preeminencia absoluta, se constituye en prioridad insustituible.

Contradicciones aparentes y ásperas preguntas

No todos se muestran acordes con la doctrina evangélica sobre la providencia. En el campo del mero sobrevivir humano se nos indican las decenas de millones de hombres que cada año mueren de hambre, entre ellos un altísimo porcentaje de niños. Las preguntas golpean al oído cristiano: ¿Y los millones de leprosos sin atención médica? ¿Y los millones de prófugos? ¿Y los exiliados? ¿Y los presos por razones políticas o religiosas?

En nuestro país, un país que se precia de su fe cristiana surgen constantes y angustiosos interrogantes. En el silencio de sus montañas los indígenas del Sur esperan respuestas de su demanda de propiedad sobre un retazo de tierra. En el Noroeste muchos inundados aguardan seguras soluciones para el porvenir.

En mi pueblo natal, en el sureste de nuestra provincia de Buenos Aires, una lluvia de 850 milímetros había vuelto a aislar esta población que, como otras vecinas, miran cómo el pavimento, que es como decir gran parte de la esperanza, termina a una distancia de 30 ó 40 kilómetros. El ciudadano, se pregunta si su dinero de contribuyente, entregado con religiosa constancia desde hace 80 años, no les dé argumentos para salir de su condición de argentinos postergados y condenados a naufragar en la arena y en el barro. ¿Dónde está la justicia, la equidad, la solidaridad?

Aquí mismo, en nuestra zona diocesana, muchos hogares llegan al final de febrero con el comentario rondando el tema de la escolaridad de sus hijos. ¿Cómo lograr que el presupuesto familiar pueda cubrir la preparación de los niños para en-

viarlos a clases, meta suspirada de todo argentino con vistas a un futuro? ¿El guardapolvo? ¿Los cuadernos? ¿Las zapatillas? ¿El colectivo? son preguntas abiertas que, como alfileres, penetran punzantes en el cuerpo social...

**La providencia divina tiene seudónimos:
justicia social, solidaridad humana, caridad cristiana**

No achaquemos a Dios lo que es deficiencia y culpa del hombre. Cuando Jesús insiste en confiar en la divina providencia apela a nuestra sensibilidad. Entreambre al hombre, a la comunidad humana; a la Iglesia fundada por él, la grata perspectiva de sentirse instrumentos visibles de Dios, Padre bueno y generoso. Cuando dice a los suyos: "denles ustedes de comer" (Mateo 14, 16), aludiendo a la muchedumbre hambrienta, señaló un principio de acción que conjugaba el milagro divino con la colaboración humana. Maticemos:

La sociedad debe cumplir ante todo con la justicia. Mientras desarrollábamos en nuestra diócesis, en 1982, la Campaña de la Solidaridad, no dejábamos de denunciar una situación. Dábamos de comer a muchas familias, pero reiterábamos, una y otra vez, el pregón de la justicia: procurar trabajo; remunerar justamente; entretanto priorizar el destino de los impuestos, cubriendo la angustiada necesidad de sobrevivir antes que desplegar las obras materiales monumentales.

La comunidad cristiana ha de acudir con caridad solidaria. La advertencia de Jesús "a los pobres los tendrán siempre con ustedes" (Juan 12, 8) nos recuerda que siempre quedarán en la sociedad, zonas sin cubrir por la previsión y asistencia social. Muy particularmente es la Iglesia instrumento privilegiado de la providencia. La caridad es la tarea más urgente, más sublime, más característica de la comunidad cristiana. Mal podríamos cuestionar la providencia divina, si nuestra solida-

ridad cristiana fuera apenas un débil esfuerzo, una iniciativa superficial, una dedicación pasajera. Es un campo inmenso que no nos dejará descanso hasta sincerarnos.

La familia y el individuo serán cubiertas por la providencia de Dios. Sigue en pie, de todos modos, la enseñanza de Jesús de confiar, ante todo y siempre, en Dios, nuestro Padre. Si la sociedad humana fuera injusta, si la comunidad cristiana cayera en la decadencia y en el pecado de omisión, Dios volverá a bajar por sí mismo a poner el pan en la mesa del desocupado y a compartir las horas interminables de soledad del enfermo porque es bueno, es Padre providente y no puede faltar a su Palabra.

Una página recentísima de Juan Pablo II sobre la solidaridad cristiana

El Papa Juan Pablo II ha publicado una Carta Apostólica sobre "El sentido cristiano del sufrimiento humano" (11-2-1984). Selecciono una página en que el Santo Padre actualiza el Mensaje de la parábola del buen samaritano. Hela aquí:

"La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana. No sin razón, aun en el lenguaje habitual se llama obra "de buen samaritano" toda actividad en favor de los hombres que sufren y de todos los necesitados de ayuda.

Esta actividad asume, en el transcurso de los siglos, *formas institucionales* organizadas y constituye un terreno de trabajo en las respectivas profesiones. ¡Cuánto tiene "de buen samaritano" la profesión de médico, de la enfermera, u otras similares! Por razón de contenido "evangélico", encerrado en ella, nos inclinamos a pensar más bien en una vocación que en una profesión.

Y las instituciones que, a lo largo de las generaciones, han realizado un servicio "de samaritano" se han desarro-

llado y especializado todavía más en nuestros días. Esto prueba indudablemente que el hombre de hoy se para cada vez con mayor atención y perspicacia junto a los sufrimientos del prójimo, intenta comprenderlos y prevenirlos cada vez con mayor precisión. Posee una capacidad y especialización cada vez mayores en este sector. Viendo todo esto, podemos decir que la parábola del Samaritano del Evangelio se ha convertido en uno de los elementos esenciales de la cultura moral y de la civilización universalmente humana. Y pensando en todos los hombres, que con su ciencia y capacidad prestan tantos servicios al prójimo que sufre, no podemos menos de dirigirles unas palabras de aprecio y gratitud.

Estas se extienden a todos los que ejercen de manera desinteresada el propio servicio al prójimo que sufre, empeñándose voluntariamente en la ayuda "como buenos samaritanos", y destinando a esta causa todo el tiempo y las fuerzas que tienen a su disposición fuera del trabajo profesional. Esta espontánea actividad "de buen samaritano" o caritativa, puede llamarse actividad social, puede también definirse como apostolado, siempre que se emprende por motivos auténticamente evangélicos, sobre todo si esto ocurre en unión con la Iglesia o con otra Comunidad cristiana. La actividad voluntaria "de buen samaritano" se realiza a través de instituciones adecuadas o también por medio de organizaciones creadas para esta finalidad. Actuar de esta manera tiene una gran importancia, especialmente si se trata de asumir tareas más amplias, que exigen la cooperación y el uso de medios técnicos. No es menos preciosa también la actividad individual, especialmente por parte de las personas que están mejor preparadas para ella, teniendo en cuenta las diversas clases de sufrimiento humano a las que la ayuda no puede ser llevada sino individual o personalmente. Ayuda familiar, por su parte, significa tanto los actos de amor al prójimo hechos a las personas pertenecientes a la misma familia, como la ayuda recíproca entre las familias".



Evangelio del sembrador

En ese día, saliendo Jesús de la casa, fue y se sentó a la orilla del lago.

Pero se juntaron alrededor de él tantas personas que prefirió subir a una barca, donde se sentó mientras toda la gente estaba en la orilla. Jesús les habló de muchas cosas mediante comparaciones. Les decía:

“El sembrador ha salido a sembrar; al ir sembrando, unos granos cayeron cerca del camino; vinieron las aves y se los comieron. Otros granos cayeron entre piedras y, como había poca tierra, brotaron pronto. Pero, cuando salió el sol, los quemó y, por falta de raíces, se secaron. Otros granos cayeron entre espinos; crecieron los espinos y los ahogaron. Otros, finalmente, cayeron en buena tierra y produjeron, unos el ciento, otros el sesenta, y los otros el treinta por uno. El que tenga oídos, que entienda”.

Los discípulos se le acercaron para preguntarle: “¿Por qué les hablas con parábolas?”.

Jesús respondió: “Porque a ustedes se les ha permitido conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque, al que produce se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no produce, se le quitará aun lo que tiene. Por eso les hablo con parábolas, porque cuando miran no ven, y cuando oyen, no escuchan ni entienden. Y se verifica en ellos lo que escribió el profeta Isaías:

Oirán, pero no entenderán, y, por más que miren, no verán.

Porque este pueblo ha endurecido su corazón, ha cerrado sus ojos y taponados sus oídos. Con el fin de no ver, ni de oír, ni de comprender con el corazón. No quieren convertirse ni que yo los salve.

Al contrario, dichosos ustedes porque ven y oyen. Yo les aseguro que muchos profetas y muchos santos ansiaron ver lo que ustedes ven, y no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron.

Escuchen ahora la explicación del sembrador:

Cuando uno oye la Palabra del Reino, pero no la escucha con atención, viene el Malo y le arranca lo que encuentra sembrado en el corazón: esto es lo sembrado en la orilla del camino.

Lo sembrado en tierra pedregosa es la persona que al principio oye la Palabra con gusto, pero no tiene raíces y dura poco. Al sobrevenir las pruebas y la persecución por causa de la Palabra, inmediatamente sucumbe.

Lo sembrado entre espinos es la persona que oye la Palabra, pero las preocupaciones materiales y la ceguera propia de la riqueza ahogan la Palabra y no puede producir frutos.

Por el contrario, lo sembrado en tierra buena es el hombre que oye la Palabra, la medita y produce fruto: el ciento, el sesenta y el treinta por uno”.

Mateo 13, 1-23

Era familiar en la tradición bíblica la imagen de la tierra sembrada, con su cultivo laborioso y la promesa de abundantes frutos. En el salmo 65 sentimos todavía hoy la perenne actualidad del testimonio humano: “visitas la tierra, la haces fértil y la colmas de riquezas; los canales de Dios desbordan de agua, y así prepara sus trigales. Riegas los surcos de la tierra, emparejas sus terrones; la ablandas con aguaceros y bendices sus brotes. Tú coronas el año con tus bienes, y a tu paso rebosa la abundancia; rebosan los pastos del desierto y las colinas se ciñen de alegría. Las praderas se cubren de rebaños y los valles se revisten de trigo: todos ellos aclaman y cantan”.

La semilla es la Palabra de Dios. Así lo leemos en el texto del evangelista Lucas (8, 11); paralelo al de Mateo. El salmista meditaba sobre ella en estos términos: “Tu palabra es una lámpara para mis pasos, y una luz en mi camino. Hice el juramento —y lo sostengo— de cumplir tus justas decisiones. Estoy muy afligido, Señor: vivifícame, conforme a tu palabra... Los pecadores me tienden una trampa, pero yo no me aparto de tus preceptos. Tus prescripciones son mi herencia para siempre, porque alegran mi corazón” (Salmo 119, 105-111).

Jesús, Verbo de Dios hecho hombre para nuestra salvación, afirma abiertamente: “El que me ama será fiel a mi palabra y mi padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él. El que no me ama no es fiel a mis palabras. La palabra que ustedes oyeron no es mía, sino del Padre que me envió” (Juan 14, 23-25).

La Palabra de Dios es la buena semilla que se ofrece a la generosidad de esa tierra que es el corazón del hombre. Esa Palabra sigue dirigiéndonos su mensaje salvífico en los discursos y en los gestos maravillosos obrados en la historia del pueblo de Dios. Su escucha y su lectura no deben quedar en el plano intelectual: han de transformarse en un estilo de vida, animado interiormente por el Espíritu de Jesús. Sólo así se hace fecunda.

También aquí es explícita la enseñanza de Cristo: "El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada puede hacer... Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán" (Juan 15, 5-7).

Cómo se recibe la Palabra del Reino. Jesús nos ha explicado perfectamente la diversa actitud del hombre frente a la siembra de la Palabra salvífica de Dios. Lo que nos corresponde a nosotros, a cada uno personalmente, es entrar en su conciencia, recorrer el sembradío del propio corazón y calcular el porcentaje de cosecha que permite anticipar la colaboración del suelo.

La semilla al borde del camino. es el que escucha la Palabra del Reino y no la comprende, no da ninguna respuesta de fe, por débil e inicial que fuese. "Viene el Maligno y arrebató lo que había sido sembrado en el corazón".

En la catequesis cristiana de los comienzos se advertirá sobre la tentación provocada por el mal espíritu. El apóstol Pedro se expresaba de esta manera en su Carta: "sean sobrios y estén siempre alertas, porque su enemigo, el demonio, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resístanle firmes en la fe..." (2 Pedro 5, 8-9). Y el apóstol Juan no es menos categórico: "La vitoria que triunfa sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (Juan 5, 4-5).

La semilla en terreno pedregoso. Aquí hay aceptación de la Palabra de Dios; hay prontitud en recibirla; hay alegría al acogerla en el corazón. Hay, por lo tanto, fe. Pero ese corazón es inconstante y duro. Lo demuestra en la hora de la prueba. La prueba puede ser una tribulación personal, una enfermedad, un desencuentro con la familia, la experiencia de una injusticia. Puede ser también una formal persecución que se nos hace por nuestro estilo de vida según el Evangelio. El Señor nos puso sobreaviso: "si me persiguieron a mí, también

los perseguirán a ustedes” (Juan 15, 20). Nos consoló asimismo en estos términos: “cuando los entreguen, no se preocupen de cómo van a hablar o qué van a decir: lo que deban decir se les dará a conocer en ese momento, porque no serán ustedes los que hablarán, sino que el Espíritu de su Padre hablará en ustedes” (Mateo 10, 19-20).

La semilla entre espinas. En este caso hay respuesta sincera al mensaje. Pero no se da la decisión capaz de romper con las ataduras a determinados ídolos: que el hombre querría compaginar lo que es excluyente. Los apóstoles llevaban a los fieles a profesar una fe pura: “no amen al mundo ni a las cosas mundanas. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, codicia de los ojos y ostentación de riqueza. Todo esto no viene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2, 15-16).

La semilla en tierra buena. En el corazón bien dispuesto la semilla de la Palabra de Dios produce excelentes resultados, abundantes frutos de santidad y buenas obras. Los Apóstoles constataban con inmensa satisfacción, tan notoria reacción de los fieles. Lo testificaban expresiones como ésta, de la Carta de San Pablo a los Tesalonicenses: “La Buena Noticia que les hemos anunciado llegó hasta ustedes, no solamente con palabras, sino acompañada de poder, de la acción del Espíritu Santo y de toda clase de dones... ustedes, a su vez, imitaron nuestro ejemplo, recibiendo la Palabra en medio de muchas dificultades, con la Alegría que da el Espíritu Santo. Así llegaron a ser un modelo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya...” (1 Tesalonicenses 1, 5-7).

Todos sembradores no son siempre cosechadores

Hemos hablado de la semilla y del campo que la acoge. Digamos del sembrador mismo. En una metáfora similar a la

que nos ocupa hoy decía San Pablo: “¿quién es Apolo, quién es Pablo? *Simples servidores*, por medio de los cuales ustedes han creído, y cada uno de ellos lo es según lo que ha recibido del Señor. Yo planté y Apolo regó, pero el que ha hecho crecer es Dios. Ni el que planta ni el que riega valen algo, sino Dios que hacer crecer... nosotros somos cooperadores de Dios, y ustedes son el campo de Dios, el edificio de Dios” (1 Corintios 3, 5-9).

Todos tenemos que sembrar. En la sociedad humana a cada uno de nosotros le toca su turno de sembrar. Primeramente los padres, al comunicar la vida a sus hijos y al educarlos. La misión de los padres, en el seno de la familia, es irremplazable. Nadie puede cubrir adecuadamente el vacío y la omisión de los padres. Un sublime y acabado ejemplo de la obligación cumplida a este respecto lo hallamos en *Tobit, padre aconsejando a Tobías, hijo*: “Acuérdate, hijo, del Señor todos los días y no quieras pecar ni trasgredir sus mandamientos; practica la caridad todos los días de tu vida y no andes por caminos de injusticia, pues si te portas según verdad, tendrás éxito en todas tus cosas. Haz limosna con tus bienes; y al hacerlo, no seas tacaño. Si ves un pobre, no vuelvas el rostro, y Dios no apartará su rostro de ti. Haz limosna en proporción a lo que tengas; si tienes poco, no temas dar limosna conforme a ese poco. Así atesoras un buen caudal para cuando te veas en apuro, porque la limosna libra de la muerte y no deja caer en las tinieblas. El que hace limosna presenta al Altísimo una buena ofrenda” (Tobías 4, 5-11).

Después de los padres la lista de los sembradores se agranda: los educadores en la escuela; los educadores de la fe en la parroquia; los patronos; los dirigentes; los profesionales; la autoridad, especialmente en el poder ejecutivo y legislativo; los locutores de radio y televisión; los artistas...

No todos vamos a cosechar. En una oportunidad advirtió Jesús a sus discípulos: “levanten los ojos y miren los campos:

ya están madurando para la siega. Ya el segador recibe su salario y recoge el grano para la Vida Eterna; así que siembra y el que cosecha comparten una misma alegría. Porque en esto se cumple el proverbio: Uno siembra y otro cosecha. Yo los envié a cosechar adonde ustedes no han trabajado, y ustedes recogen el fruto de sus esfuerzos" (Juan 4, 35-38).

Tenemos que ser modestos, tenemos que reconocer el trabajo, a veces ingente, de quienes nos precedieron. No todo lo hicimos nosotros; tal vez, en comparación de nuestros antecesores, lo nuestro es muy relativo.

Por otra parte hemos de estar dispuestos a sembrar generosamente, desinteresadamente. Es propio del cristiano poner bases sólidas para la felicidad de las generaciones que, en su momento, harán el recambio histórico.

San Pablo acicateaba a sus fieles a una donación significativa: "sepan que el que siembra mezquinamente tendrá una cosecha muy pobre; en cambio, el que siembra con generosidad, cosechará abundantemente" (2 Corintios 9, 6).

Grande viene a ser, entonces, la responsabilidad del sembrador, habida cuenta del influjo ejercido en las conciencias de los niños y de los jóvenes. Terrible será el castigo para quien abusa de la misión educadora, llevando al niño y al joven por caminos viciosos. Las palabras de Jesús son, a este respecto, muy severas: "si alguien escandaliza a uno de estos pequeños que creen en mí, sería preferible para él que le ataran al cuello una piedra de moler y lo hundieran en el fondo del mar. ¡Ay del mundo a causa de los escándalos! Es inevitable que existan, pero ¡ay de aquél que los causa!" (Mateo 18, 6-7).

Uno piensa en ciertos programas de televisión y en ciertas revistas; se solazan en el escándalo, destruyen el equilibrio moral del individuo, queman los grandes ideales en niños y jóvenes.

¡Benditos los sembradores del bien, los que saben infundir nobles ilusiones y despiertan firmes propósitos en promo-

ver la justicia, la paz, la belleza auténtica, la verdad y el bien! También para ellos Jesús tiene una palabra, por cierto de felicidad: “les aseguro que cualquiera que dé de beber, aunque sólo sea un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños por ser mi discípulo, no quedará sin recompensa” (Mateo 10, 42).

Bajo el amparo de María

Aprendamos de María Santísima la docilidad a la Palabra de Dios, maravillándonos de los inmensos frutos de salvación que entonces puede madurar el Espíritu Santo. Su corazón fue tierra blanda y receptiva, respondiendo al ángel, resueltamente: “yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho” (Lucas 1, 38).

Cuando Juan el Evangelista anota: “y la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1, 14), sabe muy bien que esta encarnación se obró en el seno de María la “Mujer” (ver Juan 19, 26).

En ella la liviana simiente rindió el ciento por uno, y desbordando sobre nosotros la gracia de la filiación, Pablo la enseña con fe incuestionable: “cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y sujeto a la Ley, para redimir a quienes estaban sometidos a la Ley y hacernos hijos adoptivos...” (Gálatas 4, 4-5).

Imitemos la fe sencilla de María, tengamos bajo su amparo el bien verdadero de nuestro pueblo.

Evangelio del testigo

Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. El no era la luz, sino el testigo de la luz. Este es el testimonio que dio Juan, cuando los Judíos enviaron sacerdotes y levitas desde Jerusalén, para preguntarle: “¿Quién eres tú?”. El confesó y no ocultó, sino que dijo claramente: “Yo no soy el Mesías”. “¿Quién eres entonces?”, le preguntaron “¿Eres Elías?”. Juan dijo: “No”. “¿Eres el Profeta?”. “Tampoco”, respondió. Ellos insistieron: “¿Quién eres, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Y él les dijo: “*Yo soy una voz que grita en el desierto: Allanen el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías*”.

Algunos de los enviados eran Fariseos, y volvieron a preguntarle: “¿Por qué bautizas, entonces, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?”. Juan respondió: “Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay alguien al que ustedes no conocen: él viene después de mí, y yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia”. Todo esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan Bautizaba.

(Juan 1, 6-8. 19-23).

Testigo de la luz

El mensaje divino que proclamamos al mundo no es un sistema filosófico, ni un programa político, ni un manifiesto ideológico. Es una realidad mucho más plena, más totalizante, más profunda y trascendente. Precisamente el redactor del cuarto Evangelio, expresa su contenido con vocablos que entrañan esa plenitud: vida, luz, verdad, pan de vida, de agua viva...

Jesús enviado del Padre, se presenta siempre en calidad de *testigo*. En su diálogo con Nicodemo afirma: "nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto" (Juan 3, 11). En el Apocalipsis uno de sus títulos es, precisamente, el de "Testigo fiel" (1, 5).

Entra en la lógica del cristianismo *la dinámica de la misión instrumentada por testigos*. La fe cristiana no se propala al modo de una propaganda estentóreamente publicitada, sino con el estilo suave y convincente, del testimonio brindado con su continuidad, paciencia y fortaleza.

Después de su resurrección, al encomendarles la misión universal, dirá el Señor a los suyos: "ustedes son testigos de todo esto" (Lucas 24, 28). Y les aseguraba la asistencia del Espíritu Santo. Pedro y Juan en momentos de persecución, dejarán esta constancia ante el Sanedrín: "Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído" (Hechos 4, 20).

Aquí estriba la credibilidad del mensaje cristiano. Vamos por el mundo hablando de cosas maravillosas: de Dios, como Padre misericordioso y providente; de Jesús, hermano y amigo de la humanidad; de una visión risueña del mundo redimido por la sangre de Cristo para lograr la justicia y la paz. Pero, ¿lo hacemos como testigos, transmitimos una vida, o no pasamos de ser repetidores de estribillos rutinarios que no nos convencen ni a nosotros mismos?

Nuestros verdaderos testigos

Hace cierto tiempo unos personajes misteriosos, aún no identificados, golpearon repetidas veces a dos de nuestras catequistas. Las hubimos de proteger nosotros mismos. Una de ellas es madre de 4 hijos, de quienes hubo de separarse temporariamente por razones de seguridad. En la persecución su enseñanza catequística llegó a ser testimonio fehaciente de una vida. Desde el lugar que la amparaba me escribió una carta en estos términos:

“Dios me ha concedido la Gracia de su paz y del perdón. Cuando un corazón se entrega a El, no hay lugar para rencores, para odios. Sentí el acompañamiento de todos los hermanos de la diócesis y el suyo; es la oración de ustedes la que ha logrado esa paz y ese perdón, aparte quién sería yo para no perdonar, si Jesús en su agonía lo hizo.

No hay resurrección, sin haber pasado antes por la cruz; ¡bendita esta cruz! espero ser digna de ella. Quiero dar gracias al Padre porque no la cargué sola, la solidaridad de nuestros hermanos la hizo más liviana.

Hoy más que nunca siento a nuestra Iglesia como signo de esperanza en el país, en Latinoamérica...

Me despido de usted, pidiéndole siga rezando por nosotros. Que la paz del Señor habite en nuestros corazones para trabajar por ese mundo de paz, de justicia y de amor, que queremos para nosotros y para todos nuestros hermanos”.

Un mensaje de liberación

La palabra testimonial siempre evoca la fuerza transformante del Evangelio de Cristo. A la vista del esfuerzo del enviado de Jesús de iluminar una senda de enseñanza, se mueve en el antro de las tinieblas el engranaje poderoso de la opresión.

Conscientes de esa realidad terminábamos los Obispos argentinos nuestra "Declaración sobre la Teología de la Liberación" con este compromiso formal: *"Reiteramos nuestro llamado a continuar en el empeño por la liberación, por la justicia y la paz, a través del camino de la verdad evangélica para rescatar a América Latina del capitalismo materialista y del marxismo ateo. Así podrán los fieles cristianos responder a las aspiraciones de los pueblos y de los sectores pobres cumpliendo con un deber ante Dios, quien nos ha encargado a todos y a cada uno con la responsabilidad, por nuestros hermanos, particularmente los más desheredados"*.

Muy oportuna es esta ratificación de nuestra Conferencia Episcopal en la opción preferencial por los pobres; asumida por todos los obispos latinoamericanos en Puebla. Porque en el seno de nuestras familias surge angustioso un clamor ampliamente compartido.

Sabemos que vastos sectores del espectro nacional bregan con decisión en la liberación de los pobres y humildes. Junto a ellos manifiesta la Iglesia su propósito de remontar el largo y empinado camino. La declaración Episcopal mencionada, del 10 de noviembre de 1984, señala una referencia inexcusable de nuestra Conferencia Episcopal con la sociedad y su dinamismo histórico.

Evangelio de la vida

Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y de su hermana Marta. María era la misma que derramó perfume sobre el Señor y le secó los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro era el que estaba enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: "Señor, el que tú amas, está enfermo". Al oír esto, Jesús dijo: "Esta enfermedad no es mortal; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella".

Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando oyó que éste se encontraba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Después dijo a sus discípulos: "Volvamos a Judea". Los discípulos le dijeron: "Maestro, hace poco los Judíos querían apedrearte, ¿y quieres volver allá?". Jesús les respondió:

"¿Acaso no son doce las horas del día?
El que camina de día no tropieza,
porque ve la luz de este mundo;
en cambio, el que camina de noche tropieza,
porque la luz no está en él".

Después agregó: "Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo". Sus discípulos le dijeron: "Señor, si duerme, se curará". Ellos pensaban que hablaba del sueño, pero Jesús se refería a la muerte. Entonces les dijo, abiertamente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por

ustedes de no haber estado allí, a fin de que crean. Vayamos a verlo". Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: "Vayamos también nosotros a morir con él".

Cuando Jesús llegó, se encontró con que Lázaro estaba sepultado desde hacía cuatro días. Betania distaba de Jerusalén sólo unos tres kilómetros. Muchos Judíos habían ido a consolar a Marta y a María, por la muerte de su hermano. Al enterarse de que Jesús llegaba, Marta salió a su encuentro, mientras María permanecía en la casa. Marta dijo a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aún ahora, Dios te concederá todo lo que le pidas". Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta le respondió: "Sé que resucitará en la resurrección del último día". Jesús le dijo:

"Yo soy la Resurrección y la Vida.
El que cree en mí, aunque muera, vivirá:
y todo el que vive y cree en mí,
no morirá jamás.
¿Crees esto?"

Ella le respondió: "Sí, Señor creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo".

Después fue a llamar a María, su hermana, y le dijo en voz baja: "El Maestro está aquí y te llama". Al oír esto, ella se levantó rápidamente y fue a su encuentro. Jesús no había llegado todavía al pueblo, sino que estaba en el mismo sitio donde Marta lo había encontrado. Los Judíos que estaban en la casa consolando a María, al ver que ésta se levantaba de repente y salía, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. María llegó adonde estaba Jesús, y al verlo, se postró a sus pies y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto". Jesús, al verla llorar a ella, y también a los Judíos que la acompañaban, conmovido y turbado, preguntó: "¿Dónde lo pusieron?". Le respondieron:

“Ven Señor, y lo verás”. Y Jesús lloró. Los Judíos dijeron: “¡Cómo lo amaba!”. Pero algunos decían: “Este, que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no podía impedir que Lázaro muriera?”. Jesús, conmoviéndose nuevamente, llegó al sepulcro, que era una cueva con una piedra encima y dijo: “Quiten la piedra”. Marta, la hermana del difunto, le respondió: “Señor, huele mal; ya hace cuatro días que está muerto”. Jesús le dijo: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”. Entonces quitaron la piedra y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo:

“Padre, te doy gracias porque me oíste.
Yo sé que siempre me oyes,
pero lo he dicho por esta gente que me rodea,
para que crean que tú me has enviado”.

Después de decir esto, gritó con voz fuerte: “¡Lázaro, ven afuera”. El muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: “Desátenlo para que pueda caminar”. Al ver lo que hizo Jesús, muchos de los Judíos que habían ido a casa de María creyeron en él.

Juan 11, 1-45

Una identificación original: Yo soy la Resurrección y la vida

Hoy se nos propone un tema verdaderamente central: la Vida. Y este ideal de todo ser humano, que es vivir plena y eternamente, aparece con fulgores de Resurrección. No podía ser de otro modo: el mensaje de Jesús halla la clave de su interpretación en la resurrección de Jesús, que anticipa y causa la nuestra. Hoy, mediante la narración de un milagro de resurrección, se proclama el *Evangelio de la Vida*.

Contenido de la escena. Muere Lázaro, dejando desoladas a sus hermanas Marta y María. Una estrecha amistad une a Jesús con este grupo familiar. Es tanto el afecto que lo lleva a desafiar el peligro de entrar en una zona donde los enemigos traman su muerte. El encuentro con Marta y María permite descubrir en Cristo sublimes sentimientos de solidaridad con el dolor humano. Como hombre, llora, compartiendo las lágrimas de Marta y María. Como Dios realiza el milagro de hacer salir del sepulcro a Lázaro, muerto cuatro días antes.

Este prodigio provoca diversas reacciones: en unos, la confirmación o el despertar de la fe en Jesús. En otros la ceguera obstinada alimentada por el odio determinará el propósito siniestro de matar al que acababa de restaurar la vida de un hombre, devolviéndolo a su grupo familiar en un reencuentro cargado de afectuosa alegría.

Rehacemos el episodio marcando algunos detalles importantes para nuestra visión cristiana de la historia.

Jesús amaba, a Marta, a su hermana y a Lázaro. Esta observación de un testigo ocular como el evangelista Juan, nos confirma en los rasgos afectuosos que salían del corazón manso y humilde de Jesús. Compasivo en extremo, sensible hasta el punto de ayudar a todos, de no calcular el riesgo, de asumir todas las consecuencias de su compromiso con los humildes, Jesús cultivaba, además, los lazos de una verdadera y entrañable amistad. *Esa amistad la sigue ofreciendo a todos los nú-*

cleos familiares mediante el sacramento del matrimonio y constituyendo desde allí esa comunidad admirable de amor que se llama Iglesia doméstica.

El afecto de Cristo arraiga y se perpetúa así con su presencia fiel y vivificante, sin olvidos ni ausencias.

Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás: ¿crees esto? Hay una afirmación que concluye con una interpelación. La afirmación es la comunicación de la vida por la fe. “Así como el Padre dispone de la Vida, del mismo modo ha concedido a su Hijo disponer de ella” (Juan 5, 26), había enseñado el divino Maestro. Para entrar en contacto con esa vida hay una exigencia ineludible: la fe. “Les aseguro que el que escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado, tiene Vida eterna y no está sometido al juicio, sino que ya ha pasado de la muerte a la Vida” (Juan 5, 24).

Por eso el planteo que hace el Salvador a Marta es categórico: “¿crees esto?”. En esa mujer, a la que Cristo invita a elevarse del afecto de la sincera amistad al nivel de la fe salvífica, nos interpela a todos y a cada uno de nosotros.

“Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo”.

La Iglesia nos invita a profesar nuestra fe con fórmulas contenidas en el Evangelio. Hoy tenemos estas palabras de Marta, a las que les podemos y debemos darle toda la plenitud de contenido que la resurrección de Cristo comunicó a las experiencias religiosas de las personas que lo conocieron en su peregrinar por Palestina.

Demos a esta profesión de fe el énfasis de Santo Tomás Apóstol que hoy aparece en el texto:

“Vayamos también nosotros a morir con él”.

Para dar a nuestros vecinos, a nuestros amigos, a nuestros compañeros de estudio o de trabajo un testimonio que incluya la firme voluntad de entregarlo todo, de arriesgarlo todo, de compartirlo todo por Cristo, hay que *mencionar el recurso*

de *La Eucaristía*. Lo dice el mismo Señor: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él" (Juan 6, 54-55).

Enfermedad y muerte en América Latina

Las constantes reuniones interamericanas para encontrar medios y plazos relativos a la deuda externa han puesto de relieve la gravedad de ese problema para nuestra América Latina. Aunque no provocada ahora, y sí heredada, la angustia es real, y objetiva y toca los límites del sobrevivir de nuestros países hermanos en la dignidad y con las posibilidades de desarrollo que les corresponde en estricta justicia.

La situación ha adquirido índices tan agudos que varias Conferencias de Obispos han sentido la obligación de expresar su opinión respecto de ella.

Ya en 1979 redactaron los Obispos reunidos en Puebla este mensaje relativo a la dependencia de nuestra patria grande, como llamamos a América Latina. (*Mensaje a los Pueblos de América Latina* N° 8).

"La civilización del amor repele la sujeción y la dependencia perjudicial a la dignidad de América Latina. No aceptamos la condición de satélite de ningún país del mundo, ni tampoco de sus ideologías propias. Queremos vivir fraternalmente con todos, porque repudiamos los nacionalismos estrechos e irreductibles. Ya es tiempo de que América Latina advierta a los países desarrollados que no nos inmovilicen; que no obstaculicen nuestro propio progreso; que no nos exploten; al contrario, nos ayuden con magnanimidad, a vencer las barreras de nuestro subdesarrollo, respetando nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad, nuestros recursos naturales. En

ese espíritu, creceremos juntos, como hermanos, miembros de la misma familia universal”.

La sujeción y la dependencia a que aluden los obispos constituyen para el cuerpo social latinoamericano una verdadera enfermedad, que puede provocar la muerte de muchos proyectos urgentes de promoción humana que tocan la vida y la promoción de millones de familias.

La Buena Noticia de la Vida para nuestros pueblos

En ese cuadro de enfermedad y muerte, de debilidad y retroceso de nuestros pueblos aparece en el Evangelio la persona de Jesús, con un clamor poderoso y eficaz de vida. Su grito triunfador: “¡Lázaro, sal fuera!” se dirige hoy, en mensaje de liberación, a millones de hogares latinoamericanos. Como Lázaro, también ellos están atados de pies y manos con vendas. Hay que deshacer esas ataduras, asegurando el alimento, la vivienda, el trabajo. Es un empeño que nos convoca a todos, indistintamente.

Los obispos argentinos

El sufrimiento de nuestras familias no podrá sernos indiferentes. Formamos parte de una Conferencia más vasta de Pastores que, en Puebla, asumieron el compromiso ineludible de acompañar a nuestro pueblo con una solidaridad que no puede ser desmentida.

Consta este propósito en el Documento de Puebla (números 131-137).

“A la vista de estas tendencias nos sentimos solidarios con el pueblo latinoamericano del cual formamos parte y

con su historia. Queremos escutar sus aspiraciones, tanto las que expresa claramente como las que apenas balbucea que nos parece son éstas:

—Una calidad de vida más humana, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, del Reino que Cristo nos trajo, a veces confusamente intuito por los más pobres con fuerzas privilegiadas.

—Una distribución más justa de los bienes y las oportunidades; un trabajo justamente retribuido que permita el decoroso sustento de los miembros de la familia y que disminuya la brecha entre el lujo desmedido y la indigencia.

—Una convivencia social fraterna donde se fomenten y tutelen los derechos humanos; donde las metas que se deben alcanzar se decidan por el consenso y no por la fuerza o la violencia; donde nadie se sienta amenazado por la represión, el terrorismo, los secuestros y la tortura.

—Cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías.

—Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales, etc. y en la elección de sus gobiernos.

—Participar en la producción y compartir los avances de la ciencia y la técnica moderna, lo mismo que tener acceso a la cultura y al esparcimiento digno.

Todo esto llevará a una mayor integración de nuestros pueblos en coincidencia con las tendencias universales de una sociedad, como suele decirse, más globalizada y planetaria, potenciada por los medios de comunicación de amplísimo alcance”.

Una última reflexión nos sugiere esta frase del Evangelio de hoy. Ya que todo hombre es nuestro hermano, sea anciano o niño, joven o adulto, unámonos todos para salvar la vida, el sueño de felicidad legítima, el justo reclamo de protección y asistencia de nuestras familias. Especialmente de las más necesitadas. Hoy mismo, porque mañana puede ser tarde.

Entre todos, ya que encerrándonos en nosotros mismos seremos impotentes. Con la fuerza que nos da la fe en Cristo. Por eso a la solemne declaración de Jesús: "Yo soy la Resurrección y la Vida" respondemos con Marta y con la Iglesia de todos los tiempos. "Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo".

APROVECHALO LAS VECES QUE PUEDES.
Y SIEMPRE SERÁN POCAS..... PARA
VISITAR LA CASA DE TU MADRE.



Evangelio de la opción total

“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo. El hombre que lo descubre lo vuelve a esconder y, de tanta alegría, vende todo lo que tiene para comprar ese campo.

El Reino de los Cielos es semejante a un comerciante que busca perlas finas. Si llega a sus manos una perla de gran valor, vende cuanto tiene, y la compra”.

Mateo 13, 44-46

El tesoro escondido y la perla buscada

¡Qué densidad de mensaje en los tres versículos de este Evangelio! “El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría vende todo lo que posee y compra el campo. El Reino de los Cielos se parece también a un negociante que se dedicaba a buscar perlas finas; y al encontrar una de gran valor, fue a vender todo lo que tenía y la compró”.

Al pasar por la Casa de Ejercicios “Cura Brochero”, en El Rocío (partido de Florencio Varela), saludé a 60 madres de familia de nuestros barrios que hacían un “Encuentro de Evangelización”. Allí estaba el equipo de mujeres y el sacerdote que las ayudaba a redescubrir el sentido de su vida y la misión de su familia a la luz de la Palabra de Dios.

Una alegría radiante caldeaba el ambiente. Se palpaba el cumplimiento de la parábola: el caso de quien lleno de alegría, vende todo lo que posee y compra un tesoro. El bien tan valioso al que alude Jesús es la gracia de Dios. Es el amor que, en forma de perdón misericordioso, nos ofrece el Padre Dios por los méritos de su Hijo Jesús. Estalla en la alegría de venderlo todo para adquirir tan inestimable tesoro quien descubre y acepta por primera vez la amistad divina. Desborda de gozo el que recupera esa dignidad luego de perderla por el pecado. Pero también los que habitualmente viven la vida teologal de fe, esperanza y caridad son invitados a sorprenderse siempre de nuevo ante la experiencia de un Dios que penetra cada vez más todas las dimensiones de su existencia.

Es lógico que Dios nos inste a buscarlo sin tregua, sin dilaciones, sin perplejidades “La sabiduría resplandece y no se enturbia su fulgor, gustosa se deja contemplar por quienes la aman, y se deja hallar por quienes la buscan. Ella se adelanta dándose a conocer a los que la desean. Que si la buscas desde temprano, no tendrás que fatigarte, la encontrarás

sentada a tu puerta. Meditar en ella es la inteligencia perfecta y el que se queda velando por ella, estará pronto al amparo de sus preocupaciones. Ella misma busca por todas partes los que son dignos de ella; se les parece benévola en el camino, les viene al encuentro con todos sus pensamientos" (Libro de la Sabiduría 6, 12-16).

En la parábola, del hombre que encontró un tesoro y el personaje que dio con la perla de gran precio, "fue a vender todo lo que tenía" para entrar en posesión de bienes de tanta valía. De ese modo enseña el Maestro las exigencias que entraña la profesión cristiana de fe. Hay que dejarlo todo, para encontrar al Todo. Hay que despojarse de nuestras costumbres desviadas para gozar de la Vida plena, de la felicidad verdadera.

La Verdad no puede confundirse con la mentira. El Amor es incompatible con el odio. La belleza no admite parangón ni compañía, con la grosería, por más que ésta luzca collares y se vista de seda relumbrante. Dios no puede ser reducido a un ídolo, expresión de inconfesables debilidades humanas frente al poder, al tener y a la sensualidad.

Pablo había sabido elegir y había optado bien: de perseguidor de Cristo se había transformado en seguidor y apóstol de Jesús. Metido en la cárcel y cargado de cadenas escribe a sus fieles: "Todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia lo tengo por pérdida, a causa de Cristo. Más aún, todo me parece una desventaja comparada con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a él, no con mi propia justicia —la que procede de la Ley—, sino con aquella que nace de la fe en Cristo, la que viene de Dios y se funda en la fe. Así podré conocerlo a él, conocer el poder de su resurrección y participar de sus sufrimientos, hasta hacerme semejante a él en la muerte, a fin de llegar, si es posible, a la resurrección de entre los muertos" (Filipenses 3, 7-11).

Opción preferencial por los pobres: tesoro y perla de la Iglesia en América Latina

Reunidos en Puebla de México en febrero de 1979, suscribieron 200 obispos un solemne compromiso que pronta y decididamente aceptamos también los que no tuvimos la oportunidad de integrar a aquella asamblea histórica. Quedó formulado en estos términos:

Nº 1134:

“Volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres, no obstante las desviaciones e interpretaciones con que algunos desvirtuaron el espíritu de Medellín, el desconocimiento y aun la hostilidad de otros. Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral”.

Nº 1135:

“La inmensa mayoría de nuestros hermanos siguen viviendo en situación de pobreza y aun de miseria que se ha agravado. Queremos tomar conciencia de lo que la Iglesia latinoamericana ha hecho o ha dejado de hacer por los pobres después de Medellín, como punto de partida para la búsqueda de pistas opcionales eficaces en nuestra acción evangelizadora, en el presente y en el futuro de América Latina”.

La parábola del tesoro escondido y de la perla preciada tuvo, de esta manera, una aplicación de incalculables consecuencias para el futuro de nuestra América Latina. Rastreando, las huellas del habitante de este continente, dio la Iglesia con los pobres. Aleccionada por la parábola del buen samaritano no tuvo alternativa que apearse de sus hábitos, de su comodidad, de sus amistades, de sus presuntos protectores y patrocinadores, para compartir el dolor y la inseguridad de los pobres. Dio con ese tesoro escondido y con esa perla

preciosa en los desalojados que deben buscar su domicilio anónimo en las villas de emergencia, o meterse en el mar, o trepar a las montañas. Descubrió ese tesoro y desenterró esa perla en la muchedumbre de desocupados y de subocupados. Los descubrió en los jóvenes sin expectativas de futuro y en los ancianos olvidados de la sociedad.

Es claro que no aprobó la miseria ni declaró bendición la marginación. El hallazgo del pobre fue sólo un punto de partida para superar esa triste realidad y elevar a las familias sumergidas a un estado de vida que responda a la dignidad de los hijos de Dios.

La Iglesia no quiere dar sólo el pan al hambriento, o el vestido al desnudo, o la vivienda al desalojado. Se compromete a ayudar con su anuncio, su denuncia y su acción social no como limosna, sino como derecho, al igual que los restantes ciudadanos.

Un obispo que supo optar: Monseñor Enrique Angelelli

“Lleno de alegría, vende todo lo que tiene...”. Dejemos que esta palabra del Evangelio resuene una vez más en nuestro corazón. Optar por los pobres representa para la Iglesia una exigente conversión. Un cambio cuyo rigor no tolera recaídas actitudes mediocres o ambiguas. Las consecuencias serán inevitables: habría incomprensión, se hará el vacío, arreciará la persecución.

Dios nos ha brindado ya múltiples ejemplos de hombres y mujeres que, en nuestra América Latina, hicieron de la doctrina evangélica un libro de vida, cuyas páginas vamos leyendo como si se tratara de una crónica familiar. Uno de estos hombres fue el Obispo de La Rioja, Monseñor Enrique Angelelli. Fiel al espíritu del Concilio Vaticano II y en total consonancia, en su itinerario de pastor, en la ofrenda de su sangre.

Las nuevas generaciones sacerdotales de la patria irán mirando su trayectoria con emoción, con respeto y con emulación. Rescatarán del olvido su memoria y releerán edificados sus Cartas Pastorales, sus homilias y sus poesías.

Recordando su trágica muerte, vale la pena recoger su propio testimonio, tal como aparece en su "Oración de mi sacerdocio". Es una poesía compuesta en 1974, con ocasión de su visita al Papa Pablo VI:

*"...Mi vida fue como el arroyo...
anunciar el aleluia a los pobres
y pulirse en el interior:
canto rodado con el pueblo
y silencios de "encuentros"...
contigo... solo... Señor
Mi vida fue como el sauzal...
pegadita junto al río
para dar sombra nomás.*

*Mi vida fue como el camino...
pegadita al arenal
para que la transite la gente
pensando: "Hay que seguir andando nomás".*

*Mi vida fue como el cardón...
sacudida por los vientos
y agarrada a Ti, Señor:
vigía en noche de estrellas
para susurrarle a cada hombre:
"Cuando la vida se esconde entre espinas,
siempre florece una flor".*

*Todo esto soy yo, Señor...
un poco de tierra y un Tabor,
veinticinco años de carne ungida
con un cayado, un pueblo y una Misión".*

Evangelio del precursor

Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios. Como está escrito en el libro del profeta Isaías:

*Mira, yo envío a mi mensajero delante de ti
para prepararte el camino.*

*Una voz grita en el desierto:
Preparen el camino del Señor,
allanen sus senderos.*

Así se presentó Juan el Bautista en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Toda la gente de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él, y se hacían bautizar en las aguas del Jordán, confesando sus pecados.

Juan estaba vestido con una piel de camello y un cinturón de cuero, y se alimentaba con langostas y miel silvestre. Y predicaba diciendo: "Detrás de mí vendrá el que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de ponerme a sus pies para desatar la correa de sus sandalias.

Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo.

Marcos 1, 1-8

La llegada de Cristo al mundo debe concretarse todos los días en nuestra conciencia, en nuestra familia, en nuestra sociedad.

La conversión es exigida, como cambio moral para que el Señor pueda avanzar salvíficamente hasta nosotros.

Marcos toma este pregón como capítulo inicial de su libro:

*“Mira, yo envío a mi mensajero delante de ti
para prepararte el camino.*

*Una voz grita en el desierto:
Preparen el camino del Señor,
allanen sus senderos”.*

Para que no quedaran dudas, el autor sagrado afirma explícitamente: “así se presentó Juan el Bautista en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados”.

Es claro que ningún hombre, por sí solo, estaría en condiciones de quitar los obstáculos al paso del Señor. Esa preparación ya supone la gracia de Dios, que sale al encuentro de nuestra debilidad, nos capacita para la santidad y sigue perfeccionando en cada uno de nosotros la obra salvífica comenzada. Pero no deja de ser menos cierto que Dios no se nos impone, no constriñe nuestra libertad.

Esta debe poner toda su energía, toda su paciencia, toda su perseverancia para que el camino quede expedito y el Salvador prosiga su marcha victoriosa y pacífica en nuestra experiencia personal e histórica.

El texto paralelo de Lucas (3, 10-14) agrega ejemplos inequívocos y una casuística esclarecedora al respecto. Al preguntar los oyentes a Juan: “¿qué debemos hacer entonces?”, recibieron esta propuesta: “el que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene, y el que tenga qué comer, haga otro tanto”. Concretando aún más, exhortaba el austero predicador a los cobradores de impuestos a no exigir más de lo acordado. Y a quienes profesaban la milicia, les advertía de no extorsionar, no hacer falsas denuncias, contentarse con el sueldo.

Cada cual sabrá qué significa para él eso de preparar el camino del Señor. El Bautista nos orienta decididamente hacia la solidaridad social como signo de nuestra reconciliación con Dios. Compartir el alimento con el que sufre desnutrición, cubrir la desnudez del pobre con el vestido que no usamos. Los obispos de los primeros siglos llegaron a tomar un tono bien severo en su comentario del Evangelio a sus fieles. Decían que el vestido que cuelga ocioso en tu ropero no es tuyo, sino del harapiento que esconde la desnudez en algún rincón de nuestros poblados. Insistían en que el par de zapatos no usado no es tuyo, sino del hermano que transita descalzo frente a tu puerta.

Juan demostraba en la sobriedad, en la austeridad de su estilo de vida la aplicación de esos principios.

Leemos en efecto: "Juan llevaba un vestido de piel de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre". Pero él sabía muy bien que su papel no era el de introducir, sin más, una nueva secta de ascetas como las que han abundado y siguen abundando. *El sabía perfectamente que orientaba a su auditorio hacia una realidad interior nueva, hacia Jesús que habría de bautizar con el Espíritu Santo.*

Digamos todavía que su fidelidad a la misión confiada fue heroica. Nunca pretendió ocupar el puesto central que le correspondía a Jesús como Salvador. A sus discípulos que tanto lo admiraban, les dirá: "Yo no soy el Mesías, pero he sido enviado delante de él... Es necesario que él crezca y que yo disminuya".

Es hora de que hagamos nuestra síntesis sobre este Evangelio del Precursor. Todos hemos de considerarnos como precursores del único Salvador, Cristo Jesús. Para llenar bien tan eminente cometido, la palabra de nuestros labios necesita el refrendo del testimonio de vida. Este nuevo estilo de vida se nos comunica interiormente, como verdadero renacimiento, nuevo nacimiento, que es gracia y don de lo alto, de Dios nuestro Padre. Pero la interioridad maravillosa del amor de

Dios volcado en nuestro corazón por la donación del Espíritu Santo exige pruebas. Ellas son las obras de caridad, de asistencia, de promoción a favor de todo hombre necesitado. Y todavía *una consigna importante: "es necesario que El crezca y que yo disminuya"*. El precursor forma seguidores de Cristo, no satélites de su mezuino y ridícula vanidad".

Hablando de precursores me surge la evocación de uno que en nuestra historia latinoamericana no recibe el relieve que merece en tal concepto.

A los pocos años de la conquista de México por parte de los españoles, nuestra Madre del Cielo se presentó al bueno de Juan Diego con un lenguaje conmovedoramente tierno y afectivo: "Juanito, Juan Diego, Juanito, el más pequeño de mis hijos sabe y tiene entendido que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él *mostrar y prodigar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra* y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen. Ve al obispo de México a manifestarle lo que mucho deseo. Anda y pon en ello todo tu esfuerzo".

Es una historia registrada por testigos de la primera hora. Ante las primeras dificultades, y en un nuevo diálogo con la milagrosa aparición, expresa Juan Diego: "te ruego, Señora, que le encargues a alguno de los principales que lleve tu mensaje para que le crean, porque yo soy sólo un hombrecillo".

Y la Madre de Jesús, Madre de todos los hombres y también de una raza conquistada como los aztecas, insiste: "yo, en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, soy quien te envío... Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No estás, por ventura, en mi regazo?... Tú eres mi embajador, muy digno de confianza...". Lo demás ya es historia mil veces repetida: los

peregrinos incontables, las gracias innumerables, que allí obra prodigios de salvación por la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe. Pero en los comienzos hay un precursor, el indio Juan Diego. El servidor fiel que, como sacristán del primer santuario guadalupano, llevó a los devotos hasta los pies de María hasta morir, a los 70 años de edad, en 1548. Como el Bautista, pero a través de María, Juan Diego guió a sus hermanos los indios a Jesús, en quien aquellos hombres encontraban consuelo, alivio y esperanza.



Evangelio de la luz

Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: "Maestro, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?". "Ni él ni sus padres han pecado", respondió Jesús, "nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios.

Debemos trabajar en las obras de aquel que me envió,
mientras es de día;
llega la noche,
cuando nadie puede trabajar.
Mientras estoy en el mundo,
soy la luz del mundo".

Después que dijo esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del ciego, diciéndole: "Vé a lavarte a la piscina de Siloé", que significaba *Enviado*. El ciego fue, se lavó y, al regresar, ya veía. Los vecinos y los que antes lo habían visto mendigar, se preguntaban: "¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?". Unos opinaban: "Es el mismo". "No, respondían otros, es uno que se le parece". El decía: "Soy realmente, yo". Ellos le dijeron: "¿Cómo se te han abierto los ojos?". El respondió: "Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo: Vé a lavarte a Siloé. Yo fui, me lavé y ví". Ellos le preguntaron: "¿Dónde está?". El respondió: "No lo sé". El que había sido ciego fue llevado ante los fariseos. Era sábado

cuando Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos, a su vez, le preguntaron cómo había llegado a ver. El les respondió: "Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo". Algunos fariseos decían: "Ese hombre no viene de Dios, porque no observa el sábado". Otros replicaban: "¿Cómo un pecador puede hacer semejantes signos?". Y se produjo una división entre ellos. Entonces dijeron nuevamente al ciego: "Y tú, ¿qué dices del que te abrió los ojos?". El hombre respondió: "Es un profeta". Sin embargo, los Judíos no querían creer que ese hombre había sido ciego y que había llegado a ver, hasta que llamaron a sus padres, y les preguntaron: "¿Es éste el hijo de ustedes, el que dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?". Sus padres respondieron: "Sabemos que es nuestro hijo y que nació ciego pero cómo es que ahora ve y quién le abrió los ojos, no lo sabemos. Pregúntenle a él: tiene edad para responder por su cuenta". Sus padres dijeron esto por temor a los Judíos, que ya se habían puesto de acuerdo para excluir de la sinagoga al que reconociera a Jesús como Mesías. Por esta razón dijeron: "Tiene bastante edad, pregúntenle a él". Los Judíos llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: "Glorifica a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador". "Yo no sé si es un pecador, respondió; lo que sé es que antes yo era ciego y ahora veo". Ellos le preguntaron: "¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te abrió los ojos?". El les respondió: "Ya se los dije y ustedes no me han escuchado. ¿Por qué quieren oírlo de nuevo? ¿También ustedes quieren hacerse discípulos suyos?". Ellos lo injuriaron y le dijeron: "¿Tú serás discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés! Sabemos que Dios habló a Moisés, pero no sabemos de dónde es éste". El hombre les respondió: "Esto es lo asombroso: que ustedes no sepan de dónde es, a pesar de que me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero sí al que lo honra y cumple su voluntad. Nunca se oyó decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si este

“Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo”

Tras el simbolismo del agua, en la que se expresa la gracia eficaz del Espíritu Santo, viene ahora el de la luz. En la predicación cristiana hay una alusión constante a ella. En nuestra liturgia, recordamos *la vigilia pascual con las velas parpadeantes* en manos de la asamblea; todos sabemos de la vela que en el bautismo sostienen los padrinos en nombre del niño renacido como hijo de Dios. El Evangelio insiste en el tema de nuestra iniciación cristiana, tratando de despertar, con acentos, de vida nueva, la fe profesada en Jesús como único Salvador.

La escena es sencilla. Si la descripción que de ella hace el evangelista resulta tan larga, es porque se nos quiere mostrar lo arduo y desconcertante que puede resultar el itinerario de la fe. Jesús forma barro con su saliva y resfrega los ojos de un ciego de nacimiento. Este, por indicación del mismo Jesús, se lava en la piscina de Siloé y recibe el don de la vista. Este milagro es diversamente analizado por los vecinos del que fuera ciego, por sus padres, por los fariseos. Todo culmina en la profesión del hombre curado.

Hacer las obras de Dios mientras es de día. Así introduce el Maestro a sus discípulos al hecho portentoso de dar la vista al ciego de nacimiento. Es incansable durante su vida mortal con los milagros que son obras de salvación. Así le había hecho responder a Juan el Bautista: “vayan a contar a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos son purificados y los sordos oyen, los muertos resucitan, la Buena Noticia es anunciada a los pobres, y feliz aquel para quien yo no seré motivo de escándalo” (Lucas 7, 22-23).

La búsqueda y el discernimiento hasta descubrir a Cristo. Con gran sentido de observación nos va registrando el autor sagrado la diversa reacción frente al portentoso hecho de dar la vista al ciego de nacimiento. La indiferente curiosidad de

hombre no viniera de Dios, no podría hacer nada". Ellos le respondieron: "Tú naciste lleno de pecado, y ¿quieres darnos lecciones?". Y lo echaron. Jesús se enteró de que lo habían echado y, al encontrarlo, le preguntó: "¿Crees en el Hijo del Hombre?". El respondió: "¿Quién es, Señor, para que crea en él?". Jesús le dijo: "Tú lo has visto: es el que te está hablando". Entonces él exclamó: "Creo, Señor", y se postró ante él. Después Jesús agregó:

"He venido a este mundo para un juicio:
para que vean los que no ven
y queden ciegos los que ven".

Los Fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: "¿Acaso también nosotros somos ciegos?". Jesús les respondió:

"Si ustedes fueran ciegos,
no tendrían pecado,
pero como dicen: 'Vemos',
su pecado permanece".

Juan 9, 1-41

los vecinos; el desentenderse del tema por parte de los padres, atemorizados por las amenazas, la resistencia de los fariseos a aceptar la iniciativa de Dios, que los habría llevado a admitir en Jesús al Mesías. Son actitudes que, fácil es constatarlo, se van dando a lo largo de la historia y en nuestros propios días cada vez que Dios sacude saludablemente a la humanidad con hechos incuestionablemente significativos.

Fe progresiva y firme adhesión final. En esa agitada sociedad que lo cuestiona, va el hombre curado por Cristo avanzando hacia la fe plena en el Mesías. Nos emociona su sencillez, su honestidad, su firmeza en testificar su propia experiencia. Percibimos cómo, tras gozar de la visión de la naturaleza que lo llenaría de asombro y estupor una luz aún más radiante se va abriendo paso a su corazón. Lo notamos en su forma de nombrar a Jesús: "ese hombre... es un profeta... si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada". Hasta el final mismo de todo el episodio: "Creo, Señor. Y se postró ante él".

Que vean los que no ven y queden ciegos los que ven

Del episodio del ciego, que, tras quedar beneficiado con la visión corporal, también fue iluminado interiormente con el don de la fe, pasa Cristo a hablar del juicio que introduce en el mundo. Es señalar la diferencia entre los creyentes y los rebeldes a la gracia. No hay peor ciego que quien resiste a ver lo que es evidente. Y ésta es la condición de quienes se resisten a admitir la Palabra de Dios: persisten en el pecado, siguen hundidos en las tinieblas de la perdición, que es la más negra y cerrada de todas las noches.

San Pablo, escribiendo a los cristianos de Efeso, les advierte: "sépanlo bien: ni el hombre lujurioso, ni el impuro, ni el avaro (que es un idólatra) tendrán parte en la herencia del Reino de Cristo y de Dios". Y prosigue: "antes, ustedes eran

tinieblas pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz. Ahora bien, el fruto de la luz es la bondad, la justicia y la verdad” (5, 5-9).

¡Sepamos mantener encendido el cirio que sostuvieron nuestros padrinos en el bautismo! ¡Que no se apague en nuestros corazones el eco de las palabras inspiradas, que en aquel solemne rito pudieron aplicársenos! :

“despiértate, tú que duermes,
levántate de entre los muertos,
y Cristo te iluminará” (Efesios 5, 14).

El que ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza

Este enunciado bíblico (1 Juan 2, 10) complementa nuestra reflexión acerca del Evangelio, de la luz. Una vez más se nos invita a verificar en la actitud para con el hombre que vemos la amistad que deseamos disfrutar con Dios a quien no vemos. Atendamos bien al texto íntegro:

“Pero quien no ama a su hermano, está en las tinieblas y camina en ellas, sin saber adónde va, porque las tinieblas lo han enceguecido” (2, 11).

Vino a conversar conmigo una religiosa que tiene su domicilio en una zona muy postergada de nuestra diócesis. El espacio vital de que dispone cada familia es mínimo. Los numerosos hijos de esos hogares viven hacinados. No hay patio para jugar. Con dificultad se acude a la escuela, porque el rigor de la existencia obliga a las criaturas a merodear prematuramente por la zona, recogiendo metales, telas o cartones. Los arroyos están horrorosamente contaminados con los desechos de las fábricas y las aguas servidas. Pero los niños entran en ellos, con graves desmedro de su salud.

Es un cuadro oscuro de nuestro conurbano. No hace falta distanciarse mucho de las calles iluminadas a plena luz, de los escaparates brillantes, de las salas rutilantes. Más triste aun

que las sombras de este cuadro es la noche de un pecado de injusticia que se cierne sobre esta geografía de la marginación. La injusticia de no tocar la realidad de una vivienda digna, del trabajo seguro, de la salud protegida. De ese cuadro de sombras emerge con acentos inconfundibles la voz del Salvador: "he venido a este mundo para un juicio..." Vino a comprobar la autenticidad de la fe, vino a denunciar la falsa fe. Y este juicio queda patente en nuestro sentido de justicia, de solidaridad, de amor al prójimo, como lo firma el discípulo predilecto: "quien no ama a su hermano, está en las tinieblas..."

Nosotros que profesamos y proclamamos el Evangelio de la luz, somos responsables de que el mundo se ilumine con la luz que es Cristo. No podemos retener esa luz de la gracia en nuestros corazones. No debemos descansar hasta que se cumpla el anuncio profético: "Cuando repartas al hambriento tu pan, y dejes saciado al afligido, resplandecerá en las tinieblas tu luz y lo oscuro de ti será como mediodía" (Isaías 58, 10).



Evangelio de la familia

Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: Todo varón primogénito será consagrado al Señor. También debían ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o de pichones de paloma, como ordena la Ley del Señor.

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. Conducido por el mismo Espíritu, fue al Templo, y cuando los padres de Jesús llevaron al niño para cumplir con él las prescripciones de la Ley. Simeón lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo:

“Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz,
como lo has prometido,
porque mis ojos han visto la salvación,
que preparaste delante de todos los pueblos:
luz para iluminar a las naciones paganas
y gloria de tu pueblo Israel”.

Su padre y su madre estaban admirados por lo que oían decir de él. Simeón, después de bendecirlos, dijo a María, la madre: “Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti

misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos”.

Había también allí una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la familia de Aser, mujer ya entrada en años, que, casada en su juventud, había vivido siete años con su marido. Desde entonces había permanecido viuda, y tenía ochenta y cuatro años. No se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Se presentó en ese mismo momento y se puso a dar gracias a Dios. Y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Después de cumplir todo lo que ordenaba la Ley del Señor, volvieron a su ciudad de Nazaret, en Galilea. El niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él.

Lucas 2, 22-40

El texto nos presenta a Jesús en el templo, ocasión en la que intervienen el anciano Simeón entonando su canto de consuelo y la anciana Ana, profetizando.

En su conjunto de lectura nos permite seguir a Jesús, a María y a José ("La Sagrada Familia") cumpliendo fielmente sus deberes con Dios y su Santa Ley. Nos hace descubrir el designio misterioso de Dios sobre cada familia. Simeón lo interpreta así en relación con Jesús y con María: "este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos".

José y María eran materialmente pobres, como lo puntualiza el autor sagrado: "también debían ofrecer un par de tórtolas o de pichones de palomas, como ordena la Ley del Señor". Esto lo hacían los pobres, de acuerdo a lo escrito en el Levítico (12, 8): "más si a ella (la Madre) no le alcanza para presentar una res menor, tome dos tórtolas o dos pichones".

José y María pertenecían, sobre todo, a los llamados "pobres de Yahveh", a las familias que respetaban los mandamientos de Dios. De ahí que escucharan con sentido religioso la profecía de Simeón:

"su padre y su madre estaban admirados por lo que oían decir de él".

En ese ambiente de fe sencilla y pura se desarrollarían los años de la infancia de Jesús. Lucas nos describe esta etapa con una frase riquísima de contenido: "el niño iba creciendo y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él". Algo más adelante agregará (2, 52): "Jesús iba creciendo con sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres".

En Belén, en la Nochebuena y en los días y meses consiguientes, la Sagrada Familia testifica tal cúmulo de actitudes de fe, de paciencia, de religiosidad, que bien merece ser evocada. José y María quedan marginados del hospedaje y Jesús

nace en condiciones de precariedad extrema: tiene por cuna un pesebre y por casa un portal. Muy pronto vendrá la persecución y el destierro. Estas circunstancias son sobrellevadas por María y por José con una fe tan firme e inalterable que nos admira y edifica, ellos realizan, lo que el Apóstol propone a toda familia cristiana (Colosenses 3, 12-21).

“Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo cuerpo. Y vivan en acción de gracias. Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor, Jesús, dando gracias por él a Dios Padre. Mujeres, respeten a su marido, como corresponde a los discípulos del Señor. Maridos, amen a su mujer, y no le amarguen la vida. Hijos, obedezcan siempre a sus padres, porque esto es agradable al Señor. Padres, no exasperen a sus hijos, para que ellos no se desanimen. Esclavos, obedezcan en todo a sus dueños temporales, pero no con una obediencia fingida, como quien trata de agradar a los hombres sino con sencillez de corazón, por consideración al Señor”.

La familia entre nosotros

El tema de la familia es de enorme gravitación para la humanidad, en cualquier época de su historia. Pero cobra en estos momentos contornos casi dramáticos. Es decisiva la

incidencia de los medios masivos de comunicación. Si allí, con tanta frecuencia, el hijo es el gran ausente, la mujer es presentada como mero objeto de placer y el hombre aparece en su forma más grosera (por más sutiles recursos que se empleen) como quien todo se lo permite, habrá de seguirse forzosamente un rápido y grave deterioro de la imagen de la familia. Pero hay otras causas: el materialismo, la sumersión social, la filosofía equivocada.

Mantienen plena vigencia las apreciaciones del Documento de Puebla: N° 572:

“Es preciso reconocer además que la realidad de la familia no es ya uniforme, pues en cada familia influyen de manera diferente —independientemente de la clase social—, factores ligados al cambio, a saber: factores sociológicos (injusticia social, principalmente): culturales (calidad de vida); políticos (dominación y manipulación); económicos (salarios, desempleo, pluriempleo); religiosos (influencias secularistas), entre muchos otros”.

Como en todos los demás casos, también aquí se impone, más allá de la denuncia, una acción decidida para promover la institución madre de toda sociedad, que es la familia. El Estado debe saberse claramente al servicio de los valores fundamentales y por lo tanto, inalterables, del grupo familiar. Esto significa la tutela solícita de la moral, a través de los centros públicos de educación y de los medios masivos de comunicación social. Significa también la resolución del problema social según los criterios de la justicia, para que cada familia argentina disponga de vivienda propia y digna y pueda dedicarse serenamente a la salud y educación de sus hijos.

En la Iglesia constatamos la evidente e improrrogable necesidad de evangelizar y catequizar seriamente a quienes se preparan al matrimonio y a quienes ya lo han contraído. Para la 1a. comunión el niño se prepara mediante una catequesis de dos años. Urge pensar en la catequesis prematrimonial co-

rrelativa a la importancia de asumir el compromiso de la fidelidad, de la paternidad, de la educación. La Iglesia afirma, sin dudar, que la familia es la base de la comunidad cristiana, pero todavía debe deducir de tal afirmación todas las consecuencias pastorales.

Evangelio de la solidaridad

Al enterarse de eso, Jesús se alejó en una barca a un lugar desierto para estar a solas. Apenas lo supo la gente, dejó las ciudades y lo siguió a pie. Cuando desembarcó, Jesús vio una gran muchedumbre y, compadeciéndose de ella, curó a los enfermos. Al atardecer, los discípulos se acercaron y le dijeron: "Este es un lugar desierto y ya se hace tarde; despide a la multitud para que vaya a las ciudades a comprarse alimentos". Pero Jesús les dijo: "No es necesario que se vayan, denles de comer ustedes mismos". Ellos respondieron: "Aquí no tenemos más que cinco panes y dos pescados". "Tráiganmenlos aquí", les dijo. Y después de ordenar a la multitud que se sentara sobre el pasto tomó los cinco panes y los dos pescados, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes, los dio a sus discípulos, y ellos los distribuyeron entre la multitud. Todos comieron hasta saciarse y con los pedazos que sobraron se llenaron doce canastas. Los que comieron fueron unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños.

Mateo 14, 13-24

El afecto de la compasión y el efecto de la solidaridad

Al leer la narración de la multiplicación de los panes, vamos destacando frases que invitan a la reflexión y a la imitación. "Jesús vio una gran muchedumbre, sintió compasión de ella y curó a sus enfermos". "No es necesario que se vayan, denles de comer ustedes mismos". Me llama inmediatamente la atención la referencia a la compasión. Jesús solucionará con un milagro resonante la situación de emergencia de la muchedumbre, pero su acción no es la de un organizador fríamente cerebral. Su temperamento refleja un amor entrañable al hombre. Su mirada bucea en el corazón de cada uno. Entre los miles de hambrientos, en el atardecer de la soledad, distingue bien cada grupo familiar, cada persona, cada conciencia. Lo mismo que hoy va siguiendo, en los miles de millones de habitantes de nuestro planeta, a cada uno en particular. Porque para él todos son importantes: el que vive sin mayores preocupaciones las alternativas de su trabajo y la historia familiar; como el pigmeo de las selvas africanas y el isleño perdido en las inmensidades del Pacífico. Para él es importante cada niño y cada joven de nuestra América Latina y de la patria argentina, sobre todo el que se halla en condiciones desfavorables de alimentación, de salud, de estudio, de futuro.

Hoy esa compasión del corazón de Cristo debe hacerse sensible y operativa en nuestros ojos, en nuestros corazones y en nuestras manos como Iglesia de Cristo. Y no siempre respondemos a tan sublime y primaria misión. A veces no queremos ver. Y si llegamos a ver, no siempre el impacto llega al corazón. De ahí la lentitud y la insuficiencia de tantas acciones de caridad, de asistencia, de promoción.

Volvemos, en más de una oportunidad, a repetir el gesto poco edificante de los discípulos: "al atardecer, los discípulos se acercaron y le dijeron: Este es un lugar desierto y ya se hace tarde; despide a la multitud para que vaya a las ciudades a comprarse alimentos". En esa salida del primer grupo co-

munitario que siguió a Jesús se anticipan las excusas de las comunidades cristianas que, a través de los siglos, y también en nuestro tiempo, y también en nuestro país, se desentendieron del problema de los hambrientos, de los desnudos, de los desalojados.

Cuando había hambre y se trataba de alimentarlos, hubo cristianos que afirmaron que lo del hambre era un invento y que la asistencia a la familia castigada por el hambre era una vulgar demagogia, además de cebar la pereza y la indolencia. Jesús fue testigo de tamaños juicios contra la verdad, contra la caridad y contra la justicia. ¿Qué diríamos ahora mismo de quienes, en nuestra zona, caldeados por las estufas que queman el gas procedente de la Patagonia helada, comentaran, luego de ver mantos de nieve a través de las pantallas de televisión, que lo del frío es un invento?

Total, cuando late un corazón helado por el egoísmo en un cuerpo que goza de la calefacción, tanto da ver un informativo sobre nuestros hermanos congelados, como un programa deportivo. ¡Cómo reacciona distintamente el Salvador! No sólo vio el apuro de la multitud, no sólo sintió compasión de los miles de hombres, de mujeres y de niños: también obró rápida, eficaz y ordenadamente.

Lo primero que necesita son los voluntarios: lógicamente piensa en sus discípulos. “No es necesario que se vayan, denles de comer ustedes mismos”. En rigor la Iglesia debería contar entre los bautizados a muchos voluntarios y servidores en las obras de Cáritas; en los hogares de niños, de ancianos; en los comedores parroquiales y escolares...

Luego hace falta la puesta en común de los bienes. A la explicación de los discípulos: “aquí no tenemos más que cinco panes y dos pescados”, responde rápidamente: “tráiganmelos aquí”. Estos panes y pescados dieron la materia para la multiplicación. De este modo pudo cerrar el evangelista el relato de esta escena con un comentario final bien elocuente:

“Todos comieron hasta saciarse y con los pedazos sobrantes se llenaron doce canastas. Los que comieron fueron unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños”.

La fuerza milagrosa de la palabra y del gesto de Jesús atraviesa los siglos y despliega también en nuestros días una eficacia capaz de responder a todas las exigencias. Cuando, durante la Campaña de la Solidaridad, alimentábamos en nuestra diócesis a 6.000 familias con más de 30.000 personas, una cierta puesta en común de los bienes possibilitó llenar, vez por vez, la canasta que el amor cristiano acercaba el diezmo del salario como contribución mensual; o renunciaban a fumar; o donaban algún mes íntegro de su pensión, como lo hizo una anciana.

Cinco panes y dos pescados puestos en común. ¡Qué decir de un país como el nuestro que produce anualmente unos 40 millones de toneladas de cereales por año!, como acabo de leerlo en el suplemento de un diario capitalino. ¡Más de una tonelada de cereales por cada habitante de la patria argentina, tan pródigamente bendecida por Dios en bienes de la naturaleza!

¡Ojalá que nosotros sepamos también ser generosos en producir bienes espirituales: gestos de caridad, obras concretas del amor cristiano!

Jesús vino a dar cumplida plenitud a la Ley y a los profetas. Y en el Deuteronomio ha estampado Dios principios de convivencia que no pueden olvidarse.

Dice así: “Si hay junto a ti algún pobre de entre tus hermanos, en alguna de las ciudades de la tierra que Yahveh tu Dios te da, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás lo que necesite para remediar su indigencia. Cuida de no abrigar en tu corazón estos perversos pensamientos: ‘Ya pronto llega el año séptimo, el año de la remisión’, para mirar con malos ojos a tu hermano pobre y no darle nada, él apelaría a Yahveh contra ti y te cargarías con un pecado. Cuando le des algo, se lo has de dar de buena gana, que por

esa acción te bendecirá Yahveh tu Dios en todas tus obras y en todas tus empresas. Pues no faltarán pobres en esta tierra; por esto te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel de los tuyos que es indigente y pobre en la tierra” (Deuteronomio 15, 7-11).

Pan y trabajo. 7 de agosto, se celebra la fiesta de San Cayetano. La veneración de este santo está muy arraigada entre nosotros. Se le tiene una gran confianza en su poder intercesor para lograr dos objetivos básicos de todo núcleo familiar: Pan y Trabajo. No dudamos de que el santo oye atentamente las plegarias de los muchos millares de hombres y mujeres, que peregrinan a las iglesias y capillas intituladas con su nombre. Tampoco cabe poner en tela de juicio la atención prestada por Dios a la intercesión de San Cayetano en favor de sus devotos.

Sí parece oportuno volver, una vez más, al tema de la justicia en ofrecer posibilidades de trabajo de parte de quienes disponen de los recursos naturales, así como en aceptarlas de parte de quienes las habrán de elaborar y multiplicar. La relación entre el trabajo y el pan es intrínseca y obedece al plan establecido por Dios mismo. En la encíclica “*Laborem Exercens*” habla el Papa Juan Pablo II del derecho al trabajo y de la obligación de hacerlo. De esta manera el hombre se realiza adecuadamente en su dimensión personal, familiar y social. Afirma textualmente: “El trabajo es, en un cierto sentido, una condición para hacer posible la fundación de una familia, ya que ésta exige los medios de subsistencia que el hombre adquiere normalmente mediante el trabajo. Trabajo y laboriosidad condicionan a su vez todo el proceso de educación dentro de la familia, precisamente por la razón de que cada uno se hace hombre”, entre otras cosas, mediante el trabajo, y ese hacerse hombre expresa precisamente el fin principal de todo el proceso educativo... En conjunto se debe recordar y afirmar que la familia constituye uno de los puntos de referencia más importantes, según los cuales debe for-

marse el orden socio-ético del trabajo humano” (Encíclica *Laborem Exercens* N° 18).

Por eso mientras alentamos el recurso a la oración para solucionar el problema del pan en la mesa familiar, hay que insistir en ofrecer posibilidades de trabajo y en remunerar la prestación del trabajo según las normas de la justicia.

Uno de nuestros párrocos se encontró con una escena patética; un padre de familia entrando en crisis de nervios, se puso de rodillas delante de él, suplicando con lágrimas: “no limosnas, Padre, ¡quiero trabajo!”.

Es de justicia facilitar el laboreo de la tierra por quienes saben y quieren hacerlo, y no es lícito tener ociosas, inmensas extensiones de tierra que pueden producir pan.

Es de justicia invertir en nuevas fuentes de trabajo el capital acumulado con el aporte del trabajador, evitando la fuga escandalosa de capitales al extranjero. Es de justicia ordenar las relaciones entre los sectores que configuran la sociedad con espíritu constructivo, evitando la estéril lucha de clases. Es de justicia que la autoridad asegure las condiciones propicias para que el dador de trabajo y mano de obra puedan mancomunadamente, establecer un sólido orden social, ofreciendo las garantías necesarias para la paz social. Es de justicia que los consorcios internacionales respeten el derecho de los pueblos a vivir dignamente, evitando la imposición de sistemas de opresión y retroceso social.

Evangelio del agua viva del Espíritu Santo

Llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de las tierras que Jacob había dado a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob.

Jesús, fatigado del camino, se había sentado junto al pozo. Era la hora del mediodía. Una mujer de Samaria fue a sacar agua y Jesús le dijo: "Dame de beber". Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La samaritana le respondió: "¿Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?". Los judíos, en efecto, no se trataban con los samaritanos. Jesús le respondió:

"Si conocieras el don de Dios
y quien es el que te dice:
'Dame de beber',
tú mismo se lo hubieras pedido,
y él te habría dado agua viva".

"Señor, le dijo ella, no tienes nada para sacar, el agua y el pozo es profundo. ¿De dónde sacas esa agua viva? ¿Eres acaso más grande que nuestro padre Jacob, que nos ha dado este pozo, donde él bebió, lo mismo que sus hijos y sus animales?" Jesús le respondió:

"El que beba de esta agua
tendrá nuevamente sed,
pero el que beba del agua que yo le daré,
nunca más volverá a tener sed.

El agua que yo le daré
se convertirá en él en manantial
que brotará hasta la Vida Eterna”.

“Señor, le dijo la mujer, dame de esa agua para que no tenga más sed y no necesite venir hasta aquí a sacarla”. Jesús le respondió: “Ve, llama a tu marido y vuelve aquí”. La mujer respondió: “No tengo marido”. Jesús continuó: “Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido; en eso has dicho la verdad”. La mujer le dijo: “Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en esta montaña, y ustedes dicen que es en Jerusalén donde se debe adorar”. Jesús le respondió:

“Créeme, mujer, llegó la hora
en que ni en esta montaña ni en Jerusalén
se adorará al Padre.

Ustedes adoran lo que no conocen;
nosotros adoramos lo que conocemos,
porque la salvación viene de los Judíos.
Pero la hora se acerca, y ya ha llegado,
en que los verdaderos adoradores
adorarán al Padre en espíritu y en verdad,
porque esos son los adoradores
que quiere el Padre.

Dios es espíritu,
y los que lo adoran
deben hacerlo en espíritu y en verdad”.

La mujer le dijo: “Yo sé que el Mesías, llamado Cristo debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo”. Jesús le respondió: “Soy yo, el que habla contigo”. En ese momento llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos al verlo hablar con una mujer. Sin embargo, ninguno le preguntó: “¿Qué quieres de ella?” o “¿Por qué hablas con ella?”. La mujer, dejando allí su cántaro, corrió la ciudad y dijo a la gente: “Vengan a ver a un hombre que

me ha dicho todo lo que hice. ¿No será el Mesías? Salieron entonces de la ciudad y fueron a su encuentro. Mientras tanto, los discípulos le insistían a Jesús, diciendo: "Come Maestro". Pero él les dijo: "Yo tengo para comer un alimento que ustedes no conocen". Los discípulos se preguntaban entre sí: "¿Alguien le habrá traído de comer?" Jesús le respondió:

"Mi comida
es hacer la voluntad de aquel que me envió
y llevar a cabo su obra.
Ustedes dicen
que aún faltan cuatro meses para la cosecha.
Pero yo les digo:
levanten los ojos y miren los campos:
ya están madurando para la siega.
Ya el segador recibe su salario
y recoge el grano para la Vida Eterna;
así el que siembra y el que cosecha
comparten una misma alegría.
Porque en esto se cumple el proverbio:
"Uno siembra y otro cosecha".
Yo los envié a cosechar
adonde ustedes ni han trabajado
otros han trabajado,
y ustedes recogen el fruto de sus esfuerzos".

Juan 4, 5-42

El diálogo con la samaritana de Jesús, hace una vigorosa alusión a nuestro bautismo, en el agua reconocemos el rito sagrado por el que fuimos elevados a la dignidad de hijos de Dios.

“ ¡Si conocieras el don de Dios!...” ¿Quién es ese don, sino el Espíritu mismo de Dios?

Basta recordar esta consoladora promesa de Jesús al insistir en el “pidan, y se les dará...” Sí, pues, ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!” (Lucas 11, 9-13).

San Pablo, hablando de la salvación que, en Cristo, nos viene por el bautismo, atestigua: “la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Romanos 5, 5).

“Sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo”. Jesús se había revelado en el diálogo con la mujer anónima del Evangelio de hoy con estas palabras, respondiendo a su expectativa por el Mesías: “Yo soy, el que te está hablando”. Los muchos samaritanos convocados por esa mujer, tras escuchar al Señor, hacen su propia profesión de fe: “Sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo”. Es el Espíritu Santo quien nos posibilita esta adhesión a Cristo. Enseña el Apóstol: “nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2, 11). Y también: nadie puede decir: ¡¡“Jesús es Señor!”, sino con el Espíritu Santo” (1 Corintios 12, 3).

“El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás”. Tiene razón Jesús al suscitar en nosotros deseos de eternidad, de perfecta felicidad. La sed corporal es un símbolo de aquella exigencia de alegría y paz que, retenidas en lo más profundo de nuestro corazón, son liberadas por Cristo con su misterio pascual.

Cada vez que celebramos un sacramento, actualizamos esta Pascua cristiana. Un eminente obispo del siglo IV, San Anastasio, escribió: "Abrevados en el Espíritu Santo, bebemos a Cristo". En cada encuentro sacramental Jesús nos deja el Don por excelencia del Espíritu Santo. Pero éste a su vez, sigue introduciéndonos cada vez más en el misterio de Cristo: nos hace vivir más plenamente con la vida misma de Jesús glorificado.

"Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad". Gracias al Mediador de la nueva y eterna Alianza, Jesús; gracias al Espíritu Santo, que activa en la Iglesia la salvación obrada por Cristo, somos capaces del culto perfecto. Adoramos a Dios en Jesucristo, quien dijo de sí mismo: "Yo soy la Verdad" (Juan 14, 6). Adoramos a Dios en el Espíritu Santo, según la doctrina de San Pablo: "El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios" (Romanos 8, 16).

El texto evangélico dice que los discípulos al volver quedaron sorprendidos al verlo hablar con una mujer. Nada obsta que descubramos en el texto evangélico otros temas que motivan y orienten nuestra fe y nuestras actitudes. Aquí queda propuesto un mensaje de Jesús a la mujer: encontramos aquí un Evangelio, una Buena Noticia para la mujer.

Este mensaje es actualísimo y es urgente proclamarlo. La imagen que, muy frecuentemente, nos presentan los medios de comunicación escritos, hablados, televisados o filmados sobre la mujer es lamentable en extremo. Escenas de imágenes reservadas antes a lugares oscuros y apartados, como concesión al vicio que una porción de sociedad decaída moralmente, alegría como estilo de vida, invade hoy atrevidamente los ambientes familiares y sociales.

Es un índice alarmante de postración social al triunfo de una seudocultura grosera, cuya violencia libertina avasalla lo mejor de nuestra juventud y de nuestras familias.

Quienquiera piense en su propia madre (¿quién de nosotros no rodea con sentimientos de ternura y veneración a la mujer que le dio vida y educación?). Y en sus hermanas ha de indignarse ante la imagen desfigurada que tantas veces se brinda de la mujer.

Jesús tiene un Evangelio, una feliz noticia para la mujer de todos los tiempos. La extrañeza de los discípulos al ver la escena del diálogo de Cristo con la samaritana era fiel reflejo de la opinión común sobre la mujer. En esa etapa cultural de la humanidad, la mujer poco valía como persona. Precisamente aquí hallamos uno de los contenidos más ricos y originales del cristianismo: la rehabilitación de la mujer como persona, igual al hombre en su dignidad.

La actitud de Jesús siempre siguió esa línea de dignificación, de promoción íntegra de la mujer. Aceptó la colaboración de un grupo de ellas en el itinerario evangelizador (Lucas 8, 1-3). Perdonó a la mujer de mala vida (Lucas 7, 36-50), que fue a llorar sus pecados en casa de Simeón el fariseo. Absolvió a la adúltera arrepentida (Juan 8, 1-11).

La mujer en nuestra América Latina

Hay todavía otras formas de postergación a la que nuestra sociedad condena a la madre, a la hermana, a la esposa, a la hija de nuestros hogares.

Me comentaba la catequista de uno de nuestros barrios el extremo a que habían llegado algunas familias. El padre y la madre debían ausentarse en busca de algún tipo de trabajo (¡Cualquier trabajo y a cualquier precio!): criaturas de pocos años eran encerradas en la casa, mientras duraba la ausencia de los progenitores.

Los Obispos reunidos en Puebla hablaron de la verdadera misión de la mujer en nuestro continente.

“Situación: a la conocida marginación de la mujer como consecuencia de atavismos culturales (prepotencia del varón, salarios desiguales, educación deficiente, etc.) que se manifiesta en su ausencia casi total de la vida política, económica y cultural, se agregan nuevas formas de marginación en una sociedad consumista y hedonista. Así se llega al extremo de transformarla en objeto de consumo, disfrazando su explotación bajo el pretexto de evolución de los tiempos (por la publicidad, el erotismo, la pornografía, etc) DP. 834.



Evangelio de la frontera

Jesús partió de allí y se retiró al país de Tiro y de Sidón. Entonces una mujer cananea, que procedía de esa región, comenzó a gritar: “¡Señor, Hijo de David, ten piedad de mí! Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio”. Pero él no le respondió nada. Sus discípulos se acercaron y le pidieron: “Señor, atiéndela, porque nos persigue con sus gritos”. Jesús respondió: “Yo he sido enviado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel”. Pero la mujer fue a postrarse ante él y le dijo: “¡Señor, socórreme!”. Jesús le dijo: “No está bien tomar el pan de los hijos para tirárselo a los cachorros”. Ella respondió: “¡Y sin embargo, Señor, los cachorros comen las migas que caen de la mesa de sus dueños!”. Entonces Jesús le dijo: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Qué se cumpla tu deseo!”. Y en ese momento quedó su hija curada.

Mateo 15, 21-28

Es la profesión de fe en Cristo, hecha por una mujer pagana, la escena presentada hoy:

En la zona fronteriza de Fenicia sale al encuentro del Salvador una mujer que la habitaba. Se postra ante él y le requiere la intervención de su poder milagroso a favor de una hija enferma de gravedad. Jesús le da una primera respuesta dilatoria y sorpresiva: “no está bien tomar el pan de los hijos, para tirárselo a los cachorros”. La mujer no se da por vencida: “¡Y sin embargo, Señor, los cachorros comen las migas que caen de la mesa de sus dueños!”. Admirado y proclamando la grandeza de su fe Cristo sana en el acto a la hija de esta madre anónima.

“¡Señor, socórreme!”. Este grito de una madre, sumida en la más extensa angustia nos recuerda a Pedro hundiéndose en las olas. Es la expresión espontánea y desgarradora del hombre, cuya única esperanza de salvación es Cristo. Es un grito que brota del corazón del pobre y del rico; del instruido en la religión, como del que carece de ese conocimiento. Todos pasamos por situaciones tan extremas que el recurso a Jesús se hace un imperativo. No posterguemos indefinidamente esa primera o reiterada conversión a Cristo con tan sencillas palabras: “¡Señor, socórreme!”, que no quedarán sin respuesta.

La reticencia de Jesús. Nos extraña tanto una primera reacción silenciosa de Jesús (“él no le respondió nada”), como su subsiguiente calificación de cachorros a los no pertenecientes al pueblo de Israel, tal la mujer que lo importunaba con sus gritos. En Jesús no cabía ni la indiferencia ante un problema familiar, ni una actitud de desprecio ante una extranjera. Aun usando el lenguaje en boga, lo que busca es poner a prueba la fe, para proclamarla tanto más. Algo semejante hizo con su propia madre en Caná de Galilea. Aprendamos entonces nosotros mismos a perseverar en nuestra fe en el Salvador; dejemos que El purifique esa fe y luego experimentaremos sus efectos maravillosos. Leemos en el Evangelio (Lucas 17,6)

“si ustedes tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza, y dijeran a esa morera que está ahí: arráncate de raíz y plántate en el mar, ella les obedecería”.

La admiración de Cristo. El poder de la fe queda destacado por Juan, en su primera Carta, con esta formulación categórica (1 Juan 5, 4): “la victoria que triunfa sobre el mundo es nuestra fe”. Jesús deja libre curso a su propio asombro cada vez que recoge la respuesta de una fe viva. Cuando el centurión intercede por un sirviente muy enfermo, lo hace con palabras conmovedoras. El Señor cede ante tanta confianza y humildad. El evangelista tuvo bien cuidado de anotar el comentario final del mismo Jesús: “les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel que tenga tanta fe” (Mateo 8, 10).

También apunta el Evangelio otra causa de admiración en Cristo. Con ocasión de una visita suya a Nazaret, su propio pueblo, hace esta acotación (Marcos 6,6): “Y él se asombraba de su falta de fe”.

La fe fácil y superficial, que deja pasar de largo al Salvador. La fe difícil y fecunda, que cosecha los frutos de la salvación. ¿Cuál es mi fe? ¿Cuál es la fe de mi familia? ¿Cuál es la de mi comunidad? ¿Qué provoca el asombro de Jesús: nuestra mucha fe, o nuestra fe escasa? Detengámonos un momento, reflexionemos y, si es necesario, volvamos a las fuentes puras e inagotables de nuestra fe.

Hay una enseñanza importantísima en el texto bíblico de hoy: el acercamiento de Jesús a las fronteras del mundo pagano, personalizado en su diálogo con la mujer cananea. Es un detalle que nos obliga a indagar sobre la actitud de la Iglesia respecto del mundo que nunca conoció a Cristo o que se apartó de él.

Un domingo, hice las confirmaciones en una hermosa capilla de un barrio de Berazategui. Esa feligresía celebraba su fiesta patronal: la Asunción. Luego se organizó una procesión hasta otro barrio, distante 15 cuadras. Para esa población se

había adquirido una estatua del beato Roque González de Santa Cruz, elegido como patrono de su nueva capilla.

Había llovido hasta el mismo día, la mayor parte del trayecto había que hacerlo por caminos de tierra que, lógicamente, estaban hechos un lodazal. Con unas botas, que me prestaron acompañé a la comunidad peregrina y orante. Me pasó lo de Jesús: ¡admiré la fe de este nuestro pueblo, una vez más!

Delante mío cuatro hombres llevaban en andas la imagen, sin demostrar cansancio, sin que les flaquearan las energías, sin trastabillar en el barro. Hubo que atravesar un puente, en fila india, sin barandas. Llegamos, ya anochecido, a la capilla. En su enorme sencillez (una endeble estructura de maderas y chapas) representaba un progreso decisivo para las exigencias religiosas de este barrio de más de 500 familias.

Delante de la capilla se extendía el piso de barro, iluminado por una línea de focos preparada para el efecto. Era un espectáculo solemne, en medio de la pobreza. Enmarcado en el silencio del barrio (las luces de neón brillaban en lontananza, en barrios más avanzados) bajo el cielo abierto, que parecía mitigar el rigor del frío invernal, veía esa porción de nuestro pueblo, rezando, cantando, gritando su fe. Un grupo de feligreses provenientes de dos parroquias de la ciudad de Buenos Aires, que vienen cada fin de semana a prestar su colaboración en la obra evangelizadora, se hallaba todavía allí, en la felicidad del compartir las angustias y esperanzas de tantas familias. *Me pregunto*: ¿no es esto avanzar hacia las fronteras de la evangelización? ¿No es esto tomar en serio la "opción preferencial por los pobres" asumida y proclamada por los obispos en Puebla? Y me animo a responder que sí, pero agregando de inmediato que falta mucho; que apenas hemos iniciado un cambio de rumbo, que debe ser mucho más acelerado, más decidido, suspendiendo las declamaciones para ir a los hechos.

Rehicimos el camino: la noche se había posesionado del

campo, del puentecillo, de las calles de barro. Al hacer ahora este comentario del evangelio, me parece seguir percibiendo los gritos de la mujer cananea: "¡Señor, sálvame!". Ya no vamos a hablar de migas ni de cachorros. Aquellas familias están integradas por hijos de Dios y merecen, más que migajas, todo el Pan de la Palabra de Dios, todo el alimento espiritual de la Eucaristía.

No puedo dejar de hacerme eco, una vez más, del pan material y del pan de la cultura. Hablando, frente a la capilla de maderas y chapas con un matrimonio, agradecían emocionados la ayuda económica de la comunidad. Pero el hombre exteriorizaba también su ilusión de tener trabajo fijo y no pender de changas mal pagas. "El trabajo es la salud de la familia", me decía.

Ojalá, entre todos, podamos solucionar estos y otros problemas similares de la población. Así llevaremos el Evangelio, a Cristo mismo a estas fronteras que son el mundo del trabajo y de la familia.



Transformarse en Cristo

Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó a un cerro alto, lejos de todo.

En presencia de ellos, Jesús cambió de aspecto: su cara brillaba como el sol y su ropa se puso resplandeciente como la luz. En ese momento se les aparecieron Moisés y Elías hablando con Jesús.

Pedro tomó entonces la palabra y dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bueno que estemos aquí! Si quieres, voy a levantar aquí tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías."

Pedro estaba todavía hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz que salía de la nube decía: "Este es mi Hijo, el Amado; éste es mi Elegido; a él han de escuchar."

Al oír la voz, los discípulos cayeron al suelo, llenos de gran temor. Jesús se acercó, los tocó y les dijo: "Levántense, no teman." Ellos levantaron los ojos, pero no vieron a nadie más que a Jesús. Y, mientras bajaban del cerro, Jesús les ordenó: "No hablen a nadie de lo que acaban de ver, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos."

Mateo 17, 1-9

“Se transfiguró en presencia de ellos”: Así habría podido aparecer siempre Jesús. En todo momento su humanidad inunda de la gloria recibida “del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1,14). Pero renunció a esa presentación fulgurante durante su vida. Quería compartir nuestros sufrimientos: “presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2, 7-8).

“Este es mi Hijo muy querido: escúchenlo”: En la vigilia de la Pascua profesaremos solemne y comunitariamente la fe en Cristo. Sólo en El hay vida, salvación, esperanza. María Santísima instruye a los sirvientes en Caná: “hagan todo lo que El les diga” (Juan 2,5).

Pedro, después de pronunciar Jesús su discurso sobre el Pan de Vida, declara: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios” (Juan 6, 68-69).

Levántense, no tengan miedo. ¡Cómo nos serenán estas palabras del Maestro divino! Sólo con El superamos el miedo abismal, que anida en el corazón por el pecado. La presencia del Redentor ahuyenta toda tiniebla y devuelve la paz perdida. “Soy yo, no teman” (Juan 6,20), sigue repitiéndonos en nuestras dificultades, como a los discípulos en el lago: “¡No se inquieten, ni teman!” (Juan 14, 27), a los suyos de la primera hora en la Cena de despedida, la paz, su paz.

Transfiguración del corazón

Como las restantes escenas de su vida, la de la transfiguración es ejemplar para nosotros. También el que cree en Cristo recibe la capacidad de transformarse. Ahora en su corazón, luego, al resucitar, por igual en su cuerpo.

Hace unos días atestiguaba uno de nuestros jóvenes cómo había sido decisivo para él, a los 17 años, un retiro espiritual compartido con otros compañeros. "Esto cambió totalmente mi vida: la llenó de luz, le dio un sentido, le fijó un objetivo, que era Cristo".

Hoy, después de 10 años, aquella experiencia, lejos de apagarse, se mantiene tan viva que transfigura a otros, mediante el testimonio cristiano en la fábrica, en el barrio y en la comunidad parroquial. Este cambio espiritual devuelve las ganas de ser a quien cayó prematuramente en las tinieblas del pecado, de la sensualidad, de la avaricia, del egísmo. El Cristo de nuestra fe está dispuesto a acercarse a estos seres humanos desfigurados interiormente, aunque por fuera luzcan riquezas, prestigio, vivientes y entusiastas, como los tres discípulos que lo acompañaban en la Montaña. Mal puede pretenderse contagiar la esperanza cristiana con meras palabras: es preciso tener vida, para arrastrar a los demás.

Transfiguración de la familia

Me contaba una doctora, pediatra, cómo había integrado en su casa una comunidad familiar adoptando sucesivamente 4 niños. Los sacó del abandono, de la extrema pobreza, de las fronteras mismas entre la posibilidad de llegar a ser personas y la anulación de esa posibilidad. También esto se llama transfiguración.

En el rostro triste de esas criaturas se dibuja hoy la sonrisa bella y franca de las ganas de vivir. De los ojos de esos seres humanos, que ayer parecían ventanas con las cortinas bajas, brota ahora, a raudales, un mensaje de segura esperanza. Pero la doctora abrió de par en par las puertas de su casa porque tenía ya abiertas las del corazón. Las tenía abiertas porque allí estaba Cristo, con ganas inmensas de repetir como en la Montaña santa: "levántense, no tengan miedo".

Transfiguración de la sociedad

¡Cuántas escenas del Tabor podrían darse en nuestra patria, si cada cristiano, si cada familia, si cada comunidad hiciera siempre de nuevo la experiencia de su propia transfiguración en Cristo!

Los argentinos tuvimos con la democracia la impresión de vivir una experiencia nacional transfigurante. Se recuperaba la libertad de expresión, la libertad de asociación, la libertad de manifestación, la libertad de ir a elecciones democráticas.

Fue necesario un ingente esfuerzo mancomunado para lograr esas metas. Asistimos, con asombro gozoso, a escenas de diálogo, de declaraciones públicas, de compromisos cívicos solemnes. Se salía de la angustia, se tenía la impresión que en nuestra patria todos podrían aspirar a vivir dignamente, superando el mero y mezquino sobrevivir a que estaban relegados los más.

Bastaría repasar superficialmente los titulares de los periódicos de 1983.

¿Olvidaremos aquellos meses de esperanza labrada en el arduo encuentro de reconciliación? Sería trágico no poder mantener el nivel de cordialidad logrado, para recaer en antagonismos estériles. Antagonismos que, muchas veces, pasan de ser expresiones de intereses egoístas, que se mueven en el marco internacional o grupal.

¡Demostraremos nuestra capacidad de grandeza, allí donde este vocablo adquiere su única justificación: en la moralidad, en la justicia, en la servicialidad, en la solidaridad basadas en Cristo!

Una página de nuestra Conferencia Episcopal

El 22 de octubre de 1982 firmábamos los Obispos argentinos un documento ("Principios de orientación cívica para los

cristianos”) cuya relectura me parece muy oportuna. Oigamos, una vez más, *lo que allí firmamos sobre el bien común* (N° 5):

“La promoción del bien común, entendido como el bien de la persona, de las familias y de los diversos grupos que constituyen la sociedad civil, es la principal finalidad de la acción política, y a su valoración, desarrollo y extensión debe comprometerse el cristiano. Bueno es recordar las palabras de Juan Pablo II en Brasil: “La justicia social es el nuevo nombre del bien común”. Dicho de otra manera, sin la satisfacción de las necesidades sociales básicas, que permitan a todas las familias gozar de una adecuada calidad de vida, en el marco de una justa distribución de los bienes, no hay bien común. El es también incompatible con la persistencia de estructuras injustas y de los indicadores típicos del subdesarrollo, la marginación y el colonialismo interno, esto es, la postergación del interior, en el marco de una inadecuada distribución de los recursos entre las distintas regiones del país”.



Evangelio de los talentos

Sucede en el Reino de los Cielos lo mismo que pasó con un hombre que, al partir a tierras lejanas, reunió a sus servidores y les encargó sus pertenencias. Al primero le dio cinco talentos de oro; a otro le dio dos; y al tercero, solamente uno; a cada uno según su capacidad, e inmediatamente se marchó.

El que recibió los cinco, hizo negocios con el dinero y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo otro tanto, y ganó otros dos. Pero el que recibió uno, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su patrón.

Después de mucho tiempo, volvió el señor de esos servidores y les pidió cuentas. El que había recibido cinco talentos le presentó otros cinco, diciéndole: "Señor, tú me encargaste cinco; tengo además otros cinco que gané con ellos." El patrón le contestó: "Muy bien, servidor bueno y honrado; ya que has sido fiel en lo poco, yo te voy a confiar mucho más. Ven a compartir la alegría de tu Señor."

Llegó después el que tenía dos, y dijo: "Señor, me encargaste dos talentos; traigo además otros dos que gané con ellos." El patrón le dijo: "Muy bien, servidor bueno y honrado; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré mucho más. Ven a compartir la alegría de tu Señor."

Por último, vino el que había recibido un talento, y dijo: "Señor, yo sé que eres un hombre exigente, que quieres cosechar donde no has sembrado y recoger donde no has trillado. Por eso yo tuve miedo y escondí en tierra

tu dinero; aquí tienes lo tuyo." Pero su patrón le contestó: "Servidor malo y flojo, tú sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he trillado. Por eso mismo debías haber colocado mi dinero en el banco y a mi vuelta me lo hubieras entregado con los intereses. Quítenle, pues el talento y entréguenselo al que tiene diez. Porque al que produce se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no produce se le quitará hasta lo que no tiene. Y a ese servidor inútil échelo a la oscuridad de allá afuera: allí habrá llanto y desesperación."

Mateo 25,14-30

Aquí tienes otros cinco, otros dos...

La Palabra de Dios nos invita a vivir con intensidad la expectativa del regreso de Cristo, quien pronunciará el veredicto sobre el valor de la historia humana. Esta palabra, al llevarnos a la terminación misma del convivir humano sobre la tierra, no pretende llenarnos de pavor. Todo lo contrario: entiende sacudir nuestra indiferencia, nuestro sopor, nuestra imperancia, para animarnos a disponer a la humanidad al evento mayor de su experiencia comunitaria: la presentación de Cristo glorioso.

El contenido de la parábola. Es sencillo, pero hace meditar y, así debería ser, obrar eficazmente. Un señor emprende un largo viaje y confía a tres empleados determinadas sumas de su capital: "a cada cual según su capacidad". Dos de ellos supieron encarar buenas inversiones, doblando la cantidad de dinero que se le había confiado. El tercero "cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor". Tras una larga ausencia del dueño, al regresar y ajustar cuentas con sus administradores, premia generosamente a los buenos y castiga severamente al perezoso.

¿Cuál viene a ser, en concreto, *el sentido del mensaje*? Por de pronto, que la vida terrena, es un plazo que nos regala Dios para ganarnos la felicidad eterna. El Señor, en cuanto de él depende, querrá decirnos a todos y a cada uno: "Bravo, servidor bueno y fiel; fuiste fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu señor". Otro detalle es el de la distinta capacidad otorgada por Dios a los hombres: a uno le dio más, a otro menos; a éste lo enriqueció con una clase de bienes espirituales o materiales, a otro lo diversificó.

Pero cuidó que fuera así: "a cada uno según su capacidad". Hay un proyecto personal para cada uno, con la consiguiente responsabilidad. No se debe olvidar que todos son administradores, no dueños del capital recibido: Dios sigue siendo el único verdadero propietario y no tolera la apropiación indebida.

Como es bueno y comunicativo exige que el hombre dotado de determinada capacidad, la multiplique como signo de la inextinguible caridad divina. *Por eso es castigado el empleado perezoso: la omisión es un pecado detestable*, porque ofende la bondad del Padre que quiere significar y comunicar su amor misericordioso. Es un pecado detestable, porque daña a hermanos nuestros, pendientes de nuestra recta administración de la gracia salvífica de Cristo.

Pablo se había convertido a Cristo, quien lo había transformado en pregonero incansable de su Evangelio. Su dedicación heroica le permitió al Apóstol hacer esta *confidencia* a sus fieles (1 Corintios 15, 9-10): “Yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la iglesia de Dios. Más, por la gracia de Dios, soy lo que soy; la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo”.

Cada uno de nosotros tiene sobrados motivos para agradecer a Dios los bienes recibidos en administración: la vida misma, la salud, la familia, la cultura, la capacitación intelectual o técnica, la propiedad material. Cada uno ha de saber que habremos de rendir cuentas al mismo Dios de nuestra gestión. El Padre de los cielos premia a quién actuó con diligencia, con prudencia, con constancia.

Construyamos todos la Nación

Entre los bienes recibidos por el hombre de parte de Dios *está el de la libertad* en un marco constitucional determinado. Entre nosotros tiene ahora plena vigencia el sistema democrático, cuya recuperación colmó de gozosa esperanza el corazón de todos los argentinos. Esa libertad hay que interpretarla a la luz del Evangelio de Cristo. Hay que vivirla personalmente. Hay que compartirla responsablemente.

Los Obispos argentinos, reunidos en nuestra 49ª Asamblea Plenaria, ofrecemos a todos los hombres de buena voluntad que pueblan nuestra patria, unas reflexiones, algunas de las cuales juzgo conveniente leerlas aquí:

“1. *A un año de la normalización institucional*, próximos a cumplir un año de la tan ansiada vuelta a la Constitución: los Obispos de la Argentina queremos decir nuestra palabra a los creyentes y a los demás hombres de buena voluntad, en cumplimiento de la misión pastoral de acompañar a nuestro pueblo en su historia.

Ayer volcábamos nuestro esfuerzo en favor del restablecimiento del estado de derecho. Lo saben los argentinos y lo han reconocido sus gobernantes, y eso nos basta.

Hoy, ya en la normalización institucional, queremos servir a su custodia, consolidación y acrecentamiento, puesto que la democracia fue restablecida por el pueblo argentino, de acuerdo con su honrosa tradición histórica, como un estilo de vida que le permite ejercer la dignidad humana con mayor plenitud.

Damos gracias a Dios por haber retornado a la vida democrática y por haberlo hecho en paz. Bendigamos al Señor por los logros obtenidos en este lapso y muy especialmente por la firme voluntad de los argentinos de continuar transitando por el camino elegido para una convivencia política, justa, fraterna y libre.

Nuestra intervención es en el nivel de los valores morales, que son los más profundos y que orientan la vida y actuación de los hombres. Así compartimos como pastores una tarea que es de todo el pueblo, y que cada ciudadano debe asumir desde su propio puesto, pues con el régimen democrático todos han de considerarse responsables del bien común”.

2. *Ardua transición* tenemos conciencia de que, así como ha sido sumamente arduo el tránsito a la nueva situación, la consolidación de la democracia está exigiendo una mayor plenitud ética de las personas y grupos sociales.

Lo dijimos junto a muchos argentinos: La Nación padece

una profunda crisis moral, que requiere el cambio del hombre desde su interior. No bastan remedios superficiales. Ni siquiera son suficientes las más dignas instituciones. Es preciso el cambio del corazón humano, de las actitudes hondas de la conducta, con un esfuerzo lúcido y ser capaces de corregir errores y orientaciones desacertadas, siempre dentro de la verdad y animados por el amor.

Debemos lograr una normalidad ética junto a la normalidad institucional, de la cual es fundamento. La auténtica honra y medida de un pueblo es su grandeza moral.

Creemos, sin embargo, que es nuestro deber señalar algunas desviaciones que conspiran en último término contra la vida en democracia.

7. *Persistencia del problema económico* no desconocemos la gravedad, ni tampoco la relación del problema económico con el contexto mundial, con el crítico endeudamiento, con las secuelas de la especulación, de guerra, del consumismo y de la endémica inflación, como son sus fuertes perjuicios en el costo de la vida y en la producción.

Queremos alentar todos los esfuerzos para superar estos males tan dolorosos. Pero creemos que solamente abrirá un horizonte de esperanza una suma de valores morales como la honradez, la austeridad, el renunciamiento, la solidaridad y el espíritu generoso de servicio. Sólo así se podrá recrear un espíritu de trabajo, de producción y participación como en los mejores tiempos del país.

La especulación, la avidez de ganancias, el injusto trato a obreros, empleados y profesionales; las grandes dificultades por las que atraviesan numerosos empresarios y la multiplicidad de reclamos de precios y salarios, tampoco facilitan un feliz ejercicio de los derechos globales que acuerda la democracia.

Se hace cada vez más necesaria la paz social para que el trabajo tenga seguridad, pero también el trabajo necesita de la justicia social. No discutimos las decisiones técnicas que se adopten en el orden privado o estatal; sólo pedimos que no se absoluten por sobre el hombre y sus legítimas necesidades. La convivencia democrática se verá facilitada por

la ética y la flexibilización humana en la economía. Cobran actualidad las palabras del Santo Padre en Puebla: "No es el hombre un ser sometido a los procesos económicos o políticos, sino que esos procesos están ordenados al hombre y sometidos a él".

El estado de derecho consolidará su justa credibilidad si se logran superar las angustias y la permanente inseguridad en las familias. Asimismo, si bien muchos reclamos son legítimos, sin embargo, una visión realista del país aconseja una prudencia y una sabiduría tales, que eviten desequilibrios mayores, la agudización de conflictos y la agitación social. Los poderes constitucionalmente establecidos necesitan de paz y confianza para conseguir soluciones felices sin que se deban afrontar penosos costos sociales..."

Certeza de nuestra esperanza

Como cristianos somos hombres de esperanza segura, aunque ella deba luego cristalizar a través de un esfuerzo sereno, serio y perseverante. Estamos convencidos que, mancomunando nuestras energías, aplicándolas solidariamente a las grandes causas del bien común, superaremos las dificultades y la población alcanzará la meta tan ansiada en la justicia y en el mutuo respeto.

Nuestro documento "Construyamos todos el país" se cierra con una página de esperanza:

"El estado de derecho ha puesto los destinos de la Nación en manos de todos los argentinos. Todos, pues somos, responsables de su consolidación y crecimiento. Construyamos todos la Nación.

La Iglesia cree en el futuro de la Argentina y de América Latina, por que convoca el poder y el amor de Dios y porque confía en la sabiduría y en la libertad del hombre, y en los valores cristianos que enriquecen el corazón de nuestro pueblo.

En el Año Eucarístico que acabamos de clausurar con la presencia venerada del Legado Pontificio, Cristo Peregrino ha visitado los hogares argentinos sembrando fuerza y la luz del Evangelio.

Pedimos al Señor, que con el poder de la Eucaristía, arranque de nosotros los sentimientos de egoísmo e indiferencia y suscite el sincero respeto y la capacidad de diálogo, la comprensión mutua, la fidelidad y el amor fraterno.

A este pueblo que peregrina a Luján en búsqueda de gracia y de paz lo encomendamos a María Santísima, porque Ella aprendió de su Hijo Jesús a sostener a los hombres en la fe, la esperanza y el amor" (NOV. 1984).

Evangelio del camino

“No se turben: ustedes creen en Dios: crean también en mí. En la Casa de mi Padre hay muchas mansiones, y voy allá a prepararles un lugar (si no fuera así, se lo habría dicho). Pero, si me voy a prepararles un lugar, es que volveré y los llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estén también ustedes.

Para ir a donde voy, ustedes saben el camino.” Tomás le dijo: “Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo vamos a conocer el camino?” Jesús contestó: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocen a mí, también conocerán al Padre. Desde ya, ustedes lo conocen y lo han visto.”

Felipe le dijo: “Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta.” Jesús respondió: “Hace tanto tiempo que estoy con ustedes ¿y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí?”

Las palabras que les he dicho no vienen de mí: el Padre, que está en mí, es el que hace sus obras. Créanme: Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí; al menos créanlo por esas obras.

Ahora me toca irme al Padre, pero les digo: el que cree en mí hará las mismas cosas que yo hago, y aún hará cosas mayores.”

Juan 14, 1-12

Los caminos del hombre. En la geografía de todos los continentes y de todas las épocas del hombre fue marcando huellas, abriendo senderos, trazando caminos, construyendo rutas que le aseguran la feliz llegada a la meta prefijada. Por las estepas y a través de las montañas; entre las selvas y bajo la nieve, los caminos facilitan al dinamismo de la historia humana los instrumentos de convergencia requeridos para orientarla y armonizarla.

Por esos caminos arrastran su paso peregrino las generaciones humanas aguijonadas por la esperanza o por la desesperación; por ellos se desplazaron las caravanas de los mercaderes y retumbó el paso de los ejércitos en guerras interminables; por ellos se canalizó el flujo angustiado de inmigrantes, de trasahumantes y de prófugos.

En ese curso ajetreado latían ansias recónditas de una meta trascendente. El hombre de todos los tiempos añora la patria eterna, sueña con la llegada definitiva a la felicidad y a la paz. El hombre tiene sed de Dios; todo su ser clama por Dios; aspira a descansar sólo en Dios.

Jesús, único Camino al Padre. El Hijo Eterno de Dios, al hacerse hombre, aseguró a la expectativa de la humanidad el camino de acceso seguro a Dios. El mismo es ese Camino. Lo afirmó Jesús solemnemente: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí". De ahí la necesidad de ser iniciados, de ser incorporados a Cristo por los tres sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía. La primitiva catequesis cristiana pregonaba esto claramente, como Pedro ante el Sanedrín: "no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación" (Hechos 4, 12). Halla sentido pleno la súplica del salmista: "Yahveh es bondadoso y recto; por eso muestra el camino a los extraviados; él guía a los humildes para que obren rectamente y enseña su camino a los pobres" (Salmo 25, 8-9).

Camino estrecho, pero salvífico. En el Sermón de la Montaña señaló Jesús la dificultad del recorrido, pero también la felicidad de la llegada. "Es espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los que van por allí... es estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que lo encuentran" (Mateo 7, 13-14). Ajustarse a los mandamientos de Dios pudiera dar la impresión de coartar la libertad. En realidad, canalizan esa libertad, la afirman en los causes del bien, del amor y de la felicidad. Nadie dirá que el camino es un factor negativo porque delimita y orienta. Al ajustarnos a su trazado su peramos la incertidumbre y evitamos la pérdida de tiempo; sobre todo, llegamos con seguridad al destino deseado.

Sígueme: un llamado que encamina: Nadie puede extrañarse, entonces, de la fuerza con que Jesús invita a seguirlo a él como Camino que lleva a la Vida. En una de sus alocuciones a la multitud dijo abiertamente: "el que quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá y el que pierde su vida por mí, la salvará. ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde y arruina su vida?" (Lucas 9, 23-25) Los primeros cristianos aceptaban el empeño, seriamente, de un seguimiento fiel a Cristo. Lo aceptaban con todas las consecuencias y exigencias de santidad, de testimonio fehaciente, de ofrenda de la sangre y de la vida. El autor de la Carta a los Hebreos lo certifica: "Despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta. Fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús. El cual, en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Piensen en aquel que sufrió semejante hostilidad por parte de los pecadores, y así no se dejarán abatir por el desaliento. Después de todo, en la lucha contra el pecado, ustedes no han resistido todavía hasta derramar su sangre" (12, 1-4).

Exigencia, pero también ayuda. El Señor, no impone preceptos para abandonarnos a nuestras débiles e insuficientes fuerzas. Todo lo contrario: mediante la oración y la celebración de los sacramentos está siempre con nosotros. El nos hace capaces de seguirlo; su gracia se nos anticipa y nos acompaña en todo momento. Como a Pablo nos dice: "Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad" (2 Corintios 12, 9).

Magnanimidad y Lealtad en el amor patrio.

El sentimiento patrio se halla hondamente arraigado en toda persona humana. Jesús mismo lloró sobre Jerusalén, al prever su ruina. El Papa actual ha dado continuas muestras de su inalterable afecto al país que lo vio nacer. Sepamos valorar la nueva situación democrática, sepamos vivirla dignamente, sepamos defenderla. No hay mejor defensa de la democracia que su ejercicio paciente, progresivo y activo.

Ejercicio paciente. Es preciso tener conciencia de la magnitud y complejidad de la problemática nacional. Sólo un esfuerzo sistemático y constante asegurará resultados reales en la recuperación. Pero esto no significa alentar ni aprobar la injusticia o la inoperancia.

Ejercicio progresivo. Los reiterados golpes de Estado han debilitado sustancialmente la experiencia democrática en nuestro país. El no ejercicio de la democracia; la prohibición de las actividades participativas en los distintos órdenes; la propuesta sistemática de valores extraños a la cultura nacional ha detenido a la población en un estadio adolescente de su compromiso socio político. Hay que superarlo decididamente, con el empeño formal de todos los ciudadanos.

Ejercicio activo. Para superar la inmadurez del diálogo ciudadano en los varios niveles hay que fomentar incansablemente la participación. Sólo la suma de las diversas opiniones y

critérios permitirá hallar, encarar y lograr las soluciones que imperiosamente aguarda la comunidad nacional.

Los Obispos de todo el mundo, reunidos en el Concilio Vaticano II hablaron así del sentido de la patria:

“Cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la patria, pero sin estrechez de espíritu, de manera que miren siempre al mismo tiempo por el bien de toda la familia humana, unida por toda clase de vínculos entre las razas, pueblos y naciones.

Los cristianos todos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; en virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común; así demostrarán también con los hechos cómo pueden armonizarse la autoridad y la libertad, la iniciativa personal y la necesaria solidaridad del cuerpo social, las ventajas de la unidad combinada con la provechosa diversidad. El cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes y debe respetar a los ciudadanos que, aun agrupados, defienden lealmente su manera de ver. Los partidos políticos deben promover todo lo que a su juicio exige el bien común; nunca, sin embargo, está permitido anteponer intereses propios al bien común”.

(Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, N° 75)



Evangelio del Espíritu Consolador

“Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos, y yo rogaré al Padre y les dará otro Intercesor que permanecerá siempre con ustedes.

Este es el Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes saben que él permanece con ustedes, y estará en ustedes.

No los dejaré huérfanos sino que vengo a ustedes. Dentro de poco, el mundo ya no me verá, pero ustedes me verán, porque yo vivo, y ustedes también vivirán.

En ese día ustedes comprenderán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí, y yo en ustedes.

El que conoce mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y mi Padre amará al que me ama a mí, y yo también lo amaré y me mostraré a él.”

Juan 14, 15-21

Esta es la gran promesa de Cristo. “Yo rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad...” Jesús acababa de asegurar a sus discípulos: “si ustedes me piden algo en mi Nombre, yo lo haré”. Es para quienes creemos en Cristo una verdadera garantía de felicidad esta palabra tan formal del Salvador: sabemos con certeza absoluta que El ruega por nosotros y que el fruto de su intercesión será el gran don del Espíritu Santo. Ya nos había advertido anteriormente: “si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?” (Lucas 11. 13).

El Maestro divino nos presenta hoy al Espíritu Santo como “Paráclito”. Con esta designación nos quiere decir que será nuestro *defensor* como “Espíritu de la Verdad”. Sube a la memoria otra enseñanza del Redentor: en la alternativa de ser llevados a los tribunales de la persecución para testificar el Evangelio “no serán ustedes los que hablarán, sino que el Espíritu de su Padre hablará en ustedes” (Mateo 10, 19-20).

Jesús nos promete un *protector*. Comparándonos a huérfanos nos serena con el envío del Espíritu. El Apóstol San Pablo desarrolla el tema escribiendo a los romanos: “cuantos son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el Espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios: ¡Abba!, es decir, ¡Padre! El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Romanos 8, 14-16).

Aparece el Espíritu Santo como consolador. Cumpliremos los mandamientos de Cristo, sobre todo el mandato del amor recíproco al estilo de Cristo; seremos amados por el Padre; la Santísima Trinidad se nos manifestará, habitando en nosotros. Juan, en su primera Carta, nos reitera: “sabemos que El (Dios) permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3, 24). Y también escribe: “en el amor no hay lugar para el temor; al contrario, el amor perfecto elimina el temor...”

(4, 18) y sacando conclusiones: “nosotros amamos porque Dios nos amó primero” (4,19); es la gratitud del don mismo. La otra: “el que dice ‘amo a Dios’ y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve? (4, 20).

Una vez más aparece el equilibrio perfecto de la religión cristiana: ni compromiso del hombre que no sea una irradiación de la iniciativa primera de Dios; ni fe en Dios que no se verifique en una nueva relación con el hombre, en forma de caridad, justicia, respeto.

Luego de meditar sobre el papel protagónico del Espíritu Santo, es lógica la súplica de la Iglesia por una nueva efusión de sus dones en Pentecostés. Nos atenemos al ejemplo del primer núcleo de seguidores de Jesús. El libro de los Hechos luego de enumerar por su nombre a los Once Apóstoles constata: “todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hechos 1, 14).

Necesitamos muchísimo al Espíritu Santo, si queremos configurar una comunidad nacional animada por un auténtico espíritu cristiano. Escribe Santiago, en su Carta: “si ustedes están dominados por la rivalidad y por el espíritu de discordia, no se vanagloríen ni falten a la verdad” (3, 14). Y sigue diciendo que esa postura “es terrena, sensual y demoníaca”. Contrapone a ella “la sabiduría que viene de lo alto”: pura, pacífica, benévola y conciliadora; llena de misericordia; dispuesta a hacer el bien; imparcial, sincera. Y concluye: “un fruto de justicia se siembra pacíficamente para quienes trabajan por la paz” (3, 15-18).

Hace poco inauguré una cuasiparroquia, en La Carolina, un barrio situado en la zona donde trabajaban, hasta hace pocos años, más de 5.000 obreros en la empresa “Peugeot”. Como es sabido, esta planta clausuró sus instalaciones que son hoy mudo pero elocuente signo del dolor de nuestras familias.

La cuasiparroquia tiene una capilla de madera, excesiva-

mente estrecha para el desarrollo espiritual logrado por la comunidad. Muy cerca se empezó a construir un templo más espacioso, de ladrillos cuyas obras quedaron interrumpidas por el rigor de la desocupación. Mientras celebrábamos la misa, con el fervor religioso de una población creyente hasta las fibras más íntimas del ser, yo me fijaba en los tablones de madera. Se habían transformado en todo un símbolo, hasta me atrevería hablar de un ex-voto: aquellas maderas habían provenído de embalajes de la empresa metalúrgica, en sus años de producción. A unas cuabras, la fábrica cerrada; aquí el recuerdo de esas maderas, hechas paredes de la capilla, que parecen estar clavadas como grito de angustia. Y también aquí, el nuevo edificio que habla de esperanza, de la voluntad inquebrantable de ser Iglesia, de ser comunidad, de compartir los bienes del capital y del trabajo para la felicidad de cada una de nuestras familias.

En una de mis tareas como obispo visité la ciudad de Viedma para predicar los ejercicios espirituales a los sacerdotes de la provincia de Río Negro, una diócesis hermana. Fueron días hermosos, en que rezamos a Dios, después de escuchar su Palabra. Días en que intercambiamos nuestras experiencias pastorales: ¿qué distintos y qué iguales los problemas humanos y las respuestas de la Iglesia! Iguales, porque es el mismo pueblo de Dios, asentado en esa zona del Gran Buenos Aires, o peregrino por la inmensa Patagonia. Distintos, porque las condiciones físicas determinan en cada caso situaciones concretas con perfiles propios e inconfundibles.

Conversando con un hombre que trabaja en Vialidad me transmitió sus aproximaciones a la vida de los hogares del sur de la provincia rionegrina. Me quedó fijo un dato: en una población el termómetro baja hasta 20° bajo cero. Le pregunté: ¿cómo se defiende esa gente de ese frío polar? Uno piensa en el petróleo y en el gas que nos llegan de la Patagonia. ¿Cuál no fue mi sorpresa al contestarme que esas familias deber ir hasta a 30 kilómetros para comprarse la leña! Comenté el hecho con

el obispo de esa diócesis, el Padre Obispo Miguel Hesayne, quien me lo ratificó decididamente. Y agregó que, visitando esa zona en invierno, quedó tan impresionado que, al regresar en Viedma, hizo enviar inmediatamente varios vagones de leña, además de cargamentos de querosene.

¿Cómo no nos interpela una situación así, sabiendo que nosotros, a miles de kilómetros, gozamos del beneficio de los combustibles; y ellos, relativamente cerca de esas fuentes de energía, y con un clima mucho más riguroso, se debaten en el frío ante la falta de información, y tal vez de real preocupación, de otros argentinos? Los problemas no son de ahora; sus causas suelen ser remotas y complejas; no puede imaginarse una solución mágica y rápida de tamañas desigualdades de ocasión, de mínimas comodidades para la salud de nuestras familias. Pero hay que reaccionar ya ahora, sin más alargue, para revertir una situación signada por la injusticia estructurada.

Profesamos la democracia y defendemos la democracia, porque amamos a nuestra patria. Pero es oportuno insistir en que patria y democracia significan, ante todo, la promoción del bien común. Patria y democracia significan trabajo, justamente remunerado, para todos los argentinos. Significan salud para todos. Significan vivienda digna. Significan escolaridad plena. Significan pasar de soluciones de emergencia a soluciones de fondo.

Para lograrlo es preciso que la patria y la democracia también signifiquen honestidad, capacitación, contracción al cumplimiento del deber social, respeto mutuo, solidaridad real en la medida de nuestras posibilidades.



Evangelio de la alegría pascual

La tarde de ese mismo día, el primero de la semana, los discípulos estaban a puertas cerradas por miedo a los judíos. Jesús se hizo presente allí, de pie en medio de ellos.

Les dijo: "La paz sea con ustedes." Después de saludarlos así, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de gozo al ver al *Señor*.

El les volvió a decir: "La paz esté con ustedes. Así como el Padre me envió a mí, así los envió a ustedes." Dicho esto, sopló sobre ellos: "Reciban el Espíritu Santo; a quienes ustedes perdonen, queden perdonados, y a quienes no libren de sus pecados, queden atados."

Uno de los Doce no estaba cuando vino Jesús. Era Tomás, llamado el Gemelo. Los otros discípulos, pues, le dijeron: "Vimos al *Señor*." Contestó: "No creeré sino cuando vea la marca de los clavos en sus manos, meta mis dedos en el lugar de los clavos y palpe la herida del costado."

Ocho días después, los discípulos estaban de nuevo reunidos dentro, y Tomás con ellos. Se presentó Jesús a pesar de estar las puertas cerradas, y se puso de pie en medio de ellos.

Les dijo: "La paz sea con ustedes." Después dijo a Tomás: "Ven acá, mira mis manos; extiende tu mano y palpa mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe."

Tomás exclamó: "Tú eres mi *Señor* y mi Dios." Jesús, le dijo: "Tú crees porque has visto. Felices los que creen sin haber visto."

Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; crean, y, por su Nombre, tendrán vida.

Juan 20, 19-31

Las escenas narrativas de la presentación del Señor Resucitado a los suyos, confieren a esas páginas del Evangelio un sello inconfundible de esperanza y optimismo. Parecen páginas doradas por el fulgor de Jesús que, *ahora más que nunca*, pasaba a ser Luz del mundo. Esa luz que rompió, con el misterio pascual, para siempre, las densas tinieblas del pecado.

La tarde del día mismo de la resurrección, el Señor Jesús se hace presente al grupo de los discípulos atemorizados y les deja su paz comunicándoles su Espíritu de alegría y el impulso de su misión. Ante la duda pertinaz de Tomás, Cristo Resucitado reitera su encuentro ocho días después: confirma la fe de este Apóstol y proclama la necesidad de la actitud de fe pascual. Hay que superar el miedo. Los seguidores de Jesús están bajo la fuerte impresión del Viernes Santo. Desconcertados se reúnen para aislarse, buscando en la puerta trabada una seguridad imposible. Lo único que saben comunicarse es un miedo pánico, mal consejero en todo grupo llamado a enfrentar los cambios salvíficos que reclamaba la humanidad.

La presencia triunfante del Señor ante el pecado, causa del fracaso humano, devuelve de inmediato el sentido de seguridad a este puñado de discípulos. Entonces recordarán escenas y palabras de la vida pública de Jesús que los motivaban a la confianza: el apaciguamiento del lago agitado (Lucas 8, 22-25); el anuncio de su victoria sobre el mal: "Tengan valor; yo he vencido al mundo" (Juan 16, 33)... Por eso con el contacto con Jesús; él les transmite a los discípulos una alegría desbordante. La comunicación del Espíritu Santo transforma aquellos corazones entristecidos en hombres vibrantes por un gozo inexplicable. Arracimados con la envoltura de un pesimismo estéril, sienten que el soplo de Dios les devuelve las ganas de vivir y de servir a la causa del Reino.

En último análisis el mal de aquella comunidad incipiente radicaba en la debilidad de su fe. No habían pasado aún aquellos hombres de la adhesión emotiva, mezcla de admiración y respeto ante la persona y las obras maravillosas de Cristo, a esa

actitud profundamente renovadora que es la fe verdadera. Hacía falta la consumación del misterio pascual. Ante el Señor Resucitado, rutilante con la victoria sobre la muerte se disipa la neblina de la duda para ceder el paso a la experiencia definitiva de la fe que salva.

Esta escena se reitera en cada celebración sacramental. Toda celebración sacramental es actualización del misterio pascual. En el texto de Juan que hoy meditamos se dan los elementos que configuran en nuestra vida la experiencia memorable del encuentro con el Señor de la Pascua.

Imposible lograr esta experiencia sin la fe viva de la comunidad eclesial. En las condiciones puestas por el escepticismo de Tomás: “si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré”, se expresa anticipadamente la superficialidad de una adhesión al Salvador que pone a los sentidos como instancia decisiva. A veces escuchamos formulaciones similares para buscar una excusa a la falta de perseverancia y de consiguiente entusiasmo “no lo siento, me siento...” Y se abandona la oración; se descuida la celebración sacramental, condicionándola al nivel superficial de una sensación a flor de piel, como la que registra la intensidad del frío o del calor.

La advertencia del Maestro ha de ser determinante. “¡Felices los que creen sin haber visto!” La fe es infinitamente más que un mero sentimiento, aunque por momentos puede exteriorizarse en emociones religiosas bien legítimas. La fe es un don de Dios y conforma una actitud que es respuesta a la Palabra de Dios que nos interpela, nos renueva y nos salva.

El Apóstol San Pablo tiene en su carta a los Romanos esta afirmación clarísima (10, 9) “si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado”.

La lectura del Evangelio encierra *una bella profesión de fe, puesta en boca de Tomás* que de incrédulo pasa a ser creyente:

“¡Señor mío y Dios mío!!”. Sean estas palabras también nuestra profesión de fe, que supere nuestros titubeos, nuestras posturas cristianas ambiguas, nuestra comodidad que trata de excusar la omisión y la cobardía. Sea esta profesión de fe la irrupción del hombre nuevo hacia una vida plena y hacia una presencia responsable en la historia.

Las llagas de nuestra solidaridad. En la exigencia de Tomás de ver y palpar para creer, también podemos descubrir al hombre de todos los tiempos que no se contenta con buenas y bellas palabras, sino que reclama hechos concretos e inobjtables. Hechos serios. Hechos elocuentes en la sencillez y autenticidad del testimonio que interpreta.

Las llagas de Jesús fueron para Tomás argumento decisivo. De igual modo serán necesarios nuestros gestos de una caridad solidaria, verdaderamente comprometida con el hombre que recoge nuestra predicación. Ese hombre va a creer cuando constate que también nosotros estamos dispuestos a jugarnos por su suerte. Que estamos dispuestos a dejar nuestra vida hecha jirones en la brega humilde, pero valiente por asegurar mejores condiciones de vida a las *muchedumbres de nuestro continente latinoamericano*. Esa gente dirá: “Las palabras son lindas, el mensaje habla de felicidad, de fraternidad, de justicia; la predicación del Padre los domingos y las charlas de los catequistas de primera comunión y de confirmación abren un panorama de cielo; pero ¿dónde están los hechos? queremos ver manos llagadas por ayudarnos; pies llagados por buscarnos; un costado llagado por un amor serio y valiente”.

La paz

Abierta la página del Evangelio de hoy, me parece descubrir la riqueza espiritual imponderable y siempre actual del Evangelio. En este caso *destaquemos el valor primario de la*

paz. Es una constante de la vida, de la predicación, de la acción de Jesús. Desde la Nochebuena hasta la tarde de la Pascua, pasando por el Sermón de la Montaña y la intimidad de la última Cena. Es el mismo de la Pascua de Cristo. Es el saludo del obispo en la celebración más santa: la Misa.

Mantengamos, cultivemos, irradiemos la bendición de este saludo pascual. Bien arraigado en nuestros corazones, comunicado a los hijos en la educación familiar, propuesto a la generosidad de nuestros jóvenes, confiado a la honestidad de nuestros funcionarios, desarrollado por el entusiasmo de todos los ciudadanos, la paz asegurará las fronteras de la patria mejor que los implementos bíblicos. La paz construye, une y abre un horizonte radiante de esperanza con garantías ciertas de realización.

Proclamar la causa de la paz es mencionar necesariamente la de la justicia. Hoy no podemos ignorar a los trabajadores. Mi experiencia personal de obispo me permite recordar los momentos compartidos, en 1979, 1980 y 1981, con obreros que venían individualmente, o por grupos, o luego a través de sus representantes sindicales.

Sobre el cuadro del mundo del trabajo aparecían sombras y duros diagnósticos. No había recursos eficientes. Mi oficina se transformaba en un lugar humilde de diálogo. Siempre interpreté aquellas escenas como expresión de la Iglesia que, sin estar en condiciones de solucionar técnicamente los problemas sociales, ofrecía el espacio de seguridad imprescindible para hablar, para compartir, para esperar.

Los hechos se concatenaban con una lógica férrea, como efectos de un esquema socioeconómico que ponía en segundo o en último plano a la persona, privilegiando las estadísticas y la frialdad del cálculo y de los números.

Esos hechos eran: suspensión de horas, de semanas de trabajo; despidos individuales, grupales y masivos; cierre de fuentes de producción.

La celebración del Día de los Trabajadores nos hace refle-

xionar seriamente acerca de este vastísimo campo que es el mundo del trabajo. La Iglesia tiene un acervo doctrinal nutrido y bien actualizado. Basta citar la encíclica "*Laborem Excersens*" del Papa Juan Pablo II.

Para mí, personalmente este Evangelio de la superación pas-cual del miedo, de la tristeza y de la duda es una obligada ra-tificación de mi compromiso con la causa de la justicia y de la paz.

Invoco al Señor Resucitado para que la reiterada donación de su Espíritu nos entreabra los caminos de la justicia social, a la luz de las enseñanzas de la Iglesia. Invoco al Señor Resu-citado para que su saludo pascual "la paz sea con ustedes" ga-ne las ciudades, los campos, los mares de la patria, con las fuen-tes de producción en marcha y la justa remuneración a los tra-bajadores.

Invoco al Señor Resucitado para que nuestra profesión de fe en su persona, se verifique también en viviendas dignas para todos y en la superación de los graves problemas de los inunda-dos, con gestos solícitos, urgentes y definitivos de solidaridad.

Índice

Introducción	5
Pan, trabajo y paz	7
Cuaresma: tiempo de renovación.	17
El Evangelio de la corrección fraterna	23
No meras palabras, sino todo un estilo de vida	29
Evangelio del Buen Pastor	33
Evangelio de la esperanza	39
Evangelio de la paciencia misericordiosa	45
Dios es Padre Providente, el hombre, su colaborador imprescindible	51
Evangelio del sembrador	59
Evangelio del testigo	67
Evangelio de la vida	71
Evangelio de la opción total	81
Evangelio del precursor	87
Evangelio de la luz.	93
Evangelio de la familia.	101
Evangelio de la solidaridad	107
Evangelio del agua viva del Espíritu Santo.	113
Evangelio de la frontera.	121
Transformarse en Cristo	127
Evangelio de los talentos	133
Evangelio del camino.	141
Evangelio del Espíritu Consolador.	147
Evangelio de la alegría pascual.	153